

5

# SAGITARIO



REVISTA DE HUMANIDADES

# INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

Av. de MAYO 1288 BUENOS AIRES

Director Científico: Dr. DESSY,  
Bacteriólogo y Anatómo Patólogo

Asesor Técnico: Dr. ALOIS BACHMANN,  
prof. de Microbiología

Director de la Sección Biología Vegetal:  
Pr. Dr. C. SPEGAZZINI, Ingeniero Agrónomo  
Consultor Científico: Prof. Dr. A. LUSTIG

Análisis de Interés Médico e Industrial, Sueros y Vacunas Terapéuticas, Productos Opo y Organos-terápicos, Tuberculina Humana y Bovina para aplicaciones Diagnósticas y Terapéuticas, en el Hombre y en los animales, Estudios de la Epizootias.

## SUERO REACCION DE WASSERMANN

Para la Sífilis, el Equinococo y la Tuberculosis.

Suero-Reacción Tífica de Vidal — Preparación de Auto-Vacunas.

# ANTIBACTER

En venta en todas las buenas Farmacias de la República  
EL DESINFECTANTE IDEAL DE USO GENERAL  
preparado por el  
INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

## Representantes de SAGITARIO

En Europa: ESPAÑA: Angel Dotor—Madrid.

En América:

URUGUAY: Leonardo Tusó — Montevideo.

CHILE: Camilo Quinzio — Viña del Mar.

PERÚ: M. Lorenzo Rego — Lima.

« Antenor Orrego — Trujillo.

COLOMBIA: Germán Arciniegas — Bogotá.

MÉXICO: Enrique González Rojo.

CUBA: Emilio Roig de Leuchseuring — Habana.

BOLIVIA: Juan Paz Rojas—La Paz.

En la República Argentina:

Don Alfredo Goldsack Guñazú — Mendoza.

» Manuel Oliva — Córdoba.

Dr. Martín Ardenghi — Neuquén.

Dr. Pedro Pablo Olivera — Santiago del Estero.

» E. Sánchez Ceschi — Viedma (Río Negro).

» Hernán F. Gómez — Corrientes.

Don Ismael Dozo — Santa Rosa del Toay (Pampa Central).

Dr. Carlos Cossio — Tucumán.

» Martín Gómez Rincón — Salta.

Don Horacio L. Peludero — Río Cuarto (Córdoba).

» Juan De Matta Ibañez — Victoria (Entre Ríos).

» Luis Doello Jurado — Gualaguaychú (Entre Ríos).

Dr. Juan A. Godoy — Concepción del Uruguay (Entre Ríos).

Don Eleodoro Martínez — San Juan.

Dr. Eduardo M. Grané — Posadas (Misiones).

Don Jorge R. Forteza — Rosario (Santa Fé).

Provincia de Buenos Aires:

Dr. Mariano Irisarri — Mercedes.

» Juan D. Pozzo — Bernal y Quilmes.

» Estanislao de Urraza — Chivilcoy.

Doña Rosa Pura F. de Vergara — Pergamino.

Don Félix Esteban Cichero — Junín.

» Washington Desbouts — Zárate.

» Francisco A. Rosito — Bahía Blanca.

» Gonzalo Ballesteros — Dolores.

» Salomón Rodríguez — Arroyo Seco — F. C. C. A.

» Salvador Bassi — Azul.

» Francisco J. Fígoni — Ensenada (Puerto La Plata).

### CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

República Argentina, suscripción anual (6 números)	\$ 5.— <sup>m/n.</sup>
Exterior	» 3.— <sup>o/s.</sup>
Número suelto	» 1.— <sup>m/n.</sup>

Toda correspondencia administrativa, dirijase a nombre del secretario señor Verde Tello, Calle 45 N° 734, La Plata.

# J. SAMET: LIBRERO EDITOR

AVENIDA DE MAYO 1242 — BUENOS AIRES

## LIBROS RAROS

- J. M. ESTRADA — La política liberal bajo la tiranía de Rosas. (1873). . . . .  
HORACIO QUIROGA — El crimen del otro . . . . .  
ARTURO CAPDEVILA — Un concierto de mis musas . . . . .  
MARIO BRAVO — Poemas del campo y de la montaña . . . . .  
ALFONSINA STORNI — El dulce daño . . . . .  
LEOPOLDO LUGONES — Lunario sentimental. (Encuadernado) . . . . .  
LEOPOLDO LUGONES — Las horas doradas . . . . .  
LEOPOLDO LUGONES — El libro de los paisajes. . . . .  
JOSE DE MATURANA — Las fuentes del camino. (Encuadernado) . . . . .  
ALFONSINA STORNI — Languidez. . . . .

## EDICIONES Y EXCLUSIVAS DE ESTA CASA

PROSA	POESIA
R. SAENZ HAYES — Blas Pascal y otros ensayos . . . . .	\$ 2.50
HECTOR I. EANDI — Pétalos en el estanque . . . . .	« 2.00
R. ZAPATA — La infelidad de Penélope . . . . .	« 2.50
JUAN PALAZZO — La casa por dentro. (Novelas) . . . . .	« 2.00
F. M. PIÑERO — Cerca de los hombres . . . . .	« 0.40
M. KANTOR — Lenin . . . . .	« 1.50
LORENZO STANCHINA — Inocentes (Novelas) . . . . .	« 1.50
M. A. SALVAT — Esmaltes (Ilustrado) . . . . .	« 2.50
E. GONZALEZ LANUZA — Prismas . . . . .	« 1.80
NORA LANGE — La calle de la tarde. (Prólogo de Borges) . . . . .	« 1.—
C. DELGADO FITO — Sed . . . . .	« 1.50
MARIA LUISA CARNELLI — Rama frágil. . . . .	« 2.00
R. JIJENA SANCHEZ — La locura de mis ojos . . . . .	« 1.50
S. F. VAZQUEZ — Lluvia ligera . . . . .	« 1.20
C. SABAT ERCASTY — Vidas . . . . .	« 1.50
C. SABAT ERCASTY — Poemas del hombre . . . . .	« 2.00
PEDRO L. IPUCHE — Alas nuevas. Tierra honda. c/u. . . . .	« 2.00

## NOVEDAD

- G. SANCHEZ VIAMONTE — Derecho político. (Ensayos) . . . . . \$ 3.50

AGENCIA CENTRAL (VENTA, SUSCRIPCIONES Y AVISOS)

— DE —  
« S A G I T A R I O »

## C. BOZZOLO é Hijos

Administración de Propiedades

CALLE 54 Núm. 588 - U. Teléf. 1454

LA PLATA

## OBRAS NUEVAS

CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

## DERECHO POLITICO

(ENSAYOS)

*Sumario:* El sufragio y el sistema representativo — El sufragio y la soberanía. — El dogma de la soberanía. — Opinión pública y voluntad social. — El problema político. — El individualismo jurídico - político de Kant. — El ocaso de la libertad jurídica.

Pedidos a J. SAMET

Avenida de Mayo 1242 — Buenos Aires

JULIO V. GONZALEZ

## TIERRA FRAGOSA

“Paisajes, tipos y costumbre del Oeste Riojano”

Tomo elegantemente presentado. . . . . \$ 2.50

LIBRERIA “LA FACULTAD”

JUAN ROLDAN y Cia.

FLORIDA 359 — BUENOS AIRES

ALBERTO M. CANDIOTI

Historia de la Institución Consular en la Antigüedad y en la Edad Media

Un grueso volumen de más de 800 pags.

En venta en las principales librerías.

Librería EL ATENEO y EDITORA INTERNACIONAL

BUENOS AIRES

*Pida estos libros en las buenas librerías*

**Ortopedia y Corsetería**  
— DE —  
**CESAR ARCHETTI**



Corsés  
Fajas  
Piernas  
Brazos  
Bragueros  
—  
Artículos  
de goma  
—  
Muletas,  
etc.

Avenida 51 N° 637 - Tel. 818 - LA PLATA

**BOCCIA Hnos.**  
POMPAS FUNEBRES

CARRUAJES PARA CASAMIENTOS  
Y BAUTISMOS

Calle 57-13 y 14 - N° 918 - U. T. 1056

SUCURSAL:

Calle Barcelona 4452 - Berisso  
U. T. 222 - Ensenada

*Servicio Nocturno*

**D'Angelo**  
Calzado de Lujo 51.7 y 8

La única casa que  
hace trabajos fi-  
nos a medida a  
precios a la altura  
de las mejores ca-  
sas de la Capital.

51-7 y 8 U. T. 3291

LA PLATA

**LUIS FERRARIO**  
IMPORTADOR

49 N°s 484/88 - U. T. 29 - LA PLATA

**Sección SANIDAD**

Bañaderas, Lavatorios, Bidets, Calen-  
tadores de baño, Artefactos nique-  
lados y todo lo relacionado con la  
higine moderna.

**Sección ELECTRICIDAD**

Instalaciones eléctricas, Arañas, Bra-  
zos, Estufos, Lamparitas, Planchas,  
Material eléctrico, etc.

**VARIOS**

Materiales para obras sanitarias.

Se acuerdan créditos  
a pagar por mensualidades

**Compañía Argentina de Electricidad**

PARA TARIFAS E INFORMES

DIRIGIRSE A:

Calle 4 esquina 45

LA PLATA

Imprenta, Papelería, Encuadernación

— DE —

**M. ALFREDO CRESPO**

CASA ESPECIAL PARA PARTES DE ENLACES  
Y TARJETAS DE VISITA

Calle 5-49 y 50 LA PLATA U. T. 296

**FARMACIA**

DE

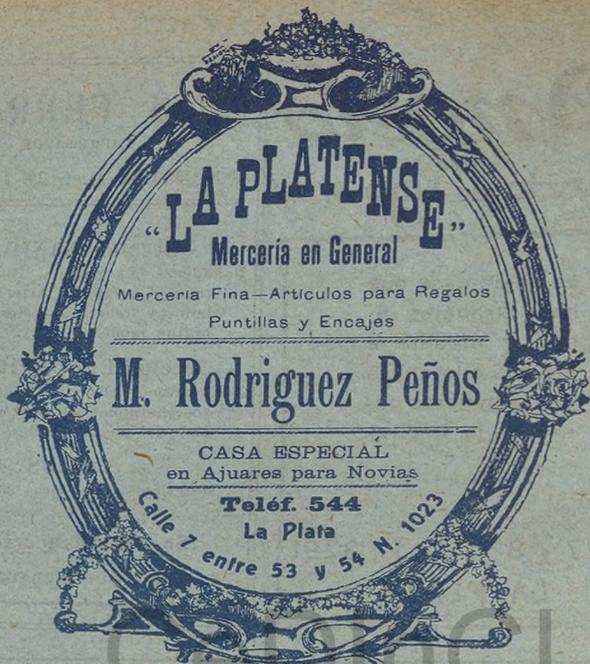
**JUAN FELIX MAESTRI**

SECCION OPTICA - OCULISTICA  
ANEXA A LA FARMACIA

UNIÓN TELEFÓNICA 526

CALLE 49 Y 8

LA PLATA



PRODUCTOS

# MATTALDI

**Alc6hol** - puro de 96° - UNICOS de Cereales que se fabrica en el Pa6s.

**Insuperable** para la preparacion de l6cores y perfumes. - Usado exclusivamente en los laboratorios qu6micos e industriales.

Alc6hol S6lido - Especial para viajes  
Alc6holes de iluminar-quemar y lustrar.  
Gas Carb6nico - en tubos de 10 y 20 Kgs.  
perfectamente puro

50 4 Y 5

SAGITARIO

# SAGITARIO

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

DIRIGIDA POR: CARLOS AMÉRICO AMAYA, JULIO V. GONZÁLEZ, CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE  
SECRETARIO DE REDACCIÓN: PEDRO A. VERDE TELLO

LA PLATA (R. A.)

DIRECCIÓN: AVENIDA 53 N° 538

TODA CORRESPONDENCIA DE REDACCIÓN Y CANJE, DIRIJASE A LA DIRECCIÓN

AÑO I	ENERO - MARZO 1926	NÚM. 5
-------	--------------------	--------

## ÍNDICE DE ESTE NÚMERO

	Pag.
M. IBÉRICO Y RODRÍGUEZ. El nuevo absoluto. . . . .	117
ARTURO MÁRASSO . . . Observaciones acerca de la poesía lírica	123
M. DE VEDIA Y MITRE . Rivadavia, el reformador . . . . .	128
RAÚL A. ORGAZ . . . . Proloquios y reflexiones. . . . .	146
JUAN B. TERÁN . . . . Educación romántica . . . . .	149
J. ALVAREZ DEL VAYO . . Trotzki. . . . .	153
RODOLFO L. SEMICH . . La edad crítica. . . . .	160
V. R. HAYA DE LA TORRE. José Ingenieros. . . . .	184

## BIBLIOGRAFÍA

M. LOPEZ PALMERO . . . . <i>El alma en el Pozo</i> , de V. J. Guillot . . . . .	187
» . . . . <i>Bichitos de luz</i> , de E. Frugoni. . . . .	190
» . . . . <i>Después del estreno</i> , de O. Palazzolo . . . . .	191
E. SUAREZ CALIMANO . . . <i>Las tardes</i> , de Francisco Lopez Merino. . . . .	192
M. MÁNFREDI . . . . . <i>Historia de la Historiografía Argentina</i> , de R. Carbia . . . . .	196
M. H. DE BOSE . . . . . <i>El átomo y su estructura</i> , de Kromers y Holga Hoest . . . . .	199
J. LAZCANO. . . . . <i>Historia de la Institución consular, etc.</i> , de A. M. Candiotti . . . . .	203
H. DE SIMONS. . . . . <i>Noticia sobre Keyserling</i> . . . . .	206
P. A. VERDE TELLO . . . <i>La Escena contemporánea</i> , de J. C. Ma- riategui . . . . .	209

## COMENTARIOS

Terán y la nueva generación — El mensaje de Franco — Julio A. Mella.

## UNIVERSITARIAS

Ricardo Rojas — Otra tentativa de reacción contra la Reforma Universitaria, por G. del Mazo — Libre Docencia, por W. Rocés — La lucha por la Reforma, por C. Sánchez Viamonte.

## LATINOAMÉRICA

El congreso estudiantil Bolivariano — Palacios y el congreso Panamericano de Panamá — La dictadura en Panamá — Entre las juventudes de Asunción y La Paz — Documentos del despotismo en América.

## NOTICIAS

Temas de nuestra América, por E. González Martínez — Repertorio Americano — La Nueva Democracia — El estudiante — Nuestra América.

# SAGITARIO

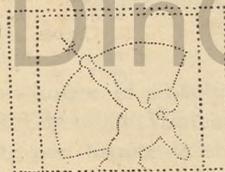
DIRECTORES

CARLOS A. AMAYA

JULIO V. GONZÁLEZ

CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE

CeDInCI



LA PLATA  
R. ARGENTINA  
AV 53 N° 538

REVISTA DE HUMANIDADES

CeDInCI

## El Nuevo Absoluto

POR

MARIANO IBÉRICO Y RODRIGUEZ

Alors l'Absolu se révèle très près de nous et, dans une certaine mesure, en nous. Il est d'essence psychologique, et non pas mathématique ou logique. Il vit avec nous. Comme nous, mais par certains côtés, infiniment plus concentré et plus ramassé sur lui même, il dure.

BERGSON. *L'Evolution Créatrice*, pag. 323.

**L**A especulación sobre el absoluto constituye el contenido esencial de la metafísica. Especulación paradójica pues sí, por hipótesis el absoluto debe estar exento de toda relación, no puede constituir materia de conocimiento ni puede ser siquiera concebido desde que conocer y concebir son formas innegables de relación. El ansia de absoluto es tal sin embargo que, hasta los filósofos que hacen profesión de eludirlo véanse obligados a restablecerlo de una manera o de otra. Kant por ejemplo, creía haber eliminado la *cosa en sí* como objeto de especulación, pero estaba en un error por que si lo consiguió en la *Crítica de la Razón Pura*, no pudo lograrlo en la *Crítica de la Razón Práctica*, donde no sólo especuló sobre la cosa en sí, sino que hizo de un cierto absoluto moral la base de toda su metafísica. Los filósofos saben por lo demás que el absoluto es incognoscible y sin embargo lo persiguen con una porfía y un entusiasmo inacabables.

Es que el absoluto más que un valor lógico es un valor de la vida afectiva, la expresión de una exigencia que traduce la íntima, la irreductible contradicción de nuestro ser. El yo, que quisiera absorber en sí la totalidad de lo real, cree por momentos que el espectáculo del universo no es más que su propia fantasía. Ha incorporado el universo a su conciencia, pero ha tenido que pagar esa conquista despojándolo de toda propia realidad. Encuéntrase de esta suerte solo en lo irreal. Debe entonces restablecer algo que exista independientemente y crea el absoluto, el cual es absorbido de nuevo para ser objetivado otra vez y así en un ritmo sin fin. En otros términos la concesión de lo absoluto obedece a la necesidad de crear algo que desborde la pura subjetividad del yo, algo desconocido, aparte en sí. Pero la subjetividad se proyecta en eso que por definición debe ser desconocido, aparte en sí, y de ese modo lo impregna en emoción y en humanidad. Por eso en toda metafísica hay cierto romanticismo que transfiere al ser las modalidades del yo. Procedimiento que contradice las exigencias lógicas del problema pero que resulta inevitable dadas, la ineludible necesidad del absoluto por una parte y por otra la imposibilidad de concebirlo puro de toda aportación subjetiva o empírica.

La historia de la filosofía—podríamos agregar la de la cultura—no es en el fondo más que la historia de las concepciones sobre el absoluto. Estas definen en cada época el sentimiento de la vida y presiden sus valoraciones morales o estéticas. Ellas provocan sobre todo una cierta tensión variable en su intensidad y en su sentido y que expresa la necesidad metafísica del hombre de adaptar su vida empírica a las formas de la entidad llamada absoluto.

En cuanto a la determinación de esa entidad, hay dos concepciones extremas que se combaten no sólo a través de la historia sino en la mente de cada filósofo: la concepción que identifica el absoluto con el ser y la que lo identifica con el devenir. Contienda interminable que ex-

presa, según lo ha observado profundamente Simmel el «dualismo fundamental que es el esquema de todo ser humano»; dualismo entre lo estable y lo inestable, lo movable y lo inmóvil, indefinible contradicción de la existencia, que no pudiendo sintetizarse lógicamente, suele resolverse en beneficio de uno solo de sus términos; de suerte que ora es el ser que se afirma desvalorizando el devenir, ora es el devenir quien prevalece arrastrando en su corriente irrespetuosa las venerables estructuras de lo inmutable.

La hora presente de la cultura parece definirse por la crisis del absoluto platónico, inmóvil y por la afirmación cada vez más acentuada de un absoluto viviente y movable. El absoluto inmóvil es eminentemente intelectual y por lo tanto, las interpretaciones de la vida que en él se fundan están dirigidas y controladas por la inteligencia. El nuevo absoluto en cambio es de naturaleza volitiva, irracional y por lo tanto, las interpretaciones vitales que inspira se reclaman de una facultad distinta de la inteligencia y apta para recoger en su pureza la materia fluida del devenir.

La tensión interior que deriva de una concepción semejante se diferencia profundamente de los estados psicológicos inherentes a la cultura del pasado. Todas ellas en efecto se fundan en el postulado de que el absoluto es inmutable, es decir perfecto, desde que lo perfecto es lo acabado, lo que no puede ya modificarse ni en calidad ni en cantidad; todas esas culturas por lo mismo tienen que concebir el movimiento, la actividad, la vida como algo secundario, subordinado, sin valor propio, como un simple trámite hacia la perfección absoluta y eterna. La vida tiene de esta suerte una dirección fija y sabe a que atenerse en lo que atañe a su disciplina interior y a su esperanza. Sabe lo que debe hacer y lo que puede esperar. Y así su tensión se define por el anhelo de realizar en el tiempo el arquetipo intemporal.

Ahora en cambio el tiempo ha devorado la eternidad y

lo movable ha triunfado sobre lo inmóvil. Ahora la vida, la actividad, el movimiento, no son ya trámites subordinados y secundarios, sino fines en sí. El hombre de hoy erige en divinidades la inquietud, el dinamismo, el descontento, no porque crea que ellos le aproximan a una existencia más perfecta o más bella, sino sencillamente, por que la inquietud, el dinamismo, el descontento, son expresiones de inestabilidad que el sentimiento metafísico de esta hora opone apasionadamente a lo estable.

Para la sensibilidad metafísica que suscitó la concepción del absoluto inmóvil, los gestos humanos y en general todas las manifestaciones de la naturaleza y de la vida eran tentativas más o menos frustradas para realizar las formas ideales y perfectas que desde su remota trascendencia atraían hacia sí la materia inquieta y corruptible. La doctrina aristotélica del acto expresa en su forma clásica insuperable la concesión del absoluto como lo perfecto inmóvil y la referencia a las formas incluídas en él, de la movilidad y del devenir. La concepción aristotélica domina la especulación medioeval y más o menos disfrazada se transparenta en todas las variedades del racionalismo moderno. Según ella las cosas tienden a un fin que en cierto modo pertenece al futuro puesto que es un término de llegada, pero que fundamentalmente es anterior a las cosas mismas, puesto que preside su desarrollo. Por manera que el universo obedece en su conjunto a una preceptiva cósmica inmutable y el hombre en sus obras a preceptivas especiales destinadas a integrarlo en la realización del plan universal. Lo inmutable resulta ser así el eje de la existencia y el modelo intemporal de la acción. De suerte que suprimido el eje se suprime el modelo y la movilidad pura, sin principio ni fin, asume la representación ontológica y ética de la realidad.



M. IBÉRICO Y RODRÍGUEZ

No me propongo estudiar ni los factores que han determinado la abolición del absoluto inmóvil, ni el momento preciso en que, en la historia de la mentalidad moderna, el ser comienza a ceder el paso al devenir. Me basta indicar que ese proceso se consuma en Nietzsche, cuya obra, al par que denuncia como ilusorias y falaces todas las modalidades de lo inmóvil, exalta en el símbolo del superhombre, el ímpetu expansivo y cruel de la vida. Y aquí una vez más el drama de Nietzsche es el drama del hombre moderno. Abolida la ilusión de lo inmutable, se desvanecen automáticamente las creencias conectadas con ella, y la vida se le aparece como una oscura potencia de novedad y de frenesí. No pudiendo servirse de tipos preestablecidos para fundamentar su tabla de valores el hombre de hoy consagra el movimiento como un paradójico fin en sí, y de este modo al anhelo de adecuación, de conformidad y por lo tanto de equilibrio que orientaba el esfuerzo de los hombres que fueron se sustituyen en ansia de inquietud y una como sed de insaciabilidad.

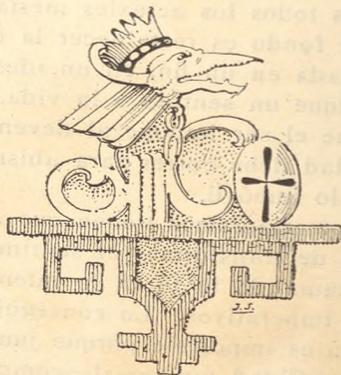
Contra ese estado de turbación y de desequilibrio erigen sus mensajes todos los actuales mesianismos. Lo que pretenden en el fondo es restablecer la categoría de lo inmóvil cristalizada en un fin, en un ideal que atraiga, oriente y comunique un sentido a la vida. Fin, ideal, es decir formas que el ser impone al devenir, caminos por donde la movilidad debe correr para abismarse en el perfecto reposo de lo inmóvil.

Solo que esos mesianismos tienen que resolver el tremendo problema de transformar el sentimiento metafísico del presente restaurando la fé en lo intemporal y el amor por sus austeros imperativos. Lo conseguirán? Es difícil sin duda pero no es imposible porque junto con el sentimiento de la movilidad universal—complementándolo y

acaso también contradiciéndolo—se agita, en la inquietud contemporánea, otro de naturaleza profundamente religiosa a saber: el sentimiento de que el hombre necesita ser salvado. Sentimiento germinal y profundo, destinado a suscitar por sobre la efervescencia del instante, la esperanza final.

Lima, enero de 1926.

CeDInCI



## Observaciones acerca de la poesía lírica

POR

ARTURO MARASSO

I

La poesía que expresa lo natural y espontáneo dentro de lo permanente y transformable de la personalidad; las preocupaciones más hondas, lo más íntimo del pensamiento, la quintaesencia de la meditación; que es voz de amor cuando el poeta se enamora y de pasión cuando el poeta se apasiona, no obedece a ninguna escuela crítica o de moda, sino a una ley profunda del espíritu, a la necesidad de crear, de dar vida a lo que es ya realidad en lo esencial; de ahí que el poeta sea siempre poeta en sí; la técnica, el arte de la poesía, la corrección, la depuración, es algo particularísimo de cada artista, dentro de la corriente espiritual de nuestra cultura que nos arrastra a un ideal de perfección, de sencillez, de gracia.

II.—Yo no concibo el arte, en ninguna de sus fases, sin la integridad moral que vivifica toda manifestación del espíritu humano; de por sí el poeta es alma indómita, libre con el supremo don de crear, de sentir y de pensar; ansiosa de descubrir nuevos mundos de poesía y desconocidos manantiales de inspiración; no en vano se habla del raptó, del vuelo lírico.

III.—El don admirable de la composición literaria, el sentido único e insustituible de la palabra, la alteza de la concepción, son dote de los que han penetrado a lo intensamente lírico; no podemos confundir la gracia, el delicioso capricho poético de Góngora, la cancioncilla ligera, como cantada, con algunas estrofas de Luis de León donde se manifiesta lo excelso de la inteligencia convertida en sensibilidad lírica. Los dos son poetas; pero León lo es de un modo casi absoluto, en lo permanente; si se suprime a Góngora queda el lirismo popular que le ha inspirado; si desaparece León poeta, desaparece con él una poderosa individualidad, un espíritu insigne. Hay un tesoro espiritual, una visión del mundo, un universo poético que salta a la vista aún en un fragmento de Safo o Anacreonte, como en una poesía de Píndaro o Leopardi; hay algo delicado e indefinible, melodía sutil en la idea casi inexpresable, que no puede vibrar en todos los espíritus; no todos somos aptos para la percepción poética; este pensamiento que huyó cuando iba a ser una idea admirable y que apenas dejó su huella en una imagen o en una palabra no alcanza a despertar en quien lee la intuición del lírico; la emoción intensamente vivida en la noche, frente al mar, al universo, es difícil que despierte en el ser vulgar una afinidad emotiva que él ni siquiera ha sospechado; la imagen — pensamiento — melodía, puede pasar sin rozar el sensualismo grosero de los que confunden el arte con el desahogo en verso de lo instintivo.

IV.—La intuición del poeta es fruto de la meditación; lo que es la verdad en la ciencia es la intuición en el arte; la riqueza de asociaciones nace de la simpatía universal por la obra divina y humana; los versos más bellos brotan impensadamente, pero, fueron elaborándose en los oscuros alvéolos donde la sensibilidad y la imaginación acendran la miel de la realidad y de la fantasía. ¡Delicioso artífice es el poeta de esta obra de amor, maestro y alumno; las preocupaciones eternas del hombre, los



ARTURO MARASSO

sentimientos nacies, se transforman en la exquisita vibración de su alma, en algo que debía estar en todos nosotros, en la palabra nueva, en la armonía esperada y soñada en lo íntimo!

V. — ¿Para qué la crítica dogmática, la apreciación anticipada, el prejuicio de escuelas y de sectas, la innovación pueril? Cuando el poeta aparece, es el poeta; alado, ligero, en el sentido platónico, participa de la libertad de pensar y de sentir de los seres que se emancipan de la fealdad y del error; el momento lírico, el de «la canción impremeditada», es por eso diferente del momento de la creación dramática o épica; es un estado de desmaterialización, de fluidez. Cuando esa suavísima mano inspirada hiere el espíritu, ¿cómo podrá pensar el poeta en el efecto, en la rareza? Estará dentro de la poesía pura, de la melodía inmanente; su pensamiento será esencia y en esa hora de belleza se entregará a la belleza misma. Hay un abismo entre este momento lírico — «la poesía lírica es toda la poesía» — y el estado mental del prosista. Cuando escribo estas líneas pienso lo que debo decir, me detengo, puedo dejarlas para mañana, sé que debiera ordenarlas mejor, someterlas a un plan lógico y riguroso; la inspiración lírica me arrastra, me subyuga, lo que escribo en ese momento es algo, para mí, adorable: mi pluma habrá recogido torpemente mi emoción lírica, los versos no me agradarán después, pero los habré vivido deliciosamente.

VI. — La vida interior, el tesoro de la vida interior, se convierte en la ingenuidad lírica, en la profundidad de pensamiento y de sentimiento; el alma en arrobamiento está henchida de algo que es una armonía que no puede interrumpirse; la belleza de esa hondura de reposo y de penetración en nosotros y en el mundo es el encanto mayor y el más alto bien que el poeta ofrece al hombre.

VII. — Debe ser así. ¿Por qué? Dejemos que sea como deba ser. ¿Por qué la hoja de la encina *debe ser* como

la del plátano? Lo que acabo de escribir es el fruto de la concepción de este instante. Puedo darle otra forma amplificar, desarrollar este pensamiento. Psicológicamente nació así; se acerca a lo que debió ser cuando lo escribía. Respetemos la vida interior del poeta. Que sea él, diferente de los demás, con personalidad acentuada, natural, honda y viviente.

VIII.—La rima que recompensó en parte la pobreza melódica de la poesía bárbara, obedece a las circunstancias del género poético; adorno exquisito, convención admirable, anzuelo que un verso arroja al que ha de venir, no puede ni debe esclavizar y ahogar la obra orgánica del lirismo supremo. Mi educación literaria me hace amar la rima, pero el influjo enervante que ella ejerce en el verso mata la poesía como una hiedra florida. El contenido esencial del poema hace olvidar la rima; la música de la palabra apaga el són de esa combinación artificial con la cual nos hemos connaturalizado. Pero no hablemos con ideas generales, casi siempre falsas cuando se las aplica a una obra maestra; vayamos a lo particular, estudiemos el arte en el arte mismo.

IX.—Se imitará con elegancia; se escribirán versos correctos o raros, de noble distinción; el mediocre podrá forjarse la ilusión de ser poeta; imitando o sin imitar, el verdadero artífice pone en su verso una melodía antes no escuchada, un pensamiento-sentimiento antes sólo presentidos; el brillante rebaño, dócil a la sugestión y con alardes de novedad y de independencia no hará otra cosa que una parodia; la poesía es la voz interior más personal, lo inimitable. Hay poetas, como Virgilio, que tienen el poder de traducir en su obra la obra ajena por exceso de sensibilidad; pero el propio Virgilio es más poeta todavía que el Homero virgiliano.

X.—Hasta el siglo XVI hubo una vida propia en la métrica española; desde el siglo XIX se intentó una renovación métrica. El poeta piensa en verso. El poema engendrado

ya en mi espíritu empieza a nacer con una forma que le es propia. Es un poema narrativo y descriptivo. Si fuese puramente lírico el verso sería diferente. Y en lo puramente lírico, qué multiplicidad de melodía y de ritmo. La poesía sabiamente espontánea ofrece tantos misterios como las creaciones de la naturaleza. El período alejandrino puede alcanzar a catorce como a setenta sílabas. A nosotros no nos ha preocupado la invasión de un verso en el siguiente. Pequeño asunto que viene de Homero y Hesíodo hasta nuestros días. ¿La aliteración? No es la aliteración, es la melodía, el sentimiento dominante, el estado de alma, el asunto, el amor, abeja que deja su miel en la palabra.

Buenos Aires, febrero 1926.



## Rivadavia, el reformador

POR

M. DE VEDIA Y MITRE

**E**L medio en que nacieron y vivieron los hombres de Mayo, no era un medio propicio para la formación de grandes personalidades. Adviértese que al emplear este término, «grandes personalidades», no se usa un sinónimo de «grandes hombres». La época fué la de una gran empresa, fué la época de la revolución por la independencia política. Por fruto exigía señaladas hazañas, actos heroicos que sólo podían acometer espíritus esforzados y generosos que sacrificaran su tranquilidad al bien de los demás. Era, pues, una época propicia para destacar a los hombres de acción, que en proezas guerreras ganaran la gratitud de la posteridad. Por implicancia, los autores de la independencia debían ser quienes más decisión mostraran, más espíritu de sacrificio y más aptitud en las lides militares. Y sería irrisorio negar que quienes llevaran tal hermoso conjunto fueran grandes hombres representativos, para emplear la expresión de Emerson. Pero sin restarles un punto de su mérito como hombres y como factores eficientes en la evolución histórica, es lo cierto que pudieron realizar la obra que les señaló el destino sin estar dotados de una vigorosa personalidad. Esta se caracteriza por la presencia de rasgos individuales, inconfundibles, que destaca de los demás a quienes los poseen. La

personalidad es la suma o más bien la síntesis del individuo y el medio. Y el medio era pobre, inadecuado, lleno de las supersticiones y los prejuicios que florecen en la ignorancia. La personalidad de los hombres directivos no podía ser ni acentuada ni vigorosa, salvo casos de excepción. Rivadavia es uno de esos casos, quizá el único, pues Mariano Moreno tuvo una vida política tan fugaz que apenas quedó el reflejo de su acción luminosa, no obstante ser ella la más inteligente concreción de los ideales de la revolución emancipadora. Eckermann pone en boca de Goethe estas palabras: «Para hacer época en el mundo se requiere como es sabido, dos cosas: Primero, una buena cabeza, y segundo, disfrutar de una gran herencia. Napoleón heredó la revolución francesa; Federico el Grande, la guerra de Silesia; Lutero, la ignorancia de los frailes; mi herencia ha sido el error de la teoría de Newton. La generación actual no tiene idea del valor de mi obra; pero el porvenir reconocerá que no fué mala la herencia que le cupo en suerte». Tampoco fué mala, por cierto, la que le tocó a Rivadavia: la independencia. Pero también le tocó como herencia la ignorancia popular de la época colonial, el espíritu de discordia de ese mismo pueblo y todavía, el fanatismo religioso. Recogió esa herencia a que no le era dado renunciar. La independencia, le sirvió para echar las bases del gobierno libre; la ignorancia y el fanatismo, para implantar la Reforma social. Y en este sentido su acción de gobernante civilizado acentuó los rasgos de una personalidad que no tiene par en nuestra historia. Entiéndase que al asentarla así no se busca formular una laudatoria, sino fijar su papel excepcional en nuestro pasado, papel que realizó quizá merced a que se sumaron en él las condiciones que Goethe indicaba para poder «hacer época».

Del punto de vista de las ideas políticas de Rivadavia, mucho se ha desvariado. Cuando entró a gobernar en 1821, en las postrimerías de la guerra de la independencia, no

realizó un sólo acto que lo defina como el unitario intransigente, que vieron y ven en él sus detractores. Regresado de Europa fué nombrado ministro de gobierno y relaciones exteriores por el general Rodríguez, con cuya exaltación al mando se cerró la crisis política de 1820. Un nuevo orden de cosas se fundó. La caída del Directorio y la disolución del congreso de la independencia, iniciaron esa crisis y la elección del general Rodríguez le puso punto final. Y nació así el régimen de gobierno que se ha llamado con exactitud «del aislamiento provincial». Cada provincia se rigió por sí misma con abstracción de las demás. El gobierno de Córdoba había promovido la formación de un nuevo Congreso Constituyente. Buenos Aires llegó a designar sus diputados, pero por obra de Rivadavia fueron retirados, y el Congreso no se realizó. Rivadavia consideró que ante el fracaso de los estatutos y constituciones sancionadas desde 1811, era estéril insistir en la reunión de un nuevo congreso por el momento. Su sagacidad le hizo considerar que los caudillos alzados en armas eran una fuerza más poderosa que la obra teórica elaborada con afán de progreso por los constituyentes, copiando o tratando de adoptar instituciones extrañas. No se ocultó a su espíritu que el país carecía de educación política, no tenía hábitos de respeto a la ley, se hallaba sometido, a consecuencia de las luchas armadas de la revolución, a la prepotencia de los jefes militares o comandantes de campaña que se habían habituado a mandar y a ser obedecidos. Cualquier organización política que se estableciera debía contar con la opinión de esos señores feudales, pues habría de restringir su autoridad ilimitada. Con criterio de verdadero hombre de Estado, pensó Rivadavia que había que someterse a la realidad y aceptar los hechos tales como se presentaban. Y por eso «presidió» esa época llamada de «aislamiento provincial», y que fué una verdadera «Confederación de hecho». Cada provincia fué soberana y la de Buenos Aires constituyó

el modelo. Se fundaron en ella, todas las instituciones que el tiempo consagró después, y todo ello se debió a la acción infatigable de su talento, de su alta cultura, de su espíritu de progreso. Realizó Rivadavia todas las iniciativas que promoviera desde el Triunvirato diez años antes, y continuó otras muchas, en medio de la estupefacción de sus paisanos. Fué por todo ello y mucho más, un verdadero «fundador». Lo fundó todo: desde el gobierno democrático responsable, hasta las instituciones de asistencia social; desde la más completa libertad de la prensa, hasta el movimiento literario de que esa prensa fué tribuna y baluarte; desde la publicidad de los actos gubernativos hasta la discusión pública de esos actos ante el parlamento; desde los institutos de educación hasta el régimen de sus estudios; desde la educación de la mujer, hasta la elevación de su función social. Y por sobre todo ello, debe decirse, porque es exacto, que es el fundador de los gobiernos provinciales, pues merced a su esfuerzo y a su acción, la provincia de Buenos Aires existió por primera vez como entidad gubernativa. Como queda dicho sirvió de ejemplo a las otras para constituir un día un conjunto armónico, salvo la faz de la soberanía de la Nación que fué su gran ensueño, en el correr del tiempo realizado. Nada más absurdo que considerar a Rivadavia como jefe del Partido Unitario. Si algo fué en el gobierno de Buenos Aires, lo alcanzó como precursor del federalismo, pues por iniciativa suya, las provincias se valieron a sí mismas y comenzaron a saber gobernarse por sí solas. Desgraciadamente, los problemas a que estaba abocado el país exigieron la consolidación del gobierno, y así hubo de comprenderlo Rivadavia, razón por la cual promovió tres años después, la convocación del Congreso General Constituyente que se reunió en 1824, cuando él ya se había alejado del país para servirlo más y mejor en el extranjero. Pero en verdad, nunca consideró Rivadavia que «el aislamiento provincial» fuera otra cosa que un régimen pro-

visional, hasta que las provincias se hubieran habituado al respeto a la ley y a los gobiernos de orden. Epoca de transición, en fin, hasta que fuera dable « *to form a more perfec union* ». Entre tanto, se habría salvado la nacionalidad, y ese mismo sentimiento habría hecho posible la implantación de un gobierno nacional, cuyas facultades podrían ser tanto más amplias o más restringidas, cuando lo permitiera el grado de cultura alcanzado en cada provincia. Pero los hechos se precipitaron: la conducta de Portugal, primero, y del Brasil después, respecto a la provincia de Montevideo, hicieron necesario prepararse para una guerra que era inevitable. Y de ahí soluciones que Rivadavia no buscó y que los hechos impusieron.

El Dr. Jaaquín V. González en «El juicio del siglo» hizo en el momento de la madurez de su talento, la más completa síntesis de la evolución social argentina. Obra de tal magnitud tiene necesariamente que provocar inevitables disidencias de detalle. Pero nadie abarcó mejor el cuadro que el fundador de la Universidad de La Plata. Juzga a Rivadavia a la luz de los datos no siempre favorables aportados por historiadores como López y Saldías, y sin embargo, dice con su alta autoridad, después de trazar los rasgos esenciales de la descomposición de las viejas fuerzas aristocráticas y patricias: «El punto culminante está representado por Rivadavia que ocupó con su genio y su influencia todo el primer período, y es el de más intensa elaboración civilizadora que haya marcado ningún núcleo argentino durante la primera mitad del siglo. En medio de sus errores y teorizaciones, de sus vacilaciones y debilidades en la acción, tuvo la virtud y la gloria de marcar a las demás provincias, y aún a los demás Estados más próximos, un tipo de gobierno culto y progresivo, que sin los peligros de la fuerza podía imponer gradualmente su hegemonía espontánea al grupo nacional; pero los factores de disolución ya estudiados, unidos a la influencia creciente de la clase inculta, hicie-

ron imposible la sucesión normal de aquellos gobiernos, y la duración de un régimen que acaso habría logrado consolidarse en algunas de las formas que señalan las intermitencias nacionales y provinciales, federales y unitarias, de esa época de transición (1) ».

Por acción de Rivadavia, la Legislatura se convirtió en un verdadero parlamento. Se declaró constituyente y elaboró su obra con la concurrencia constante de los ministros de gobierno. Sin que la Constitución de la Provincia se sancionara como artículos de un Estado, la Legislatura elaboró día a día el Derecho Constitucional Positivo en que se asentaron las instituciones de la Provincia. Y al abrirse las sesiones de la Sala de Representantes, Rivadavia anunció el propósito del gobierno de realizar sistemáticamente la reforma política y social, y pidió para ello la colaboración de los representantes de la voluntad popular. Tanto él, como los demás ministros del gobierno, intervinieron en los debates, constantemente, y así, a la luz del día llegó a exponer cada uno sus razones e impuso el grande hombre sus ideas. Su amor por las instituciones democráticas fue tan sincero y acendrado que por esos mismo días propuso al gobierno establecer un premio para los gobiernos de provincia que se organizaran bajo el sistema representativo. En las publicaciones de la Sección Historia de la Facultad de Filosofía y Letras se encuentran los documentos del gobierno de Entre Ríos optando al premio instituido. Ese era el espíritu amplio, generoso y progresista que animaba al audaz reformador.

Así fué iniciada y realizan la reforma. Los diferentes puntos que abarcó quedan diseñados en párrafos anteriores. Como Rivadavia abarcó una visión integral del problema social, no es dable desconocer que igual significado tiene cada una de sus fases. Pero quizá existe una de mayor trascendencia: la reforma en cuanto al régimen de

(1) Op. cit., pág. 114.

la iglesia y sus relaciones con el Estado. Ella fué, sin duda, una consecuencia del concepto de Rivadavia sobre la extensión del poder político. Pero sobre todo respondió a razones circunstanciales que no es dable dejar de considerar al estudiar este aspecto fundamental de su acción de hombre de gobierno. Tres factores fundamentales deben ser señalados: 1º El estado de los conventos; 2º Las relaciones de los gobiernos de la revolución con la Santa Sede; 3º Las tendencias liberales de las clases ilustradas de que Rivadavia fué intérprete y brazo ejecutor. Desde luego, parece ocioso insistir en que las colonias hispano-americanas estaban imbuidas de la fe católica, impuesta a sangre y fuego por los conquistadores. Pero no impedía que tomara cuerpo entre las clases cultas un sentimiento de profunda aversión por la conducta observada por cierta parte del clero. Este se había desenvuelto en medio de una autonomía absoluta a raíz de las bulas papales que condenaron a la revolución emancipadora, y tal autonomía en los últimos años había degenerado en la licencia. Alentaba ese estado de cosas el goce del fuero propio por el cual los miembros del clero estaban excluidos de los tribunales ordinarios para el juzgamiento de sus culpas y delitos. Su investidura los autorizaba, pues, a constituir una clase privilegiada, exenta de penas y sanciones. Al calor de esos privilegios, los conventos convertidos en casas de hospedaje, eran teatro de escenas de todo género, de actos licenciosos y hasta de pendercias y crímenes. Todo ello era de pública notoriedad y atraía sobre los conventos natural desprestigio, que el sentimiento religioso de la mayoría no lograba acallar. (1) La in-

(1) López, (Historia de la República Argentina, IX, 125), opina por su parte que el asesinato del Padre Muñoz, de fray Camargo y de fray Florencio Rodríguez y la relajación extrema de éstos y otros muchos frailes, eran hechos públicamente conocidos y que nadie ignoraba. Agrega detalles que aunque no están corroborados por una documentación fehaciente, muestran que el clamor público había envuelto a esas instituciones religiosas en el mayor desconcepto.

tervención del poder civil se había hecho indispensable. El mismo Dean Funes, servidor de la Reforma de Rivadavia, dejó escrito en su autobiografía, a pesar de su investidura sacerdotal, sobre las instituciones monacales, que su relajación «las había retirado a una distancia enorme de sus reglas» por lo cual «una razón de Estado exigía su abolición». En cuanto a las relaciones de los gobiernos patrios con la Santa Sede, y del clero mismo, quedaron interrumpidas desde el 25 de Mayo de 1810. La autoridad pontificia había condenado el movimiento revolucionario y por lo tanto desconocido todo derecho al ejercicio del patronato, que en vano se atribuyó el gobierno de la primera prueba, a raíz de la deposición del virrey. En consecuencia de ello fué que nuestros gobiernos ejercieron de hecho jurisdicción en los asuntos eclesiásticos. En tal virtud, habían designado Provisores para los obispados en Sede Vacante y «hasta tanto se allanaran las comunicaciones con la silla apostólica y se firmaran los concordatos». El Congreso Nacional había resuelto en 25 de Septiembre de 1819, que el P. E. despachara cartas de ruego y encarga a todos los diocesanos para que autorizaran al Provisor del obispado para resolver y determinar en los casos en que según las respectivas constituciones de cada región, se podía o debía recurrir a los prelados generales de quienes se hallaban separados. Tal estado de cosas autorizaba y hasta imponía la intervención del gobierno, pues la iglesia constituía así una corporación soberana en el Estado. La opinión de las clases ilustradas se inclinaban decididamente hacia el criterio liberal que había inspirado en Francia a fines del siglo anterior el reconocimiento político y social de tan honda y extensa repercusión. Las gentes se habían acostumbrado, por otra parte, a considerar que no era acto de herejía la intromisión del gobierno civil en los asuntos del clero, pues que ante todo debía considerarse que aquel tenía, en sus manos, la dirección de la sociedad, a la cual

debía librar de todo aquello que fuera pernicioso a su progreso y perfeccionamiento. Una juventud liberal y ansiosa de luz, vivía anhelosa aquellos días de evolución en las ideas y las instituciones, y de verdadera «reforma social». Con establecimientos religiosos de enseñanza adonde en la víspera habían ido a beber ciencia y saber y que no les habían proporcionado sinó nociones dogmáticas y atrasadas, produjeron sólo enemigos de aquel régimen caduco y alentaron almas dispuestas a combatirlos hasta verlos caer.

Uno de los miembros más distinguidos de la juventud de aquellos días y que contribuyó con su pluma a apoyar el movimiento reformista, fué Juan Cruz Varela, de quien ha dicho Juan María Gutiérrez en un hermoso estudio: «Deseaba el poeta, graduado en sagrada teología en la universidad cordobesa, ahorrar a las generaciones que habían de heredar su patriotismo y su predilección por las bellas letras, la lucha probablemente dolorosa que había sostenido en las intimidades de su espíritu para ilustrar la razón, depurar el gusto, y subir como escritor al nivel de los más discretos de su tiempo». (1) Fueron así los propios jóvenes surgidos de las aulas conventuales, quienes ponían más decisión en la reforma en que estaba realmente comprometido el progreso social. Tal régimen había de este modo elaborado su propia ruina.

Rivadavia fué el maestro de aquella nueva generación. Figuró a su frente, interpretó sus afanes y les dió cuerpo. De esa generación fué Varela el elemento más eficaz enrolado en la reforma. Y se batió por ella, en las páginas de la prensa, ya en prosa, ya en verso. Tenía que ser un poeta el defensor de los nuevos ideales. Por eso, porque eran ideales y porque eran nuevos. Podrá haber mucho de fantasía en aquella manera de luchar por la libertad política y religiosa, pero había también mucha sinceridad y la sinceridad es una de las más grandes fuer-

(1) Gutiérrez.—Estudio sobre Varela.

zas humanas. En «El Centinela» y el «Argos», en cuyas columnas libraba también combate el Deán Funes, por las mismas ideas, Varela ha dejado el fruto brillante de su labor de polemista. El ardor de discusión y el tener adversarios al frente lo hicieron descender fatalmente a la polémica personal y a la frase incisiva e hiriente. Pero ello no desmerece en manera alguna su actitud. En sus escritos, de diversa índole, traspira toda la reforma social, y con igual arrebató lírico canta a la libertad de imprenta, a la fundación de la sociedad de beneficencia o a la fundación de los trabajos hidráulicos, aunque el tema no parezca conciliable con la inspiración poética. Su enemigo más esforzado en la prensa fué el Padre Francisco de Paulo Castañeda, espíritu activo y combatiente pero que no estaba por cierto a la altura de su contrincante. La procacidad, el insulto personal y el ataque sarcástico eran armas preferidas del Padre Castañeda. Esta polémica en que se proclamó antirreformista, o lo que es lo mismo, partidario de la rutina y de las rancias instituciones coloniales, se mantuvo toda en verso, aunque el Padre Castañeda, como lo reconoce con justicia su biógrafo, (1) ni era poeta ni se preocupaba mucho de serlo. Varela tuvo que descender al estilo y maneras del fraile procaz, para combatirlo con sus mismas armas, pero sosteniendo siempre su indiscutible superioridad. Varela al propio tiempo que lo atacaba definía su posición en la contienda, y decía del fraile:

Un fraile es una cosa que no es cosa  
Ni nunca será nada  
Más que fraile no más: su carga odiosa  
A toda sociedad tuvo agobiada  
Cuando el mundo dormido  
Casi todo era fraile o aturdido (2).

(1) Saldías, *Vida y Escritos del Padre Castañeda*.

(2) *Centinela*, nº 5.

Por la transcripción hecha puede juzgarse del tono de la polémica y del fondo de la misma. Hace más de cien años se trataba de lo peor lo que aún no ha sido dable realizar y tardará mucho en verse consumado: la preeminencia del Estado sobre la iglesia, y el acatamiento de ésta a la obra de progreso láico del Estado. Rivadavia fué el campeón esforzado de este propósito, realizado sólo en parte merced a la resistencia cerrada que su obra de civilizador provocó. Generalmente se ha juzgado la reforma eclesiástica a la luz de la ley sancionada por la Sala de Representantes. Pero esa luz fué el resultado de un largo debate en que el pensamiento rivadaviano no se impuso totalmente. Dicho pensamiento fué expuesto en su mensaje a la Legislatura y definido acabadamente por su intervención en el debate. Consistía en la realización de estas tres conquistas de la civilización: 1º supresión del fuero eclesiástico; 2º abolición de los conventos; 3º sometimiento de la iglesia al Estado. Y para poner el sello a tales trascendentales iniciativas, introdujo este artículo complementario en su proyecto de ley: «Las propiedades muebles e inmuebles pertenecientes a las casas de regulares, son propiedad del Estado». He ahí concretado el pensamiento de la Reforma. Ahora podrá decirse si existió antes o después un hombre de Estado argentino que haya llevado más lejos su espíritu liberal. Fué maestro de la juventud liberal de su tiempo y debe serlo de la actual, que aún no ha visto realizados sus ideales.

Al abrirse las sesiones de la Legislatura de 1822, el 1º de Mayo, el ministro Rivadavia anunció que en breve presentaría a consideración del cuerpo el «proyecto sistemático» sobre reforma del clero. Fundó en pocas palabras la necesidad de realizar esa reforma ante las circunstancias reales que bien conocía la Legislatura. Sin insistir sobre esas circunstancias ya señaladas, cabe anotar que el gobierno se había anticipado ya a adoptar resoluciones que tendían a imponer la autoridad del Estado sobre la igle-

sia. Por decreto de 13 de Diciembre del año anterior, puso el gobierno «bajo su inmedia protección» las casas de la orden de los mercedarios, substrayéndolas a la autoridad de todo prelado provincial. El 1º de Julio siguiente un nuevo decreto sujetó a las disposiciones del de 13 de Diciembre a «todas las casas de regulares situadas en el territorio de la provincia». Pero agregó disposiciones de mucha mayor gravedad. Insistió en romper los votos religiosos, pues dispuso por el art. 3º: «Todo regular que no quiera pertenecer a la conventualidad en que se halle, ocurrirá al ministerio de gobierno y obtendrá el correspondiente premio». Y por el artículo siguiente se estableció esta disposición de inequívoco alcance: «Todo regular que no habite constantemente en la casa de su respectiva conventualidad, queda separado de ella y bajo la exclusiva autoridad del ordinario». Y en cuanto a los bienes de los conventos dispuso el decreto: «El ministro secretario de hacienda librará órdenes conducentes para inventariar todos los bienes muebles e inmuebles, capitales y rentas, con expresión de origen y destino, que pertenecen a cada una de las casas regulares. Queda inhibido el enajenar ni permutar propiedad alguna de las que se manda tomar razón».

Este decreto, comunicado de inmediato como una orden a los conventos y autoridades eclesiásticas, era indudablemente dictatorial. Reunida la Legislatura, como lo estaba, importaba sin duda una invasión de atribuciones. Es claro que ningún fin personal ni egoísta se perseguía. Es claro que un loable propósito de orden público, — de orden social en el justo sentido del término, — inspiraba semejante acordada. Como tal fué considerado por los miembros del clero, y también, cual era lógico suponer, por los miembros de la Legislatura. Afectada esta en sus privilegios implícitos, no podía pasar en silencio ese decreto que complementaba con tan considerable amplitud el de 13 de Diciembre, sin hacer abdicación de sus atribuciones

naturales. Rivadavia, sólo solicitado por la importancia y trascendencia del problema que abordaba, se aplicó a resolverlo, sin cuidarse poco ni mucho de las formas, que a tales proceder lo habían obligado las circunstancias, y no pueden ser otros ni han sido nunca otros los seguidos en tiempo de revolución. Para Rivadavia no era aquello una revolución política exclusivamente, que sólo se aplicara a hacer oír «el ruido de rotas cadenas». Para Rivadavia la revolución debía comprender todo el orden social. Quería para su país la adaptación al progreso y al orden. Si invadía atribuciones de los otros poderes, lo que menos perseguía era mantenerse en el mando. El «estado gobernante», sacrificaba las formas para no pensar sinó en el fondo. Y tenía tan poco amor a la función por la función misma, que la abandonó cuando creyó ver que él podía constituir un obstáculo para la realización del bien común.

El mismo día, 1º de Julio, en que se dictó el decreto referido, Rivadavia lanzó otro sobre secularización de cementerios y supresión del convento de la Recoleta. Al mismo tiempo elevó a la Sala de Representantes el anunciado proyecto de reforma integral del clero. Es un hombre en pleno combate: se multiplica para hacer frente a todas las alternativas de la lucha. Si por una parte invade atribuciones de la Legislatura, al propio tiempo le demuestra su acatamiento sometiendo a su sanción la reforma en una faz esencial. Es un hombre de gobierno en plena acción. Está animado de esa energía que da eficacia a la acción misma, pues deriva de la sinceridad del propósito, de la convicción de que interpreta el bien colectivo. Por eso, usando de una gran mesura en la expresión, el decreto de secularización de cementerios, deja sentado un progreso que nadie osaría destruir. Si fué combatido por muchas de sus iniciativas, éstas al cabo se impusieron definitivamente por su propia virtualidad. De un convento hizo un establecimiento público. Dió destino

a los frailes del convento de la Recoleta y ordenó: «El edificio llamado de la Recoleta, y los muebles existentes en él, a excepción de los expresamente enumerados, quedan a las inmediatas órdenes del ministro secretario de gobierno». Y a continuación en un último artículo: «Queda destinado a cementerio público el edificio predominado».

No obstante todas las salvedades de forma esas resoluciones gubernativas adquirieron el carácter de una verdadera revolución. Sobre todo, para el espíritu de quienes se aferraban demasiado a las formas, o no llegaban a comprender los alcances de la innovación progresiva encarada por Rivadavia, o se sentían lesionados en sus privilegios. De ahí, pues, que a partir de ese momento, adquiera cuerpo la resistencia a la reforma. Y en honor de él debe anticiparse que en esa primera escaramuza ha de ser desarrollada en la Legislatura, lo que no le impedirá luchar por la reforma con renovados bríos. El «Diario de Sesiones» de aquella da cuenta de que en la del 10 de Julio de 1822 se leyó en extracto una nota «del gobernador eclesiástico en que, acompañando una representación de los padres dominicos, reducida a pedir se declarasen nulas las órdenes del poder ejecutivo de 13 de Diciembre último y decreto del mismo sobre regulares de 1º de Julio, la recomendaba y apoyaba entre otros fundamentos con el de la incompetencia en el poder ejecutivo para proceder en la materia, y menos por sí sólo, sin intervención y acuerdo de la autoridad eclesiástica; en que destruía las instituciones regulares, y abocaba sus derechos de seguridad y propiedad, con más los fueros y prerrogativas peculiares de la autoridad de la iglesia y pedía se sirviese la H. Junta ordenar la suspensión del decreto hasta que, examinado su mérito, fuese susceptible de su sanción o repulsa». Posteriormente hicieron iguales presentaciones ante la legislatura los padres bethlemitas y mercedarios. La comisión se expidió favorablemente el 24 de Julio y D. Valentín Gómez fué su miembro informante.

Rivadavia objetó el despacho de la comisión atacando sus fundamentos mas débiles. Acerca de la pretendida falta de atribuciones en el ejecutivo, dijo «que ese argumento se aducía intentando anarquizar los poderes del gobierno solidarizados en la reforma social». Sostuvo que nadie sabía mejor que la misma Representación, lo que ahora un año eran el gobierno y la junta y lo que eran al presente; que no estando designadas las facultades del gobierno, ni deslindadas por una constitución las atribuciones de ambos poderes, sería imposible fundarse la excepción de incompetencia en el caso, especialmente cuando el gobierno había sido autorizado por la misma junta para la Reforma; que teniendo la Representación una omnipotencia y el gobierno una obligación sin límites, en mano de aquella estaba declarar que no conocía término, y en este caso no habría una decisión del gobierno que sufriese la misma nota de incompetencia; que el gobierno se había creído facultado desde luego para extender la Reforma a la moralidad del país, y aun en razón de estar a su celo la policía, se consideró también con facultad bastante para obligar a los religiosos a que viviesen en sus conventos, y sujetar al ordinario a los que habitasen fuera del claustro. Que sin embargo de todo, luego que vió reclamados los decretos del gobierno, suspendió sus efectos y elevó la minuta de Reforma a la sanción de la Sala. Fué esta conducta del gobierno después de haber tomado sobre sí las fatigas del trabajo con la buena fe, juicio y celo que eran notorios, no lo hacía acreedor a que se le desairase por un principio de incompetencia, estando como estaba al alcance de la Sala, la minuta de Reforma, ni correspondía que se le respondiese con abandonarlo en estas circunstancias, y ahogar un aura de popularidad. ni la Sala dejarse llevar de un ardid que ofendía su amor propio y degradaba la dignidad del gobierno. Que el espíritu de anarquía se había manifestado por diversos conductos, desde que se admitieron los

representantes de los regulares, los que ponían en combustión al país por medio de calumnias las más atroces contra el gobierno y sus ministros, y que derramaban este funesto germen en papeles públicos, en pasquines introducidos hasta la misma Sala de la junta y aún en conversaciones familiares. Que ese mismo espíritu de anarquía e insubordinación se manifestaba igualmente en las representaciones de los regulares, pues con aire de tribunos y tono dogmático, decidían sobre el poder de las autoridades del país, arrojándose los dominicos a solicitar se suspenda la Reforma, hasta que la resuelva el Papa, invitado para ello por el Congreso General de las Provincias, después de haber estado doce años sin sujeción ni subordinación al Papa, cuya conducta debía producir en la H. Sala la indignación que produjo otra reclamación de un oficial (D. Marcos Balcarce) para el mismo Congreso de las Provincias; que corría en el público un papel sobre estas mismas materias y con los mismos principios, dado a leer por un regular que había sido el primero en introducir la anarquía en el claustro; que no había trepidado en acudir al gobierno para que anulase un capítulo provincial, y que habiendo obtenido el triunfo, había pasado tranquilo doce años, sin acordarse del Papa ni de las excomuniones. Que tampoco el prelado diocesano había tenido reparo en estampar en su nota, que el clamor del clero en iguales circunstancias había hecho retemblar los más firmes solios; que esto sólo podía aplicarse a un clero monárquico de quien dependiesen los reyes, pero si se quería perfeccionar la obra era preciso acabar con el espíritu de cuerpo, y subordinar una voluntad insubordinada; que si debía destruirse la anarquía, no podía pensarse en la revocación de los decretos del gobierno».

Después de una larga discusión con Agüero y Gómez, que serían años después, pilares de su presidencia, se resolvió a propuesta del último «que se pasara oficio al go-

bierno significándole que en atención a lo que ha expuesto a la Sala el ministerio, espera que nada se innove en la materia a que hace referencia el proyecto de Reforma, y que la comisión informe sobre la Minuta de Reforma a la mayor brevedad». En consecuencia, siguieron suspendidos los decretos, y entrega a la Legislatura la solución del problema a fin de que la Reforma estuviera revestida de toda la autoridad necesaria. En realidad, Rivadavia había demostrado con su actitud tener conciencia de que la Legislatura presionada por el clero no se avendría a dejar en vigor los decretos. Por eso los suspendió en sus efectos, demostrando a la vez su respeto por la Representación popular. Pero se aprestó a triunfar como triunfó en la Legislatura al discutirse el despacho sobre la Minuta ministerial que contiene su proyecto de Reforma. La sanción de la Legislatura es conocida, y puede consultarse en el Registro Oficial. Generalmente se ha dicho que esa ley es la Reforma proyectada por Rivadavia. Y bien: no. La ley importa la aceptación de la idea fundamental, pero desvirtuada por el choque de las ideas encontradas. En la discusión de su proyecto, Rivadavia se batió por él denodadamente. No logró la supresión de los conventos ni la expropiación total de sus bienes. Pero es incuestionable que la ley «que pudo» hacer sancionar, importó de todo punto de vista un beneficio positivo y un progreso que solo él era capaz de concebir. Y si se encontrara aventurada la aserción, no habría más que remitir al lector al «Diario de Sesiones», que así lo demuestra concluyentemente.

Sancionada la reforma el 21 de Diciembre de 1822, dió pretexto a un movimiento revolucionario «en defensa de la fe», estallado tres meses después. Lo encabezaba el Dr. Tagle, ex-ministro de Pueyrredón, un grupo de clérigos entre los que se encontraban D. Domingo Achega y D. Mariano Sánchez, y algunos militares sin porvenir, como los coroneles Bauzá, Viera y Rolón, amén de otros

elementos de menor cuantía. Las fuerzas revolucionarias aparecieron en la plaza de la Victoria en la noche del 19 de Marzo. Se titulaban «las tropas de la fe». Rivadavia ejercía el cargo de gobernador delegado, pues el general Rodríguez realizaba en ese momento una expedición contra los indios. Y bien: Rivadavia esperaba en la fortaleza a aquellas «tropas de la fe», acompañado de los generales Las Heras, Alvarez Thomas y Viamonte. Advertido del movimiento lo esperó en su puerta, y desde allí dirigió la resistencia que en pocas horas quedó triunfante. El coronel Dorrego, comisionado por el gobernador delegado para batir a los fieles de la campaña, apresó al Dr. Tagle a quien facilitó su fuga del país. Para completar el cuadro se debe decir, porque es un hecho absolutamente verídico, que «las tropas de la fe» iban acompañadas de clérigos que repartían escapularios al pueblo incitándolo en vano a defender la religión. El grito de guerra de los conjurados fué: ¡Viva la religión! ¡Mueran los herejes!

La revolución fué el bautizo cívico de la Reforma. Victorioso o derrotado Rivadavia en su época, es lo cierto que está triunfante en el tiempo. Se ha dicho de él que carecía de iniciativas originales y se limitó a copiar instituciones extrañas, inconcebibles con nuestro medio. Serían inconciliables con la barbarie pero no con el espíritu de la civilización que al fin se impuso, como se imponen siempre las cosas esencialmente buenas. De él puede decirse lo que dice Campbell de Shakespeare: «Como quiera que haya trabajado Shakespeare con materiales antiguos, se ve siempre que lo que hace no es limpiar el polvo, sinó extraer oro del polvo». Ha habido mucho interés y muy lógico, en restar importancia a su obra. Todas las fuerzas de conservación lo combaten, por lo mismo que propulsó a las fuerzas de vanguardia.

Buenos Aires, marzo 1926.

## Proloquios y reflexiones

POR

RAÚL A. ORGÁZ

LA juventud es el más alto valor de la natutaleza; la gloria es el más alto valor de la sociedad. Los hombres sólo se consuelan de la pérdida de la primera cuando se creen con derecho a la conquista de la segunda.

Si —según Pascal— la grandeza del hombre reside en que piensa, nada hay más trajicamente grande que la muerte de un sistema filosófico

El pragmatismo es el «homestead de la filosofía».

Las academias son las primeras canas de las jovenes nacionalidades de América.

Hay una castidad mental que nos hace enrojecer cuando nos llaman «sectarios».



RAÚL A. ORGÁZ

■

El problema de toda enseñanza oficial consiste en impedir que los tres dogmas que la definen: el dogma del Estado, el dogma de la Ciencia, el dogma del alumno y sus Derechos perturben más allá de lo debido a la expansión del espíritu creador.

■

La lógica es la justicia de la mente; la razón es su equidad.

■

Hay muchas cosas racionales; no hay muchas razonables.

■

La fórmula — ha dicho Fichte — es el mayor beneficio para la Humanidad (Die Formel ist die grösste Wohlthat für den Menschen). — Ello explica que la juventud intelectual de muchos sea una embriaguez de fórmulas, engañosa y efímera como toda embriaguez. —

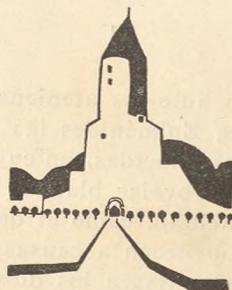
■

Enviado por Solón ante los atenienses para apaciguar sus querellas políticas, Epiménides las atribuyó a la cólera de divinidades desconocidas, en cuyo honor hizo levantar altares y sacrificar ovejas blancas y negras. Procedió con sabiduría y sagacidad, como el que sabe que las calamidades públicas obedecen a causas reales, pero prefiere, piadosamente, atribuir las a los dioses ignorados.

«Comprender» y «crear» son los ejercicios primordiales del espíritu. Por ello, toda universidad que aspire a ascender debe suscitar el «amor de comprensión» en los alumnos y el «amor de creación» en los maestros.

En la linda ciudad de Lima, existe un monumento curioso. Sobre un sobrio pedestal, hay una silla de bronce, vacía. Estuvo ocupada por la estatua de un político, arrancada en un instante de furor popular. Tal como queda, con su silla magistral, sobre la que cae una toga de sabios pliegues, se diría un monumento al estadista que se espera y que un día llegará.

Córdoba, enero de 1926.



## Educación romántica

POR

JUAN B. TERÁN

I

**E**L prestigio y el riesgo de la juventud es el entronizamiento del sentimiento en la dirección de la vida.

Toda filosofía romántica gana, por eso, fácilmente la simpatía de los jóvenes. Y toda filosofía los busca, con tino certero, de la misma manera que los ejércitos arrecian sus tiros contra los arsenales porque en ellos está la provisión.

Como a la política le basta el día presente, la filosofía piensa en el mañana y sabe que él está en manos de los jóvenes.

Por ser justamente el mañana la juventud es sagrada. Pero este dictado suele prestarse a sofismas. Por ser mañana y no por ser presente la juventud es sagrada.

Michelet, como buen romántico, cayó en el sofisma. Decía que si el mundo hubiera escuchado las objeciones de los niños se habría ahorrado muchos absurdos.

Pertenece al mismo género la idea de que la juventud solo por serlo encierra todos los dones, aun aquellos que le son extraños por definición porque suponen haberla pasado y poder contemplarla a la distancia, como la

maestría, la reflexión, un sentimiento más recojido de la vida.

La juventud es sagrada por ser el germen del porvenir. No está en ella misma su fin sino en lo que llegará a ser cuando los años pertenecientes hayan pasado.

Los romanos encontraron una fórmula para expresar una situación semejante. Diríamos, de acuerdo con esa terminología, que la juventud es «procurador en su propia causa». O mejor diríamos que es depositaria de lo que llegará a ser dueña. Le pertenece pero no puede disponer del depósito. Podríamos añadir que si quiere anticipar la posesión, la pierde. Es como cojer el fruto en agraz que frustra el fruto maduro.

Recordaba hace poco tiempo delante de jóvenes un bello apólogo francés sobre la juventud. Dos jóvenes comienzan su camino, llevando cada uno como trofeo la flor de la juventud. Uno aspiró su perfume hasta deshojar la flor. El otro impresionado por su belleza la guardó en un cofre como un tesoro.

Pasaron los años y se encontraron un día en el punto de partida. Y dijo el uno: «yo conservo intacta mi flor». Dijo el otro: «yo la perdí a poco de separarnos».

Pero al querer exhibir el primero el triunfo de su ahorro, encontró solo un despojo irreconocible de la flor.

Replicó el segundo: «Tú, por conservarla, la perdiste, yo no la conservo pero gocé de ella y su recuerdo trae todavía una ráfaga de perfume a mi vida».

He ahí el panegírico perfecto de la vida romántica.

La habilidad del cuento no oculta sin embargo su intención.

Si reparamos bien, ambos eran discípulos de la misma filosofía que consiste en creer que las flores o los frutos agraces han de ser cosechadas, siendo tal solo el destino de los frutos maduros.

La elección debe hacerse entre otras dos posibilidades: la de cortar la flor o el fruto tierno o dejarlas evolucionar

sobre su tallo. En ambos casos se puede gozar del perfume pero mientras en un caso se saca las manos manchadas por el zumo y los labios escosidos por el ácido, en el otro se verá la flor trocada en el jugo del fruto y en la belleza prodigiosa de la semilla.

## II

La educación tiene una base sentimental indispensable: la simpatía, la tolerancia que han de ser movimientos fáciles en todo buen educador. Pero no han de ser sensiblerías y menos por cierto, condescendencias. Han de ser más bien gestos de comprensión, busca de puertas secretas para llegar al espíritu de los jóvenes con las manos cargadas de ideas. Nada puede pedirse, de mejor, a la educación para exaltar su condición sentimental, que imite la paternidad. Y bien, copie la escuela la ternura primordial de la paternidad. Nadie dirá que esa ternura esté desmentida porque no abdique su función natural de protección y dirección.

Pero si nos entregamos al puro sentimiento haremos lo que hicieron los jueces de Friné a quienes su deslumbrante desnudez arrancó la sentencia absolutoria, cuando no se trataba de juzgar su belleza sino su delito.

La educación romántica produce en la realidad las Milés. de la Vallière o los Prevost Paradol, en la ficción la Werther o los Chatterton, destinos tormentosos. Han pedido demasiado a la vida y ante el deshucio inevitable van a su renunciamento por los caminos de la expiación o del suicidio.

La seducción del sentimiento es vertiginosa. Hay en la naturaleza espontánea, en la libertad del alma una gracia, una frescura, un aire de capricho que halagan nuestro instinto poético y arrastran las pasiones a su compás.

Parecen decirnos: «ama y haz lo que te plazca», o «abandónate a la buena fé de tu corazón, sin mezcla alguna», según la expresión de Saint Simon hablando de Mlle. de la Vallière.

Pero también es evidente de otro lado, la constancia de una voz que desde el fondo del espíritu nos amonesta para reportarnos en medio de la danza de las pasiones. Quiere aquietar su torbellino y regir su cuádriga fogosa y brillante. Aspira a crear con la brida del puño y la vigilancia de la pupila una dignidad que no está en la naturaleza espontánea.

Si flaquea este impulso hacia la serenidad y el dominio de las pasiones — que apesar de su romanticismo Nietzsche exigía al superhombre — la inminencia sentimental se precipita, y se desvanece impotente cuando el sentimiento está en frenesí.

La bestia es capaz de la ternura y del llanto, solamente que, como en la fábula de Lafontaine del *Hombre y del oso*, no podemos confiar en ella. Si llega la hora de rugir espantará la selva y no perdonará víctimas.

Por reacción contra la frialdad y la cautela de la inteligencia, el romanticismo quiere confiarnos al arrullo de una voz placentera que viene desde el corazón y nos hace marchar temerariamente llevados de la mano por la pasión que tiene los ojos vendados.

Y por escapar al dogmatismo nos entrega al fanatismo que es esa fuerza arrojada que no vé a donde lo lleva su arrojado.

La educación consiste en hacer de la inteligencia la piedra aguzadera del sentimiento.

Tucumán, enero 1926.

## Trotsky

POR

JULIO ALVAREZ DEL VAYO

Durante la permanencia de uno de nuestros Directores en Madrid tuvo la oportunidad de vincular nuestra revista a Alvarez del Vayo, quien, en prueba de simpatía a SAGITARIO cedió el presente capítulo, inédito entonces de su libro *La Nueva Rusia*.

Alvarez del Vayo es un escritor a quien estimamos por su orientación y clara inteligencia, y resulta obvio manifestar aquí con cuanto gusto acogemos su trabajo. L. R.

La última vez que le ví fué una tarde en que yo esperaba a la puesta del Kremlin poder telefonar con Radek. Ya se ha dicho que para entrar en el Kremlin hace falta permiso especial. Dos soldados rojos parapetados detrás de la ventanilla despachan a la entrada de cada puerta los correspondientes salvaconductos. Cuando alguien quiere visitar a un funcionario soviético de los que allí residen o trabajan, si no está provisto de dicho permiso, tiene que aguardar a que desde la ventanilla le alarguen un aparato telefónico mediante el cual comunica con la persona deseada. De acceder esta a ser visitada ella misma lo manifiesta telefónicamente al soldado de guardia. ¡Que nadie vaya con prisas! Lo primero que hay que aprender en Rusia es a no impacientarse. El reloj ruso marcha naturalmente, pero a su manera. Por algo el gran reloj del Kremlin suele marcar en sus diversas esferas horas distintas al mismo tiempo.

Aquel día tardaron en despacharme más de lo ordinario. No perdí, sin embargo, el tiempo, pues el automóvil de Trotsky se detuvo frente al Kremlin y ello me permitió observarle de cerca una vez más. Iba solo y parecía preocupado. De pronto volvió la cabeza en un movimiento

muy suyo y que, bastaba para sacarle una instantánea psicológica. Era el Trotzki de siempre: la suprema energía hecha hombre.

Le había oído hablar días atrás en una Asamblea convocada con objeto de popularizar la creación de una gran industria química al servicio de la defensa nacional.

El tema de su discurso no podía despertar singular expectación en aquellos días en que la atención general se fijaba en el próximo Congreso Comunista, donde se creía iba a resurgir la antigua polémica entre Trotzki y el Comité Central.

Pero bastaba el simple anuncio de que hablaría—el tema no hacía al caso—para que la gente se disputase el oírlo.

Era el «leader» más popular entre las masas, y la ovación delirante con que le saludó el auditorio de tres mil personas que llenaban aquella tarde el Teatro Académico nos lo confirmó.

Su ascendencia, particularmente fuerte entre el elemento joven, nace de su propia y extraordinaria personalidad. Los otros tienen la fuerza que les da sus respectivas posiciones; Stalin, porque en sus manos se halla el secreto del buen funcionamiento del partido; Zinovieff, por el apoyo que recibía de la Tercera Internacional y por la importancia de Leningrado donde dominaba; Kamaneff porque hasta el XIV Congreso (Diciembre de 1925) en que se pasa a la oposición simbolizaba la unidad contra cualquier amenaza de excisión. La fuerza de Trotzki reside siempre en ser Trotzki.

En el ocaso de los Dioses que sigue a la muerte de Lenin, acentuándose a medida que los jefes de segundo orden, después de varios años de obscura colaboración e incondicional obediencia comienzan a querer decidir en la orientación del partido, es él único que continúa ejerciendo sobre el amplio frente de la fascinación de su poderosa y casi irresistible personalidad.

Su obra, el ejército rojo es una de las grandes empresas de nuestro siglo, e indiscutiblemente su mayor timbre de gloria. Sólo su genio puede explicar el que un desterrado, semita por añadidura, un literato, ponga cima en medio de las mayores dificultades de todo orden, a la magna labor de crear un ejército disciplinado de entre los restos de una soldadesca desmoralizada, asombrando al viejo generalato—como me confesó en Leningrado un general zarista—y suscitando comentarios elogiosos de sus mismos adversarios. Ya uno de sus biógrafos no bolcheviques, Oscar Blun, dijo de él «que acaso sea el primer ministro de la guerra que Rusia ha tenido». Pero demás peso aún, por tratarse de un técnico en cuestiones militares, es la opinión del famoso coronel Max Bauer, antiguo jefe en el Alto Mando alemán, y uno de los directores del golpe de Estado de von Kapp. Bauer que pasa por ser el verdadero espíritu rector del movimiento ultranacionalista alemán, acaba de reunir en un libro «Das Davidovitch Land der roten Zaren» (El país de los Zares rojos), sus impresiones de un viaje por Rusia. He aquí como lo juzga. «Trotzki es el organizador militar y el caudillo innato. La forma en que creó un ejército de la nada, organizándolo e instruyéndole en momentos de dura lucha, es absolutamente napoleónica». En otro pasaje de su libro Bauer describe así la situación del ejército ruso antes de intervenir Trotzki: «La oficialidad había perdido toda autoridad bajo Kerenski, que fué el primero en relajar la disciplina. El Ejército iba deshaciéndose cada día más y en este proceso de descomposición le llevaba, como siempre, la delantera la flota. Por donde quiera que se miraba no se veía sino soldados sublevados que robaban, destruían o asesinaban. Era un caos general. Parecía que iba a hundirse en un horno de brujas».

Trotzki organiza el ejército rojo sobre la marcha, bajo el fuego mismo de la contrarrevolución. Europa entera parece haberse conjurado contra la Rusia soviética. Con-

sideremos la situación en el verano de 1918. Los aliados han ocupado Arkangel. En Ukrania sigue Skoropadski amenazando a Rusia sostenido por los alemanes, mientras en Filandia las tropas de von der Goltz secundan el plan contrarrevolucionario del gobierno blanco. Dueños de Vladivostok los japoneses dudan un momento si proseguir el avance. Las legiones checas dan bastante que hacer en el Volga y consiguen a principios de Agosto apoderarse de Kazan. En 1919 tiene lugar la gran ofensiva conviniendo de Koltschak Denikin y Yudenitch, y en abril del año siguiente entra en acción el ejército polaco de Pisulski llegando hasta Kieff.

La campaña intervencionista contrarrevolucionaria se prolonga en diversas fases hasta Noviembre de 1920 en que Wrangel —la última esperanza de la reacción europea— es definitivamente derrotado y arrojado de Crimea.

Durante esos dos años la actividad de Trotzki no conoce límites. Recorre Rusia de un extremo a otro sosteniendo con su presencia a los soldados rojos. Un día aparece en los Urales; otro en el frente lituano, otro en Ukrania. Sabe aprovechar el movimiento de efervescencia patriótica que provoca en Rusia la ofensiva polaca para completar los cuadros de oficiales con los mejores elementos del antiguo ejército zarista. Su talento literario y sus cualidades tribunicias facilitan esta gran cruzada heroica. Orador sin igual en la nueva Rusia, sabe encontrar la palabra justa que inflame los espíritus. Hay momentos, como cuando se dirige a las tropas que va a lanzar contra Kazan para desalojar de allí a los checos, en que él, la revolución y la patria se confunden en una misma cosa.

Judio como Lasalle, su origen tampoco le impide ser el tribuno—y en este caso más aún, el héroe nacional—de un pueblo que siente cual ningún otro el orgullo de raza.

En sus órdenes del día al ejército de operaciones se combinan en feliz equilibrio la cálida fraseología revolu-

cionaria y el sobrio lenguaje militar. Bien conocida es su célebre proclama al ejército de Petrogrado cercado por Yudenitch.

«¡Soldados del ejército rojo, comandantes y comisarios!

Mañana se decide la suerte de Petrogrado. Mientras en el Sur los ejércitos rojos victoriosos sostienen combates decisivos y se conquista Orel y hacen huir a diez regimientos de Kamontof, en Petrogrado una muchedumbre de derrotados ha conseguido que nuestras tropas se replieguen sobre las posiciones de Pulkova. ¡Guardaos de seguir retrocediendo! ¡Guardaos de abandonar Petrogrado. pues la rendición de la ciudad, aunque fuera temporal significaría la pérdida de millares de vidas obreras y de inestimables valores artísticos!

Todas las medidas han sido tomadas. La concentración de tropas recién llegadas nos garantizan una enorme superioridad. Se ha renovado el mando llevando a el los mejores proletarios endurecidos en los combates. Contamos con todas las condiciones de éxito. Os basta querer jurar que prometeis vencer.

Recordad que es a vosotros a quienes toca el gran honor de defender la ciudad en que vió luz la revolución obrera y campesina.

¡Adelante! ¡Al ataque! ¡Muerte a los mercenarios del capital extranjero! ¡Viva Petrogrado el rojo!».

Trotzki salvó Petrogrado. Es opinión bastante difundida que de haber caído entonces la ciudad en poder de Yudenitch, Rusia no estaría hoy gobernada por los bolcheviques.

Difícilmente se encontraría un contemporáneo que le aventaje en el aprovechamiento afortunado de las energías individuales. En los días mas terribles de la revolución Trotzki tenía tiempo para todo. Para recorrer el frente, para asistir a las sesiones del Consejo de Defensa Nacional y del Politbureau, para dirigir la palabra en cien sitios distintos a asambleas convocadas con los fines más

diversos, para escribir libros o ensayos sobre la táctica del partido, sobre los problemas económicos más complejos o sobre la influencia de la revolución en la literatura rusa, llenos de sagacidad, de espíritu y de ironía. Entre tanto no se publicaba nada importante en el mundo que él no leyera. En todas las «entrevistas» de los corresponsales extranjeros que le visitaron en el curso de los últimos años, aparece la misma exclamación de asombro. Se encuentran invariablemente conque conoce a fondo la situación de sus respectivos países.

Trabaja desde las siete y media de la mañana en que se levanta, hasta las cinco de la tarde. De cinco a siete hace vida de familia. Luego, hasta bien entrada la noche, lee y escribe.

No obstante aparentar algo más de los 48 años que tiene y a pesar de la enfermedad—tuberculosis de las glándulas del pecho complicada con un viejo padecimiento estomacal—que le obligó en poco tiempo a buscar dos veces alivio en el clima admirable del Cáucaso, Trotzki produce la impresión que está hecho de acero.

Tratándose de una personalidad como la suya no es extraño que viva en conflicto casi continuo con el elemento director de su partido. Hasta 1917, en que pocos meses antes del golpe de Octubre se acerca a Lenin «luchando» —como él mismo ha dicho—pero sin reservas». Trotzki es un guerrillero suelto. Ni bolchevique ni menchevique. Trotzki simplemente.

Lo que había sido desde el principio y especialmente a partir de la célebre excisión de 1903 que divide el socialismo ruso en dos fracciones irreconciliablemente opuestas. Por aquel entonces contaba solo veinte y tres años. Acababa de llegar a Londres huido de Siberia, donde debía cumplir una larga condena de destierro como consecuencia de sus relaciones con la Liga de Obreros de la Rusia del Sur. Tenía ya esa precisión en la exposición de concepto y esa admirable facilidad de palabra que

cultivadas a través de los años le han convertido en uno de los más grandes oradores de su época. Alerta siempre a la aparición de elementos útiles, Lenin que sentía especial predilección por la juventud revolucionaria trató enseguida de llevárselo a su campo. Trabajaron un año juntos, pero sobrevino la excisión y Trotzki después de militar unos meses en el partido menchevique recabó su libertad de acción. La revolución de 1905 volvió por un momento a unir las dos facciones. Sin pertenecer a una de ellas y a pesar de su juventud Trotzki se encontró encumbrado al importantísimo puesto de presidente del Soviet de Moscú por la misma fuerza de la acción revolucionaria, una de cuyas características es la de revelar nuevos valores.

Se le había presentado la apetecida ocasión de probar su capacidad. Una vez satisfecha podía volver a su predilecta postura de revolucionario independiente hasta que la fuerza inexorable de las circunstancias le llevara otra vez hacia una acción conjunta. Practica el periodismo en Francia, Suiza, Austria, Alemania y Estados Unidos. Lenin le sigue inspirando desde lejos el mismo respeto de siempre, no así el grupo de acólitos suyos que pasan el tiempo en Suiza discutiendo la revolución. De vez en cuando les dedica alguna de sus sangrientas ironías.

Se comprende, pues, que el «aparato» del partido integrado principalmente por Stalin, Zinovieff y Kameneff recelaran de Trotzki. Sus antecedentes personales daban aparentemente la razón a Stalin cuando decía de él «que era un individualista con el cual no se podía tratar».

Subrayemos lo de aparentemente porque en varias ocasiones—incluso en la fase más dura de la polémica con el citado Triunvirato—supo sacrificar a los intereses superiores de la causa comunista ese instinto elemental de revancha personal, tan humano como frecuente en situaciones parecidas.

El «aparato» del partido sabe lo que vale, pero descon-

fía de él, de su inteligencia esencialmente europea, de su espíritu inquieto y audaz. En el fondo es bien natural que le tengan miedo. Cuando el año pasado en el momento álgido de la lucha entre la oposición y el Comité central, Trotzki pidió para él mayor campo de acción, autoridad ilimitada de mando en el terreno económico, los celosos guardianes del dogma comunista se asustaron preguntándose a dónde querría llevarles. Trotzki exigía claridad en los fines y acción, acción sobre todo. La revolución estaba de momento asegurada. Había pasado el periodo de la propaganda. Era preciso levantar económicamente a Rusia. El se sentía con fuerzas para ello pero que le diesen los medios: el poder. Que no vinieran, una vez comenzada la obra, a atajarle con escrúpulos dogmáticos o con líricas resoluciones de asamblea. Probablemente en aquel momento se sentía capaz de todo: o de afianzar el régimen comunista en Rusia orientándose hacia un gran plan de reconstrucción industrial que la permitiera vivir de sus propios recursos, sin preocuparse de la enemistad de los Estados capitalistas, o de irse librando poco a poco de los compromisos de partido para hacer de Rusia la primera potencia europea.

Hablaba el lenguaje suyo, el lenguaje de un dominador.

El triunvirato se dió enseguida cuenta de que la mejor manera de combatirle era presentarlo ante la masa comunista como un pseudo Napoleon que quería imponer a toda costa su propia personalidad aún a riesgo de comprometer la unidad del frente revolucionario.

Pero Trotzki no estaba solo. La resistencia del Comité Central a democratizar la maquinaria del partido, había ido concitando contra dicho organismo una fuerte oposición. En el propio periódico oficial «Pravda» aparecieron quejas de afiliados de provincias concebidas en los siguientes términos: «Durante el año último el conservadurismo de los Comités ha aumentado. En algunos de ellos ni se celebran ya elecciones. Las comunicaciones o reso-

luciones que adoptan tienen el corte de órdenes terminantes. Es simplemente deplorable el modo en que van transformándose los Comités en departamentos burocráticos controlados por una multitud de funcionarios innecesarios».

Agréguese a ello lo crítico de la situación general del país a principios de Otono de 1923, que es cuando comienza su lucha con el Bureau político (Politbureau) del partido.

El rublo por los suelos, sin que el fantástico juego de convertir de la noche a la mañana un millón en un trillón o de agregar cuatro ceros al billeteaje existente, consiguiese dar a ninguno de aquellos papelitos mugrientos que integraban el sistema monetario ruso, la capacidad adquisitiva necesaria para poder comprar una libreta de pan. La industria y el comercio arruinados, como consecuencia lógica de la gran desproporción entre los precios de los artículos manufacturados y los productos agrícolas que acabó por alejar completamente al campesino de los mercados urbanos. Por todas partes descontento; incluso en las filas mismas del proletariado industrial que después de seis años de sacrificios comenzaba a revelarse amenazando con ir a la huelga, actitud hasta entonces desconocida en la Rusia Soviética.

Era el momento de iniciar el ataque. Entendiéndolo así Trotzki dirige al Comité Central una carta de protesta contra la «jerarquía del Secretariado». Ni en el periodo más agudo del comunismo de guerra, escribe, cuando la necesidad de defender a Rusia contra el enemigo exterior e interior justificaba toda exageración centralizadora y el mantenimiento de una férrea disciplina, se había visto sometido el partido a una oligarquía burocrática semejante. He ahí la síntesis de aquella carta que marca el comienzo de una de las polémicas más duras en la historia de los partidos políticos modernos, y que continuó con breves intermitencias durante más de un año sin que por eso cayera — como algunos ilusos esperaban — el régimen

soviético, lo cual es ya de por sí una prueba de su consistencia.

Pocos días después recibía el Comité Central otra carta redactada en términos análogos a la de Trotzki y suscrita por cuarenta y seis significados miembros del partido. Se revelaba de pronto todo un estado de opinión que era necesario tener en cuenta. El Comité Central aprovechó la intervención de Radek en pro de un acuerdo, para ponerse al habla con la oposición y el siete de Diciembre publicaba «Pravda» una resolución conjunta, firmada por todos los jefes del partido, en la que aparecía triunfante la tesis de Trotzki.

Otro se habría contentado con esa victoria formal dejando al tiempo que acabase de aprobar lo justo de su posición. Trotzki no.

Precisamente uno de sus mayores defectos es la falta de elasticidad en la controversia. Cuando cree que le asiste la razón no hay fuerza humana que le haga disistir de llevar la lucha a su último fin, aún en aquellas situaciones en que una momentánea transigencia sería lo más recomendable desde el punto de vista táctico. Hubiera podido aprenderlo en la escuela de Lenín, maestro en el arte de manejar los hombres.

Apenas comenzaba a calmarse la atmósfera política cuando Trotzki renueva en una segunda carta su ataque de 1921 en favor de una mayor participación del elemento joven en las actividades directoras del partido. De todos los argumentos que le ofrecía la experiencia histórica, difícilmente cabía elegir otro que pudiese molestar más al Triunvirato y a los restantes jefes y jefecillos comunistas, que aquella evocación de lo ocurrido con la Segunda Internacional. En lazar aunque sólo fuera con el pensamiento a un «leader» de la Tercera Internacional con los prohombres de la Segunda era, dentro de la ideología dominante en Rusia, la máxima ofensa que podía inferírsele al primero, mucho mayor que si se le tildase

de reaccionario o de «pequeño burgués». Trotzki llamaba la atención sobre el peligro de una degeneración de la «Vieja Guardia» y citaba el ejemplo de Bebel, Kautsky, Bernstein, Guesde y otros discípulos de Marx que en su día figuraron al frente del movimiento revolucionario y hoy eran citados como autoridades por todos los que combatían el bolchevismo. La única defensa contra ese peligro estaba en permitir que dentro del partido y en los sectores más responsables fluyera constantemente la sangre joven y para eso lo primero que se precisaba era democratizar el «aparato», acabar con la tiranía del Secretariado. Meses después—aludimos a su folleto sobre el «Nuevo curso» publicado meses después, al regresar a Moscú—encontraba una frase extraordinariamente gráfica que resumía la situación:

«El partido comunista vive en dos pisos. En el de arriba se toman las decisiones y los acuerdos. Los que viven en el de abajo sólo oyen hablar de ellos».

La «Vieja Guardia» reaccionó con la violencia que cabía esperar tratándose de hombres que, además de defender su propia posición creían de buena fé que la salud del partido y acaso de la revolución exigía poner freno a las audacias teóricas de aquel hombre que saltando por encima del «leninismo» parecía querer reemplazar a Lenín y sustituir la dictadura colectiva por una dictadura individual.

Stalin inició la controfensiva secundado por Zinovieff y Kameneff quien, no obstante sus relaciones familiares con Trotzki — es cuñado suyo — y a pesar de su espíritu generalmente contemporizador fué de los primeros en condenar sus métodos.

En el corto espacio de una semana el Triunvirato maniobró con tal ímpetu que Trotzki se encontró bajo el fuego graneado de resoluciones, de meetings convocados únicamente para discutir su carta, artículos de periódicos, protestas de las organizaciones provinciales, mensajes de

adhesión al «Politbureau» que eran otras tantas manifestaciones de censura contra él. Contaba, es cierto, con la juventud, que vitoriaba su nombre tan pronto salía a relucir en las discusiones; con el ejército rojo; con los estudiantes, entre los cuales gozaba de gran popularidad y con bastantes intelectuales comunistas no burocratizados. Pero, Stalin, contaba con algo más rotundo: con la maquinaria entera del partido centralizada en sus manos gracias a los procenimiento caciquiles que Trotzki criticaba.

Trotzki fué esta vez vencido. Sus adversarios tuvieron además la suerte de que se enfermara. Por brillante que sea su estilo epistolar le faltaba a la palabra escrita el gesto avasallador con que sabe ganarse el auditorio desde la tribuna. En la conferencia del partido de Enero de 1924 el Comité Central sacaba triunfante todos sus candidatos por gran mayoría mientras la oposición era derrotada por toda la línea.

Vejado, enfermo, opuesto por la inclinación de su espíritu a descender al terreno de pequeñas intrigas e interpretaciones maliciosas en que había ido degenerando aquella polémica planteada por él en un plano superior, Trotzki se alejó de Moscú. Suchum, el bello sanatorio del Mar Negro, le ofrecía además del reposo necesario a su naturaleza quebrantada, una ocasión excelente para hacer sentir el vacío que dejaba.

Puso en el aislamiento la tenacidad que caracteriza todas sus acciones. Negóse a ver los millares de gentes que acudían de las diversas ciudades del Cáucaso a visitarle. Ni siquiera recibió a las autoridades locales. ¡Que se las arreglaran sin él como quisieran! Al poco tiempo, una comisión de Moscú, en la cual figuraba Pitiakov, uno de los discípulos amados de Lenin, llegaba a Suchum. Dos meses después regresaba Trotzki a Moscú en bien distinto estado de ánimo que cuando partió.

Sentiase de nuevo fuerte y lleno de vitalidad. Su médico le había asegurado que su enfermedad no era mor-

tal. Tenía el tiempo por delante. El tiempo que más pronto o más tarde vendría a darle la razón. Algunas de sus principales demandas — mayor democratización del partido — habían sido entre tanto llevadas a la práctica. Y en lo referente a la política económica las consecuencias de los desaciertos que él censurara no estaban todavía tan a la vista para ser utilizadas eficazmente como plataforma de agitación.

De otra parte el Politbureau había aprovechado su ausencia para alejar de la capital a sus amigos más influyentes. De ellos, Sergio Kameneff, uno de los mejores estrategas del Consejo Militar, fué reemplazado por Frunze el «leader» ucraniano, que debía sustituir más tarde al propio Trotzki en el Comisariado de la Guerra. Otro de sus condicionales, Muraloff que mandaba la guarnición de Moscú tuvo que dejar su puesto a Voroshiloff, hasta entonces jefe administrativo de la «G. P. U.» — la nueva Checa — y hoy sucesor de Frunze al morir este. Se imponía la prudencia.

En esa disposición de ánimo ahora claramente conciliadora comparece Trotzki ante el XIII Congreso del partido comunista ruso. (Fines de Mayo de 1924). Su discurso en esa Asamblea, defraudó a la oposición por su tono condescendiente, pero le volvió a colocar en una situación favorable dentro del partido. Fué como Sinovieff lo calificó al atacarlo duramente un discurso «parlamentario». No dió esta vez la cara. Supo sortear las dificultades del Congreso sin caer en la redada del Triunvirato que le apremiaba para que reconociese públicamente sus errores pasados, limitándose a declarar que estaba en contra de la formación de grupos especiales dentro del partido. La clique directora que ansiaba una víctima expiatoria, pero al mismo tiempo le seguía temiendo, se contentó con ejecutar políticamente a Radek. Trotzki fué reelegido en el «Z. K.» Comité Central.

Hay una corta pausa, demasiado corta, pues en Otoño

publica un nuevo libro «1917», cuyo prólogo sobre «Las enseñanzas de Octubre», es decir, el mes en que conquistaron los bolcheviques el poder, va a desencadenar la tormenta definitiva.

En «1917» Trotzki describe el proceso seguido por el partido comunista ruso desde la llegada de Lenin a Moscú el 4 de Abril de ese año, hasta la caída de Kerenski. De su relato, hecho con la intención que cabe imaginar, se deduce que la «Troika», los tres actuales supremos caudillos: Sinovieff, Stalin y Kameneff, unicamente creían en aquel tiempo en la «revolución democrática» dentro de la cual asignaban al partido bolchevique el papel de extrema izquierda en la Asamblea Constituyente. De esta manera Trotzki devolvía, corregido y aumentado, a sus tres principales adversarios el reproche de evolucionista y demócrata con que habían tratado de desprestigiarle ante las masas.

No era una calumnia, fácil de rebatir. Existían diversos testimonios autorizados que le daban la razón. En primer término el del propio Lenin, quien en un documento escrito en el invierno de 1922-23 alude a la retirada de Zinovieff y Kameneff en Octubre, diciendo que «no fué accidental». Se sabe que pocos días antes de llegar Lenin a Petersburgo en el tren «sellado» que le condujo a través de Alemania, Kameneff se sentía feliz ante la perspectiva de llegar a formar un frente único con Zeretelli, el «leader» menchevique. Pero, hacía tiempo que todo eso era historia olvidada.

Al resucitarla, Trotzki perseguía un doble fin: castigar al adversario con los mismos argumentos esgrimidos sin justificación alguna en contra suya y probar que él fué quien hizo prevalecer el ala izquierda bolchevique sobre el ala derecha y que por lo tanto a él se le debía en definitiva el triunfo de la revolución. En efecto, según Trotzki, es el 8 de Octubre de 1917, y no el 25 del mismo mes como se ha pretendido, cuando se decide el éxito de la revolución comunista.

En ese día iba a ser trasladada al frente una gran parte de la guarnición de Petersburgo. Trotzki consiguió de los Soviets que se opusieran por la fuerza a la orden de movilización dada por el gobierno de Kerenski. «La revolución social—dice en el mencionado folleto—obtenía así su primer triunfo. Había comenzado la resistencia armada del proletariado».

La publicación de «1917» fué otro mal paso suyo. El partido principiaba a cansarse de tanta polémica. De toda Rusia comenzaron a llover resoluciones exigiendo que se acabase con aquellas discusiones. Nadie pedía que le expulsaran, dándose seguramente cuenta de lo que se exponían a perder; pero, si que le obligaran de una vez para siempre a acatar la disciplina del partido. Se multiplicaron los escritos contra Trotzki, anunciados a la americana, con grandes rótulos eléctricos, en las calles de Moscú. Stalin llegó a escribir uno poniendo en discusión su gloria militar. Se olvidaba Kronstadt. Olvidaban que, contra Lenin, Trotzki fué quien desaprobó el ataque a Versovia y que los hechos le habían dado la razón. Olvidaban, en una palabra, que el ejército rojo, sin el cual hace tiempo que se habría hundido el régimen bolchevique, era obra suya.

Nuevo destierro voluntario despues de dimitir su cargo de Presidente del Consejo revolucionario y nueva reaparición en Moscú en Mayo de 1925, esta vez para ocupar la presidencia del Comité de Concesiones y la dirección del Departamento científico y técnico del Consejo Supremo de Economía. Desde dichos puestos y trabajando dieciocho horas diarias Trotzki ha podido dar un vigoroso impulso al grandioso plan de extender la energía eléctrica por toda Rusia y ha realizado una eficaz propaganda en pro de mejores métodos de producción industrial.

Madrid, enero 1926.

## La Edad Crítica

POR

RODOLFO L. SEMICH

**P**OR una irremediable consecuencia de lo limitado de la inteligencia humana sólo se da en nosotros una visión parcial de los fenómenos naturales, visión que aún resulta amplísima y desproporcionada en relación a los medios—a menudo precarios—de que disponemos para la adquisición del conocimiento. Toma aquí arranque la necesidad de aislar unos hechos de otros y forzar al máximo el análisis, a riesgo, quizá, de que se quiebre artificialmente la sinergia que los solidariza y lleguemos, disociando lo indisociable, a conceptos fatalmente erróneos. Pero realizado un estudio de detalle por los métodos que suministran las diversas ramas científicas será indispensable asociar nuevamente los sucesos observados, encadenar los hechos y en una síntesis suprema—ésta es la obra primordial que realiza el sabio—reconstruir íntegramente el fenómeno para su interpretación. Cuando la idea generatriz que guió al investigador va desarrollándose de acuerdo a este proceso lógico culmina en forma excelsa para arribar legítimamente al rango de teoría.

Acontece, no obstante, que tal o cual aspecto de una teoría, suele, a veces, a pesar de aquella tendencia a la generalización, ser considerada como al pasar y hasta con cierta culpable indiferencia que es causa de que lo que debió ser

cuadro acabado sólo quede en bosquejo tímido y borroso. Epoca es ésta, por fortuna, en que las ideas se propagan en un ambiente mental favorable y vivificador, por lo cual, lo que un investigador no vió impresiona otras retinas, conmociona y hace vibrar otros cerebros.

Ejemplo palpitante de lo dicho es la actitud que se adopta frente a la evolución sufrida por las doctrinas endocrinológicas. Surge de su enunciado cual es la innegable trascendencia que en todos los momentos vitales tienen las glándulas de secreción interna. De sus múltiples funciones, una alcanza, día a día, con los progresos científicos, comprobación impresionante y rigurosa: es la secreción interna genital. Y, por otra parte, establecida aquella íntima correlación interendocrina y neurohumoral—que constituyó el tema de las conferencias que diera Augusto Pi y Suñer, el más extraordinario expositor científico que he escuchado, en nuestra Escuela de Medicina durante el invierno de 1919—una deducción importante se impone a la consideración del biólogo: todo, absolutamente todo en la vida humana es influido por la actividad sexual, desde los hechos más simples y aparentemente banales hasta los más aparatosos y complejos. La modistilla coqueta que vemos cotidianamente en el tranvía y en la calle que cuida con primor de que no se desdibuje la artificial eme roja de sus labios, el mozo engominado y ocioso que pasea por Florida al atardecer en busca de fácil aventura; el obrero, el industrial, el comerciante, etc., recorren su trayectoria vital dirigidos por igual estímulo, acicate de una actuación que no es otra cosa que una forma secundaria de la sexualidad.

Es deber del hombre de ciencia anotar estos hechos e interpretarlos con serenidad, sin que le preocupen poco ni mucho los aspavientos de las gentes que inopinadamente protestan contra estas deducciones lógicas. Sucede, en el caso particular que contemplamos, que la protesta se unifica, se organiza—organización antipática ya que desconoce la verdad y fomenta la mentira—y pierde su primitivo ca-

rácter para constituirse en moda intelectual. Está de moda, en efecto,—claro que esporádicamente: de otra manera no sería moda—el hacer oídos sordos ante el repiqueteo persistente de las conclusiones que se desprenden del estudio científico de ciertos hechos. Se niegan los hechos y las teorías, además, por ingenuidad, por desconcierto, por nihilismo, o, lo que es peor, por hipocresía. Esta última causa me parece la más eficaz y determinante, convencido como estoy de que la hipocresía juega, a su vez, un rol biológico en los conflictos sociales a que la especie se ve abocada. ¡Negar el influjo de lo sexual en toda actividad humana es negar de plano la embriología, la fisiología, la psicología; es negar los hechos más resaltantes y turbulentos que suceden diariamente en el individuo, en la familia, en la escuela, en la calle, en el taller, en la fábrica! Y quien de ello dude que estudie, medite y controle sus resultados con la realidad, con imparcialidad y sin espanto.

Afortunadamente algunos raros espíritus incontaminados están libres de las ataduras de la moda. Gregorio Marañón es una de esas felicísimas excepciones. Su obra no es de hoy; van corridos algunos años ya desde que iniciara una saludable remoción del ambiente sin que los prejuicios médicos y psicológicos de la época restaran vigor a la pujanza de sus ideas ni al poder demostrativo de sus experiencias fisiológicas y observaciones clínicas. Esa labor, por ser multiforme tiene la virtud de no encasillarse en límites estrechos: la producción experimental del exoftalmos en el conejo, previamente castrado, por inyección de extracto de tiroides bocioso, la descripción de un síndrome que desde entonces será llamado con justicia «síndrome de Marañón», no impiden que el sabio nos sorprenda gratamente con una interpretación novedosa y en cierto modo paradójica de Don Juan, el libertino, o plantée en forma sesuda y concisa la cuestión del feminismo. Así, en todo lo que escribe muestra la universalidad de su talento.

Expondremos, ahora, muy brevemente, algunas consideraciones surgidas de la lectura de su obra «La Edad Crítica».

Ante todo ¿qué es la edad crítica? Ordinariamente se cae en grave confusión cuando se pretende definirla: la mayoría identifica la edad crítica con la menopausia, cosa tan errónea como, por ejemplo, el no distinguir entre diabetes y glucosuria. «*Menopausia* es un fenómeno aislado, la cesación fisiológica del flujo menstrual. *Edad crítica o climaterio* es un período de la vida caracterizado por un conjunto complejo de fenómenos cuyo accidente central es precisamente esa cesación menstrual, pero al cual acompañan otros muchos trastornos circulatorios, nerviosos, etc.»

Tres factores importantes determinan la crisis menopáusica: el genital, el tiroideo, el suprarrenal. Veamos rápidamente cómo actúa cada uno de ellos.

El ovario—el órgano de mayor trascendencia en la crisis—sufre la esclerosis atrófica consistente en una invasión de tejido conjuntivo que substituye poco a poco al tejido noble, al tejido intersticial. Lógico es, desde luego, que a esta degeneración histológica corresponda un déficit fisiológico que avanza de día en día.

Se pregunta Marañón si esta insuficiencia ovárica aparece espontáneamente o si es preparada por otros estados funcionales glandulares previos; y concluye manifestando que «talvez una insuficiencia fisiológica de la función hipofisaria marque el momento de la decadencia genital».

La secreción interna del ovario no es única como durante mucho tiempo se supuso, sino múltiple y enormemente compleja a punto que la extirpación experimental del órgano produce tres tipos de fenómenos: genitales, sexuales y generales. Los fenómenos genitales se refieren a la supresión de la ovulación y de la menstruación; los sexuales corresponden a modificaciones morfofisiológicas (variación de los

carácteres sexuales), atrofia de los órganos genitales, modificación del sistema piloso sexual, etc. Los fenómenos generales tienen asiento en órganos aparentemente alejados, por sus funciones, de la actividad sexual: metabolismo alterado, sobre todo tendencia a la obesidad, signos vasomotores, etc.

Teóricamente es admisible que en el ovario existan tres tipos de hormonas cada una de las cuales gobernaría el correspondiente fenómeno genital, sexual o general. Esta cuestión como otras anexas es de muy difícil solución; por una parte, hay tejidos endocrinos diferenciados en el ovario (*el cuerpo lúteo*, «que sensibiliza la mucosa uterina haciéndola apta para la nidación del óvulo y la formación de la placenta e inhibe las ovulaciones posteriores durante el tiempo de la gestación», *el tejido intersticial o glándula diastemática* que produciría las hormonas sexuales, corriendo así de su cuenta el proceso de *feminización*, y *el epitelio de los folículos de Graff*, de significación dudosa); pero, por otra, los conocimientos que sobre la química ovárica se tienen son escasos.

El factor tiroideo obra conjuntamente con el ovárico, pero es curioso observar que reacciona funcionando menos (*hipotiroidismo*), funcionando más (*hipertiroidismo*) o funcionando con fases alternas de hiper-hipotiroidismo, constituyendo el *distiroidismo o inestabilidad tiroidea*. Lo habitual, sin embargo, es que se presenten síntomas de hipertiroidismo durante el climaterio.

¿Qué pensar de la fisiología de las suprarrenales si es éste seguramente uno de los puntos más debatidos de la endocrinología? ¿Hay una adrenalinemia fisiológica? ¿Habrá durante el climaterio una hiperfunción de las dos capas cortical y medular que constituyen la glándula? ¿Es realmente virilógena la suprarrenal, en el sentido de Pende? La respuesta a estos interrogantes por cierto no es fácil, ya que el asunto está en litigio. Expresa su opinión el sabio español sobre la fisiología de la glándula de esta manera: «La función suprarrenal lejos de languidecer cuando declina todo el

organismo experimenta una exaltación de su actividad en estos años de la crisis».

El climaterio es, desde luego, proceso variable según los sujetos; esta variabilidad depende—aparte los estados patológicos que han venido trabajando al organismo de tiempo atrás o que estallan concomitantemente usufructuando de este verdadero desplazamiento del equilibrio neuroendocrino que caracteriza al climaterio—de la *constitución* y del *temperamento*, conceptos estos que se han aclarado un poco con el aporte que les ha suministrado la medicina experimental. Así, «en las mujeres de constitución asténica y de temperamento hipertiroideo la reacción hipertiroidea de la menopausia se dará con mucha más frecuencia e intensidad que en aquellas otras de constitución linfática y de temperamento hipotiroideo».

Tiene la emoción grande trascendencia en el proceso del climaterio. En un capítulo de su obra estudia el autor ampliamente el problema.

Son bien conocidos—populares casi—algunos de sus trabajos a cerca de tan subyugante tema. Recordaré, sobre todo, un precioso artículo aparecido en la revista de nuestro Centro Estudiantes de Medicina en julio de 1922, artículo en que quedaron esbozadas las ideas que hoy se exponen con extensión en «La Edad Crítica». La originalidad de Marañón muéstrase una vez más en este prolijo estudio. Los antiguos consideraron la cuestión de un punto de mira puramente psicológico y a poco que examinemos sus conclusiones caeremos en cuenta de que los viejos métodos son pobres ya que no rinden la verdad ansiada. Me ha parecido siempre que lo importante es conocer el mecanismo del proceso emocional y no dedicarnos a la tarea exclusivamente descriptiva que nos llevaría a ese diagnóstico fácil—al alcance de cualquiera, por poca penetración que posea—que consiste en reconocer rápidamente al sujeto emocionado. E insisto nuevamente sobre la circunstancia

de que la psicología ha usado métodos primitivos que ya no pueden satisfacerlos.

Se notará qué prolijo análisis realiza Marañón del acto emocional. Consta la emoción de tres elementos:

1.º Un *elemento psíquico* que es la representación mental del recuerdo, de la idea, etc., que da lugar a la alegría, al miedo, al dolor, a la tristeza, etc.

2.º Un *elemento expresivo* determinado por la contracción muscular (gestos) facial, unida o no a la emisión de gritos articulados o inarticulados que exteriorizan ese estado emocional; (1).

3.º Un *elemento vegetativo* que entra en vigencia por la actuación de modificaciones espláncnicas y que son de una importancia trascendental en la sensación consciente de la emoción.

¡Véase cómo, de acuerdo a este esquema, varía enormemente el concepto que sobre la emoción han tenido los psicólogos, que sólo consideraban el primero de estos elementos—el psíquico—y el que tiene el fisiólogo que da a esos otros dos factores—el expresivo y el visceral—la jerarquía que por derecho les pertenece! Y dice el investigador español: «En realidad, ya Aristóteles al definir las pasiones hablaba de una mutación corpórea que era la fundamental de la pasión y que, sin embargo, pasó inadvertida a los filósofos y psicólogos que la estudiaron hasta la época moderna. El estudio del segundo elemento, el expresivo, fué patrimonio de los artistas primero, luego de los que con un criterio pseudocientífico estudiaron las expresiones de la fisonomía humana como medio de colegir la psiquis del individuo y por último llegó su conocimiento a una era completamente científica que culminó en Darwin

(1) Estas acciones musculares estarían dirigidas por los 5.º y 7.º pares craneales, como demostrara ampliamente George Dumas en sus conferencias de este año en la Facultad de Filosofía.

a cuyos estudios, en lo que tienen de observación de la realidad apenas han podido añadirse después más que detalles relativamente secundarios. En cuanto al conocimiento exacto del tercer elemento o vegetativo es de época reciente. Iniciado, como hemos visto, por James y casi a la vez que por psicólogo sajón por el fisiólogo danés Lange, estuvo detenido, a pesar de los esfuerzos de Sergi, de Sherrington y de otros varios (no muchos) investigadores, hasta la época actual en que los conocimientos endocrinos han arrojado viva luz sobre el problema, gracias principalmente a Cannon y a varios autores entre los que modestamente nos contamos». (1)

Cabe hacer notar aquí que el factor neuroendocrino interviene en forma importantísima. Al estudiar la manera de actuar del sistema nervioso vegetativo (constituído por el simpático y parasimpático, como es sabido) muchos autores han planteado la cuestión de si hay centros corticales de este sistema. La existencia de estos centros pareciera de hecho estar demostrada por la repercusión general de todo acto psíquico intenso sobre las funciones orgánicas de secreción, circulación, digestión, etc. Subjetiva y objetivamente todos hemos podido apreciar esa influencia. ¿Quién no conoce el cuadro fisiológico que presenta el sujeto que ha experimentado una fuerte impresión psíquica?: sus glándulas lagrimales y sudoríparas segregan abundantemente, la digestión puede paralizarse, el intestino se moviliza; la ansiedad psíquica se traduce por taquicardia, etc. Guillaume ha recordado que hay sujetos que voluntariamente son capaces de disminuir la velocidad de su pulso y de sus contracciones cardíacas o provocar el reflejo pilomotor. *La sola idea, el hecho de pensar en algo terrible pueden hacer aparecer estos reflejos: sudor, carne de gallina, lágrimas.* Los actores dramáticos sobre todo tienen una extraordinaria

(1) Es demasiado modesta la posición en que se coloca Marañón ya que él ha descubierto la reacción de la adrenalina.

aptitud para emocionarse artificialmente por virtud de un trabajo de ideación pura. No hay autor de grand-guignol que no haya caracterizado a sus personajes por los ojos dilatados y desorbitados y su cabello erizado.

*Dedúcese de las investigaciones modernas que no puede, en realidad, concebirse la emoción como simplemente provocada por acto cerebral, que es indispensable para que aparezca que hagan irrupción los concomitantes vegetativos neuroendocrinos: recién entonces el sujeto está realmente emocionado.* Ahora bien; la emoción es una neurotonía con predominio variable del vago o del simpático, según la intensidad del estímulo psíquico; es por eso que en distintas circunstancias se presenta, por ejemplo, hipo o hipersecreción salival, palidez o congestión sanguínea de la cara.

La intervención del factor endocrino es evidente: el tiroides actúa en forma tal que Leopoldo Levy lo ha llamado «*la glándula de la emoción*». Los sujetos con hipertiroidismo son de temperamento marcadamente emotivo y, al contrario, los hipotiroideos son gente de flemma imperturbable, tranquilos, poco vivaces: *si la mujer es manifiestamente más emocional que el hombre ello se debe, verosímelmente, a que la función sexual del tiroides cobra más importancia en ella que en él.*

Papel de singular trascendencia incúmbele también a las suprarrenales, por intermedio de la secreción de adrenalina, en la génesis vegetativa de la emoción. Una inyección de adrenalina en ciertos sujetos—predispuestos—reproduce completamente el cuadro fisiológico de la emoción con taquicardia, carne de gallina, sensación de angustia, hasta lágrimas, a veces. El individuo inyectado al notar la aparición de esos fenómenos puede emocionarse realmente. Se superpone el factor psíquico al factor vegetativo como en la emoción real el factor vegetativo se superpone al factor psíquico. Por ello resulta verosímil suponer que la emoción aparece a consecuencia de una brusca descarga de adrenalina en la sangre siendo esta adrenalina el excitante del simpático que actuaría completando el proceso. «Las hormonas tiroi-

deas parecen sensibilizar al sistema nervioso vegetativo aumentando su capacidad reaccional que es desencadenada por la agresión brusca de adrenalina. Podríamos, pues, considerar a la secreción tiroidea como predisponente y a la suprarrenal como determinante de la fenomenología vegetativa de la emoción».

El mecanismo de la emoción puede, pues, resumirse así: el factor psíquico cerebral actúa sobre el sistema nervioso vegetativo que es—dada la probada solidaridad neurohumoral— a su vez causa de las secreciones tiroidea y suprarrenal. (Recuérdese la serie de afecciones que tienen su origen en una impresión psíquica: la diabetes consecutiva a disgustos graves, el síndrome de Basedow producido por una emoción violenta, las dispepsias mismas (dispepsias funcionales cuyo origen extragástrico es sostenido con sano criterio fisiológico por Escudero, la tan vulgar neurastenia, etc.)

La glándula tiroidea que juega rol tan importante en la génesis de la emoción, según hemos visto, suele sufrir durante la edad crítica un aumento grande de su actividad, trabaja a máxima tensión, e igual cosa sucedería con las suprarrenales. «*Esta hipertonia tiroidea y suprarrenal y la consiguiente hipertonia neurovegetativa constituye, pues, un estado permanente de predisposición emocional*». Nunca como en el climaterio arrecian los ataques de índole afectiva: «A partir de la madurez, con cada año que pasa disminuyen los éxitos del presente y desaparece la ilusión en los del porvenir; los achaques físicos comienzan; la familia y las relaciones creadas multiplican los motivos para las impresiones deprimentes, y todo empieza, en fin, a aparecer con el tinte amargo del declinar, más acentuado por el contraste con el empuje de las generaciones siguientes cuyo valor se aprecia como no se supo apreciar el de la propia juventud perdida. Las agresiones emocionales cercan, pues, al espíritu precisamente cuando es más vulnerable a sus ataques. Hasta que llega la vejez y con ella el entorpecimiento del mecanismo emocional, que suele

hacer menos turbulentos y a veces particularmente felices los últimos años de la existencia».

La mayor o menor actividad sexual tiene importancia del punto de vista de la cesación del flujo menstrual. Las castidad—complicada de alteraciones nerviosas cuando ha sido guardada contra los propios deseos—como el abuso de la función conducen a un climaterio temprano, aunque de intimidad fisiológica diferente en cada caso, como se comprende. La condición social también influye en el advenimiento de la menopausia: son prematuramente menopáusicas las mujeres de condición económica precaria y aquellas que viven sedentariamente en la molicie y sin otra preocupación que comer abundantemente. (Hipogenitalismo y obesidad será lo habitualmente observable en este último caso).

Aparte de los síntomas propiamente genitales, de los circulatorios (hipertensión, taquicardia), nerviosos (neuralgia, raquialgia, astenia, mareo, insomnio), etc., nada puede interesar tanto seguramente como el estudio de los síntomas psíquicos.

El capítulo XIV, a no dudarlo, es de los que más llamarán la atención del lector, médico o profano. Se refiere primordialmente a los caracteres sexuales que son clasificados de manera original y, sobre todo, con gran exactitud fisiopsicológica y clínica. Los *caracteres sexuales anatómicos o somáticos primarios* son los órganos destinados a la generación: en el varón, los testículos, las vesículas seminales y vías espermáticas, la próstata, el pene; en la mujer los ovarios, las trompas, el útero, la vagina, la vulva, las mamas. Obsérvase, desde luego, que el aparato genital masculino es proporcionalmente pequeño y ocupa una situación externa. Su anatomía topográfica es evidentemente diferente de la del aparato femenino ya que este último está ubicado casi íntegramente en una de las grandes cavidades esplácnicas: la pelvis.

Los *caracteres anatómicos o somáticos secundarios* ofrecen también diferencias resaltantes en cada sexo: ausencia de vello corporal, de bigote y de barba en la mujer; su línea

glácil determinada por una mayor abundancia y distinta distribución del tejido céluloadiposo subcutáneo; las dimensiones del órgano fonador, menores que en el hombre (en todos sus diámetros, sobre todo en el ántero posterior), etc. He aquí que mientras escribo estas líneas he dirigido la vista hacia el viejo cráneo—blanquecino por los continuos baños de agua oxigenada a que lo he sometido—que descansa sobre mi escritorio y que parece sonreírme al mostrar el boquete alveolar de un canino desaparecido. A su lado un coxal le hace «pendant»: tomo este hueso y observo su débil espesor. Cualquier anatomista—pienso—podría asegurar que esta pieza ósea perteneció a una mujer: la extensión de la fosa ilíaca interna, la S itálica de la cresta y sus rugosidades tan poco pronunciadas bastarían para establecer su sexo. Estos datos últimos son, un índice anatómico certero de que las inserciones musculares allí habrán sido débiles. Por otra parte igual cosa podría notarse al examinar en cualquier región del cuerpo no importa qué órgano: los huesos, los ligamentos articulares que los unen, los músculos... Y en última instancia hasta la célula más humilde presenta modalidades sexuales. El sexo todo lo plasma, lo modela, lo influye, lo domina.

Desde el punto de vista funcional distingue también Marañón *caracteres sexuales primarios y secundarios*, distinción que dimana como resultancia de la actividad de esos distintos caracteres anatómicos. La función sexual primaria en el varón es breve, rápida, en concordancia con la relativa simplicidad de su aparato reproductor: terminado su acoplamiento con la mujer ha terminado también esta función primaria. En cambio ¡cuán diferente la actividad sexual primaria de la mujer: esa cópula no es sino el prelude de una larga y penosa serie de acontecimientos importantísimos: nueve meses de gestación, el acto—a menudo trágico—del alumbramiento, la lactancia! Proceso todo este que absorberá casi íntegramente a la mujer dejándole apenas contados minutos para otras labores.

En la mujer los caracteres funcionales secundarios son de menor trascendencia que en el hombre. Distínguese la mujer a este respecto, por su aptitud motora escasa, su mayor sensibilidad emotiva—dependiente de un sistema neuroendocrino más inestable, más labil,—su «menor disposición para la labor mental abstracta y creadora». Vano es, por cierto, el debate—agrio a ratos—que se ha planteado por los sostenedores a outrance de la tendencia feminista—o mejor «*hominista*» como decía Gomez Ocaña al recordar esta acertada rectificación original de Camilo Saint Saens, el dulce autor de «*Le Cygne*».—No es este el momento ni el lugar apropiado para acumular los argumentos biológicos numerosísimos que abogan en contra de ese desatinado hominismo. El hombre y la mujer están arquitecturados según un plan morfofisiológico diametralmente opuesto y resulta ocioso discutir acerca de si hay o no debe haber desigualdades—y si esta desigualdad es o no irritante—entre las actividades femeninas y masculinas. Tengo para mí como exacto que la cuestión del feminismo a lo sumo es un pseudo problema y, como piensa Marañón, una mera cuestión legislativa y social. No han de sufrir seguramente grande conmoción los cimientos de la actual organización de la sociedad humana porque los congresos voten la igualdad de derechos civiles, por ejemplo. Por otra parte hay en nuestro plasma ancestral modalidades que nada ni nadie podrán borrar. Y el hombre ha de variar quizá poco en lo sucesivo, a este respecto. En la lucha eterna entre los factores de la variación revolucionaria—variación casi siempre artificial y que guarda celosamente bajo máscara todo lo antiguo—y los de la herencia conservadora, ésta pareciera imponer su ritmo. ¡He ahí en esa lucha toda la Biología, he ahí toda la historia de la vida!

Si en la mujer la actividad sexual secundaria se reduce casi a los cuidados de la maternidad, en el hombre alcanza valores extraordinarios. El hombre, efectivamente, en el ambiente social en que actúa cumple la labor indispensable ten-

diente al sostenimiento y la defensa del hogar, de la mujer y de los hijos. Y surge nítidamente que esta labor sólo puede ser realizada por el hombre en razón de la propia estructura anatómica y de su aptitud fisiológica para el esfuerzo, para el trabajo.

Desde remota edad, ha debido preocupar al hombre la prodigiosa diversidad de los fenómenos naturales. La fauna compleja y agresiva que poblaba el planeta, un temporal furioso que arrastraba en su aluvión los robustos troncos del bosque fraguaron en la retina humana la imagen del terror. Y ante estas injurias del medio, ante estos peligros constantes el hombre membrudo y fuerte—de tórax, bíceps, antebrazo y gastrocnemios potentes, testimonio irrecusable de su viejo abolengo antroipoide—luciendo a cada contienda campal con los animales salvajes la superioridad de su inteligencia—que no es otra cosa que la facultad de aprovechar la experiencia heredada o adquirida—e impulsado fieramente por los afanes instintivos de pervivir, luchaba por sí, por su mujer, por la prole. Esta actividad de la lucha adquiere así una significación sexual inequívoca. De igual manera en nuestra época la actuación del hombre en todos los órdenes—financiero, industrial, económico, profesional, la creación artística, la investigación científica—puede ser interpretada como expresión del mismo rango netamente sexual. «La mujer—la mujer corriente, no la mujer de excepción—está hecha para el amor y la maternidad, pero no para intervenir—si no es accidentalmente—en las luchas sociales ni para cambiar el curso de las cosas con las creaciones de su cerebro. En tanto que en el hombre sucede lo contrario: la función sexual primaria se reduce en él al momento breve de la generación, y aún este momento puede ser domeñado por la voluntad. El hombre puede hacerse un asceta y desligar su vida por completo de la preocupación del sexo, cosa imposible en la mujer, en la que la naturaleza le recuerda de un modo periódico y aparatoso que está sometida a su esclavitud durante los años mejores de su vida. Y esa fugacidad de la

función sexual primaria se compensa ampliamente en el varón con la complejidad que en él alcanzan los fenómenos sexuales secundarios, esto es, la actuación social en sus múltiples modalidades». (1)

Volviendo nuevamente a los síntomas psíquicos del climaterio es de hacer notar que se presentan los casos más variados: ora, una aversión al hombre y una tristeza sexual originada por el estado deprimente, del punto de vista fisiológico y psicológico, en que la mujer se encuentra al sentirse envejecer, cuando la belleza física desaparece y el organismo es invadido por la grasa; ora, es un momento del líbido que llega a trágico patetismo en esta época de los amores postreros, tema éste vulgar por haber sido frecuentemente llevado a la escena teatral. Otras veces se observa una marcada tendencia al virilismo, es decir a tomar los caracteres del sexo opuesto (retorno a la primitiva no diferenciación): es el tipo de la mujer gruñona y agresiva, con barba y bigote, en una palabra, signos con cuyo concurso la agudeza popular reconoce fatalmente a la «suegra».

¿Existe una edad crítica en el hombre? Marañón contesta afirmativamente, aunque, faltando, desde luego, el accidente central, la monopausia, y teniendo presente que la reacción tiroidea es menos intensa en el hombre. Hay en él, también, una insuficiencia genital y síntomas psíquicos que no llegan nunca a la dramaticidad que tanto perturba a la mujer. Por otra parte, la actuación social del hombre persiste como una forma secundaria de la actividad sexual, lo que impedirá la aparición de signos como la tristeza sexual que son raros de observar.

Al final del libro toca Marañón el tema del rejuveneci-

(1) Gregorio Marañón: «Notas para la biología de Don Juan». Recomendando expresamente éste y otros dos ensayos—«La acción como carácter sexual» y «Biología y Feminismo»—donde el lector encontrará ampliamente tratada esta doctrina pansexual de la actividad humana.

miento. Fué preocupación angustiosa de los hombres en todas las épocas el perder la juventud. Constituyó el nudo del drama de Fausto. Los antiguos decían: «*Ars longa, vita brevis*» para expresar la desproporción entre la posibilidad de la acción y la fugacidad de la vida. Miguel Angel y Beethoven se desesperaban al pensar que sus magnos proyectos no tendrían realización porque envejecerían agobiados por la tarea ciclópea a que se sometían. Y, así, ante el fantasma de la vejez, grandes y pequeños, hombres geniales y vulgares trabajan a alta tensión para producir el máximo rendimiento. El acercarse a los años fríos de la vejez espanta, el vivir en una prolongada juventud es un ideal individual y colectivo. En todas las manifestaciones de la vida humana—sobre todo las más nobles, la ciencia y el arte—dominan análogos imperativos: remozar, renovarse. Vivimos, así, una juventud nerviosa y anhelante, conturbados por el ansia de arribar y nuestra emotividad sufre por ello percusiones numerosas al cabo del día.

A pesar de todo, a pesar del indiscutible aporte de la fisiología, lo cierto es que las tentativas de rejuvenecimiento quirúrgico—injerto y ligadura del conducto deferente—no dan el resultado esperado. Hemos, pues, de resignarnos serenamente a que los años mozos se vayan alejando, ya que imposible es impedirlo; este impedimento tendrá, sin embargo, la virtud de obligarnos a vivir muy noblemente la vida y convertir el temor a la vejez en fuerza motriz para la juvenil acción.

Buenos Aires, diciembre 1925.

## JOSE INGENIEROS

(Palabras de tributo)

POR

HAYA DE LA TORRE

**L**AS vanguardias estudiantiles de América han perdido un maestro. Maestro, en el sentido humano, real y eterno de esta palabra por tantos lados desgastada. Maestro que unas veces aprende y otras enseña; capaz de contagiarse y vibrar con los estremecimientos de las generaciones nuevas. Maestro además, por la capacidad de corregirse, de rectificarse, de sentir los acicates del estímulo, — signo de vida y de fortaleza — en busca constante de los más altos y rectos caminos.

Maestro así — que sólo así se puede serlo — fué Ingenieros; animador comprensivo, adepto fervoroso de todos los grandes entusiasmos de la juventud de estos tiempos agitada por tan bellas y profundas inquietudes. Fué un esforzado gallardo por mantenerse siempre atento a las nuevas voces, listo a los alertas recientes. Quizá sí el más justo y alto elogio que pueda hacerse de su memoria, sea llamarle maestro de entusiasmo; quizá también si él lo habría anhelado como el más glorioso.

Y es que el entusiasmo es atributo de juventud, prestigio de vida nueva y fuerte, e Ingenieros anheló siempre ser joven, marchar al compás de las nuevas avanzadas,

seguirlas, renovarse en ellas, darse a la fe magnífica de las rebeldías juveniles.

Mérito y grande fué en él esta capacidad de mantener su espíritu fértil a las siembras frescas, de no estagnarse, de no tornarse engolado e inaccesible, tal la gran mayoría de nuestros pontífices criollos. Por eso es que hemos de llamarle maestro; porque nos enseñó la sabiduría de la juventud perenne, aprendiendo a vibrar siempre con nuestras inquietudes.

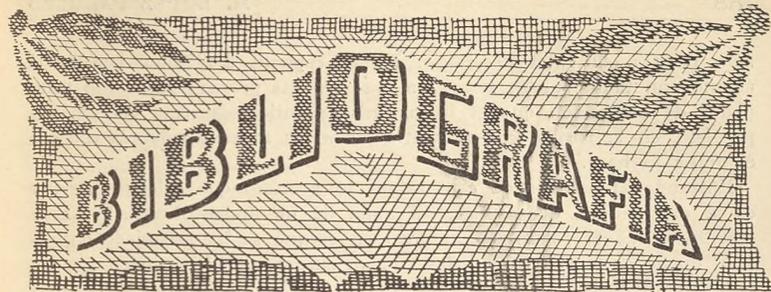
Y — he de confesarlo — más que toda su obra de científico, vasta y honda, me interesaba y atraía su espíritu sabio en la grande sabiduría del entusiasmo siempre vivo. Mucho de su obra, toda ella, surgió bajo la inspiración poderosa de esa su fe perseverante y exaltada de trabajador generoso. Por eso fué capaz de oír las nuevas voces, de columbrar optimista el resplandor de las nuevas auroras.

No olvidaré jamás su discurso en la Sala de la Societé des Savantes de París durante la demostración anti-imperialista que los latinoamericanos realizamos a su llamado el 29 de junio. Me pareció admirable su honradez para rectificarse, para declarar que había sido un equivocado durante la Gran Guerra y un equivocado en su anterior admiración a los Estados Unidos. Con una sinceridad superior declaró que su nuevo camino era el que nuestra generación latinoamericana señalaba y dirigiéndose al auditorio dijo, más o menos estas palabras: «Me alegra ver entre vosotros una gran mayoría de jóvenes menores de treinta años, porque sois los que podéis sentir y realizar la obra de la Unidad de la Justicia y de la Libertad de nuestra América». Más que nunca, aquella noche memorable, Ingenieros fué maestro; se rectificó con valentía y vivificándose en la nueva fe de nuestra generación se declaró guiado por ella y no guía. Pero, he de decirlo una vez más, Ingenieros fué entonces, más que nunca maestro.

Deja una huella luminosa y amable. La nueva América ha perdido uno de sus adelantados, de sus precursores, de sus más decididos y firmes voceros. Sus últimos días han sido consagrados ejemplarmente a la causa de la unidad de la justicia y de la defensa de los pueblos latinoamericanos amenazados por el imperialismo yanqui. El credo revolucionario de nuestra generación fué ampliamente comprendido por Ingenieros y puso a su servicio todo su esfuerzo, todo ese caudal de entusiasmo auténtico que fué impulso de toda su obra. Con un gran sentido realista tomó una tarea precisa para ayudar nuestra causa. Pasando una vez frente al templo griego de la Magdalena en París me decía: «ustedes harán la revolución; déjeme a mí unir a los intelectuales y levantar un edificio como éste en Buenos Aires para la Unión Latino Americana». En aquella obra de unir y organizar a los intelectuales en un frente continental de vanguardia que coadyuve y se una al gran frente de los pueblos americanos, le halló la muerte. Para orgullo nuestro, los últimos entusiasmos de Ingenieros han sido consagrados a luchar contra el imperialismo yanqui, a combatir a las tiranías criollas que son sus cómplices y a secundar con fervor el impulso revolucionario de la nueva generación.

Hagamos un alto en nuestra lucha y saludemos la memoria del maestro y del amigo. El mejor tributo a su recuerdo ha de ser sentirnos herederos de su entusiasmo y entregarlo con decisión en la etapa realizadora de nuestra causa. La memoria de Ingenieros iluminará siempre nuestros caminos de avanzada, y cuando la Revolución, que una e imponga la justicia en nuestra América, sea una verdad victoriosa, por nosotros o por los que vengan después de nosotros, el nombre del precursor optimista será, más que nunca, digno del homenaje total de veinte pueblos.

Londres, diciembre de 1925.



#### EL ALMA EN EL POZO (CUENTOS)

Por VÍCTOR JUAN GUILLOT. Cooperativa Editorial «Buenos Aires». 1925.

**P**OCAS veces es dado al crítico el placer de olvidar su profesión y de abandonarse, para hablar con un feliz término de Faguet, a la belleza o al interés de un libro contemporáneo. Quien pretenda leer la nueva obra de Guillot como tal será pronto desarmado no tanto por la broma que en sus primeras páginas el autor juega a la crítica, sino por la fuerza de sugestión que constituye uno de sus méritos más altos.

Su autor es un escritor en la acepción más absoluta del nombre y es un escritor vigoroso. La originalidad, — la originalidad que puede pedirse a un literato del siglo presente — la independencia, la valentía de espíritu y la nobleza y profundidad de pensamiento dan en nuestra opinión el fundamento de su personalidad y le sitúan en lugar relevante dentro de la necesidad y de la finalidad a que debe tender la producción literaria en nuestro país y en nuestro momento.

Pensando con Unamuno, «en el seno de lo local y transitorio es donde hay que buscar lo universal y perdurable; de lo presente aquí hay que sacar lo eterno de todas partes». Dentro de tal intención artística Guillot ha conseguido, tal vez sin proponérselo, universalizar un caso o una forma particulares de vida en el primero de los trabajos del volumen, *El alma en el pozo*. Naturalmente, lo ha conseguido por el poder creador de su talento, condición con la cual lo eterno puede sacarse de lo local, de lo universal, de lo transitorio o de lo perenne, porque la vida, que es lo fundamental en la obra de arte, habrá variado con los siglos en sus manifestaciones, pero en su *esencia* se ha mantenido y se mantendrá siempre inalterable.

En este emocionante episodio logra Guillot la conjunción peregrina entre fondo y forma que es el ideal más alto del arte. Fondo y forma aquí se amalgaman y desaparecen para dar un conjunto que por sí

sólo llega a su fatal desenlace. En el espíritu del lector penetra el asunto con tanta fuerza sugestiva, va por sus propios pasos con tanto poder de convicción que el lector mismo anticipadamente crea lo imprevisto, en la forma, con el sentido, con las mismas palabras con que el autor lo hace.

Entrando al análisis de este relato lo primero que debemos señalar es la originalidad del asunto. El alma de un melancólico bebedor de cerveza desde el fondo de un pozo en el que se ha refugiado cuando a su dueño se le ocurrió morir de un síncope cardíaco, habla a quien quiere escucharla con la valentía del que sabe que las leyes humanas nada podrán contra ella, del más angustioso problema que desde el principio del mundo la humanidad se ha planteado sin resolverlo jamás: el problema de la vida y de la muerte.

El alma está contenta — no olvidemos que su dueño murió al tomar el undécimo medio litro. Va a revelar a la atribulada humanidad el secreto, — ¡el Secreto! — cuando... El alma lo dijo, pero no pudo oírse. Guillot comprende la importancia de detenerse a tiempo.

Nuestra explicación es de una pobreza franciscana que somos los primeros en reconocer. Pero lo más importante no es el asunto, relación nueva de un motivo tan viejo como el mundo; es su valor como problema actual al ser puesto en contacto con nuestro momento y con nuestro ambiente.

La fisonomía espiritual de los personajes que intervienen en el desarrollo de este relato ha sido fijada con una realidad sorprendente. No es papel muy importante el que tiene cada cual, dada la poca extensión del trabajo, ni su número no que es pequeño, sobrepasa al que reclamaba el asunto. Todos ellos, hasta el más insignificante, se mueven con paso, con vida, con personalidad propios.

Campea aquí desde la primera a la última páginas una ironía sangrienta que encubre con poco disimulo un terrible pesimismo. En su propósito de mantenerse dentro de la más absoluta actualidad, Guillot ha llegado a tomar de la realidad ambiente personajes que bajo nombre ficticio son a poco esfuerzo reconocibles entre los que manejan la máquina gubernativa y dirigen la opinión popular y ha mostrado con cuanta nobleza de espíritu ejercen el ministerio que el pueblo les confía. Ellos nunca han de perdonárselo.

Con todo lo anterior hemos querido decir que *El alma en el pozo* es una obra maestra. La poderosa impresión que produce queda persistiendo sobre el espíritu del lector mientras recorre las demás partes del libro, de tal manera que la apreciación particular de cada relato

no puede hacerse con absoluta imparcialidad. De todos modos, en lo que concierne a los cuentos cabe señalar el más completo dominio de los recursos técnicos y de los medios de expresión. Su prosa, que en *El alma* guarda una mala concordancia de nombre y adjetivo, recordando con éllo la prosa del siglo XVI y la de algunos escritores españoles de la actualidad que no quieren abandonar los viejos métodos, corre luego más naturalmente a través de los cuentos.

(No se tome lo dicho como reproche. Así construída, lo está deliberadamente. Esa forma de reposo y serenidad al estilo y matiza mejor la frase; sobre todo mantiene siempre cierto tono humorístico, que es, a juicio nuestro, la razón por la cual Guillot la emplea. El reproche ahora: hemos encontrado algunos *porteñismos* más o menos disculpables y uno que no puede serlo: la forma *detrás suyo, alrededor suyo* que tanto abunda no puede obtener nuestro aplauso).

La armonía de las partes constituye en ellos — hablábamos de los cuentos, — un conjunto límpido y admirablemente limitado. El lógico encadenamiento de los sucesos conduce la acción como por una suave pendiente hacia el desenlace natural y la cantidad de emoción que el autor pone en sus asuntos les imprime poder subjetivo y aliento humano: este pobre hombre de *La oficina*, para no citar más que un ejemplo, se levanta en la primera página y se mueve después ante nuestra mirada llena de una infinita compasión.

Lo que se dice con respecto a los personajes puede hacerse extensivo a las escenas de conjunto: tienen el relieve, la movilidad, la vida imperecedera de los grandes cuadros. Léase *La historia de una amor romántico*.

Quédanos aún por tratar este otro género por el que Guillot tiene una predilección manifiesta: el género a que pertenecen *El constructor de Quimeras* y la *Parábola del hombre que poseyó la Lámpara*. Es en éste donde su prosa es más fuerte y más flexible, donde su pensamiento es más profundo, donde su emoción es más intensa. Géneros como éste abandonados sin motivo que se justifique, necesitan de plumas como las de Guillot que los pongan en su merecido lugar.

Dando fin a esta deshilvanada nota: *El alma en el pozo* honra a las letras argentinas.

## BICHITOS DE LUZ

Por EMILIO FRUGONI. — Editorial Apolo. — Montevideo.

**E**STIMAMOS en Emilio Frugoni la absoluta espontaneidad de su poesía. Recordamos, antes de abrir el nuevo libro, la sana sensualidad con que percibe el mundo exterior y el vigor de realización artística con que lo vierte en su obra. Tenemos presente la fiesta de luz y de color de *Poemas montevidéanos*, donde en nuestra opinión tal aptitud de impresionista, por así decirlo, se manifestó con una sorprendente potencia.

Al cortar, pues, las páginas de *Bichitos de luz* esperamos encontrar de nuevo el mismo soplo fuerte y saludable que nos coloque por un momento ante la juventud de la naturaleza y desde un principio advertimos que entre *Poemas* y éste hay alguna diferencia.

El poeta sigue siendo, naturalmente, personal: la misma sensualidad visual, la misma seguridad de trazo en la pintura del paisaje, el mismo calor afectivo hacia la naturaleza, el mismo poder gráfico de la imagen, el mismo verso descuidado y prosáico a veces de antes. A todo esto se suma un humorismo nuevo que ha hecho intrusión no solamente en el campo de sus sentimientos, sino también en el de sus recursos estéticos. Frugoni, poeta espontáneo y personal si los hay en América, no encuentra descaminado el recurrir a algunos de los medios expresivos con los que hoy se pretende conseguir la originalidad. En algunas ocasiones esto se patentiza en la construcción de la metáfora y en otras, cosa digna de deplorar, en el conjunto total de la composición.

Mi auto se traga el camino;  
pero lo arroja enseguida  
sin haberlo digerido.

Su antigua virtud de pintor impresionista nos sorprende aquí con toques de una precisión y una sensualidad emocionantes.

La honda melancolía del momento,  
del campo y de las nubes se condensa  
en su silueta oscura.

Y ¡oh milagro imprevisto!, alguien me nombra:  
es una campesina joven, bella...  
Enredada a sus pies le cae la sombra  
cual si se hubiese desnudado de ella.

La materia que informa más de la segunda mitad del libro es en casi su totalidad producto de la experiencia, la sabiduría de la experiencia, nos atreveríamos a clasificar. Esta parte del libro está formada por composiciones brevísimas, muchas de ellas, como las que integran el capítulo *Madrigales*, en estilo de copla. Estas pequeñas estrofas, dictadas por el sentimiento amoroso, tienen en su mayoría frescura y sabor populares. Naturalmente, todos los aspectos de este sentimiento han sido ya tocados por la poesía popular y lo único que puede hacer en este sentido el poeta — lo que Frugoni ha hecho — es expresar en forma nueva los motivos viejos.

En suma: un libro luminoso, de sana y natural poesía, del que fluye un soplo de salud que, en oposición con esa otra poesía cerebral del momento, hace bien.

M. LÓPEZ PALMERO

## DESPUES DEL ESTRENO (Comentarios teatrales)

Por OCTAVIO PALAZZOLO. Editor, Juan Perrotti, Buenos Aires, 1925

**L**OS «comentarios teatrales» que integran el libro que nos ocupa vieron oportunamente la luz en las columnas de un diario de ideas, *La Vanguardia*, donde el autor desempeñó — y creemos que desempeña aún — el cargo de crítico teatral. Reunidos ahora en volumen podrán carecer de oportunidad, ya que en algunos casos, precisamente en aquéllos donde la robusta voz del crítico condenó en nombre del arte, del buen gusto y de la dignidad artística, la obra juzgada, muerta ya y bien muerta, se recuerda solamente por el comentario a que dió motivo. En cambio, desaparecida esa circunstancia, englobados en libro donde pueden ser considerados en sí mismos con más atención que la que se concede a la columna del periódico, quedarán durante largo tiempo como un testimonio de que significó el movimiento teatral argentino en una época determinada, (1917-1924).

Estos comentarios están redactados con una justa severidad. Severidad para con la obra y para con el autor. «Con pasión si se quiere, pero sin llegar al enceguecimiento, traté de puntualizar méritos, defectos, errores, prácticas viciosas», dice Palazzolo en el prólogo de su libro. El ha «adoptado una posición de combate», comprendiendo la necesidad de que la crítica haga obra depuradora. Que en nuestro país eso constituye casi un deber para toda persona sinceramente amante y conocedora de este género de arte es cosa que todo el mundo sabe. De la

crisis por que atraviesa la producción nacional tanta culpa tienen los autores sin talento y los comerciantes con él o sin él como la crítica vacua, ineficaz e interesada de muchos diarios.

Palazzolo pone mano a esta tarea con absoluta independencia de criterio, con «un gran amor y un gran anhelo de incesante progreso» y, sobre todo, con una gran valentía de carácter.

En algunas ocasiones no compartimos, es cierto, su opinión. Creemos que su posición ideológica interviene, cuando la obra juzgada desarrolla una tesis en concordancia con su socialismo, en perjuicio de su imparcialidad, otro de los valores elogiados de Palazzolo. Tal en el caso de Alejandro Berruti y aún en el de José González Castillo, que si bien este último sabe manejar hábilmente los recursos de la construcción escénica, explotó a su tiempo problemas en moda con un propósito mercantilista... y a su tiempo también — lo hace actualmente, — no ya problemas, sino subalternas inclinaciones del público con idéntico y productivamente bien logrado propósito.

El orden expositivo y la perfección de la prosa en que estas notas fueron escritas, si se considera la premura con que debieron hacerse, constituyen también méritos dignos de tenerse en cuenta.

M. LÓPEZ PALMERO

## LAS TARDES

Por FRANCISCO LÓPEZ MERINO

### I

LÓPEZ Merino es el poeta de la sinceridad. En su verso nada de afectación ni artificio. La emoción fluye serena del contacto de su sensorio con los seres y la naturaleza. Su poesía es clara y dulce como la sonrisa de un pequeño niño; frecuentemente encontramos en él cierta infantilidad debida, sin duda, a la pureza de su inspiración, jamás proclive a complicaciones sentimentales ni a tendencias cerebrales.

Los elementos, el tiempo, los objetos familiares, alguno que otro tierno cariño femenino, tal vez más presentado que real, es decir, aquello inmediatamente cercano a la sensibilidad del autor es el objeto de su canto, emitido con sencillez igual a la que reviste su inspiración.

Y de esa pureza, de fondo y forma surge el mérito principal de la poesía de López Merino.

La fuerza de la emoción que un poeta pueda condensar en sus versos está en razón directa con su sinceridad.

Así como la moral pone un freno al instinto, que es la sinceridad humana en acción, las maneras literarias, que también son una moral, limitan la espontaneidad, a su vez manifestación de la sinceridad de los poetas.

El primer cuidado de los *nouveaux riches* es fabricarse un árbol genealógico. Comprenden que no les basta tener dinero para significar algo, para tener perduración. Buscan ser en la acción de imaginarios antepasados. Los *nouveaux riches* de la literatura apenas entran en ella tienen como primer afán buscar el precursor,—cuando debieran buscarse a sí mismos,—enrolarse en el clan que es el *ismo*, para adquirir por la unión la sombra de personalidad que en el aislamiento les sería imposible obtener.

Por esa tiranía del antepasado imaginario, por esa fuerza del ismo, del clan, pierden su sinceridad los que la han tenido alguna vez, y créanse una barrera insalvable para obtenerla los que nunca la poseyeron.

Estas verdades no alcanzan a comprenderlas, en su obsecación. Y más tarde, cuando la experiencia les ratifica el fracaso, recién entonces — ya no hay remedio casi nunca,—ven el error.

En otros casos, yendo tras la abolición de las peligrosas trabas que sostienen en la subconsciencia las ligaduras del yo con su pasado, para así crear en el puro sentido del vocablo, se ha pensado que echando abajo los diques grandes y pequeños encauzadores del arte durante siglos sería más efectiva esa libertad.

Y se ha visto que la libertad es un mito, con el libertinaje y la tiranía por extremos, como el presente, hecho de ayer y de mañana.

Para ser libres necesitamos ser nosotros mismos con el solo control, a la sumo, del análisis objetivo. El cerebro cerniendo la cosecha de la sensibilidad. Así lo pedía Proust con su impresionismo crítico.

La preocupación del libertinaje o de la tiranía agota los esfuerzos. En el creador no debe haber más que un esfuerzo: el de hacer; tras él vendrán otros hombres que verán en lo creado el reflejo de sus preocupaciones, de sus deseos, de su ideario, un fin.

El artesano de la edad media que planeaba y construía catedrales no pensaba en que la ojiva iba a ser considerada como la expresión de sus ansias por ascender al cielo, hecha en la piedra, como una manifestación de su fé. Las catedrales se alzaban por la necesidad de los señores feudales, que eran los obispos, de atisbar el camino y sirviendo a sus intereses que eran la fé.

¿Acaso no puede atribuirse a los rascacielos de hoy una misma aspiración de azul, de altura, de divinidad?

*Nearer, my god to thee*

Los arquitectos que planearon el Woolworth no han pensado más que

en ganar espacio y buscar luz y aire, sin complicación espiritual ninguna, seguramente.

Ibsen decía que esperaba a que los críticos le dijeran el significado de su obra. ¡Fría ironía la del viejo oso escandinavo y el mejor ejemplo que se puede dar a un artista de la pluma!

Ibsen era sincero. Hacía sus obras con los problemas latentes en el alma de su pueblo, que era lo que sentía más inmediatamente cerca de sí.

Cervantes tampoco pensó, es casi seguro, en ninguna de las alharacas y sambenitos fabricados en torno de su obra magna. Llevó al libro lo que estaba en el ambiente y se reflejaba con más nitidez, en el espejo de los hombres. Fué, entonces, sincero consigo mismo, y sus contemporáneos.

Y podríamos llenar muchas páginas para reforzar con el ejemplo nuestra opinión; pero nos alejamos del punto de partida y a él volveremos.

López Merino ha hecho, dejando correr su pluma con esa libertad de que hablábamos más arriba: siendo él mismo, pero haciendo que el cerebro cierna la cosecha de la sensibilidad.

A veces, cuando ha extremado el análisis objetivo, cuando el cernimiento atacó con crudeza, lo tenido por superfluo puede recibirse la impresión de que López Merino es algo libresco, pero, inmediatamente, la emoción surgiendo tras un verso cualquiera, tras la propiedad de un colorido, tras la palabra evocadora, afianza la primera opinión, que le reconoce como el poeta de la sinceridad.

De ésta brota la relación que se ha establecido entre el verso de López Merino y la ciudad de La Plata, uno y otra todo de tono menor. El poeta completa el alma del paisaje con su canto a tono con ella, por que se apartó tanto de buscar *árboles genealógicos*, como de derribar diques. López Merino ha sido él y así tiene una significación entre los nuevos poetas, que no hubiera tenido de otra manera.

Se le ha emparentado con Arrieta en primer término y con los poetas platenses, en general. El rastro de aquél se encuentra cuando, como hemos dicho antes, pesa sobre la sensación de naturaleza que embarga al poeta, el espíritu crítico del cerebro. Arrieta es tenido por el más cerebralista de nuestros poetas; por eso es el más frío.

En López Merino la temperatura nunca descende; los treinta y siete grados de la vida humana se mantienen perennes.

## II

En *Las tardes*, la sensibilidad del autor se esponja de tal manera que el sonido, el color, el perfume, se funden a veces dando una sola sensación, ni siquiera del orden de aquellos, sino visual, por ejemplo:

Tu voz, desvanecida por la ausencia, perdura  
más que como una música  
como otra imagen tuya...

¿No es en los cuentos infantiles dónde hablan las cosas y los elementos?

Por el agua dormida pasan leves ensueños...

Es una preocupación del poeta hallar la voz, o el callado pensamiento de lo inaninado:

¿Sentirá el agua el peso visual de la nube  
Y escuchará el latido del corazón del viento?

o en *Las Nubes*: Acaso tengan alma pero no tienen voz.

En *Mis primas los Domingos* está, como en una estampa, el vivir provinciano, hecho siempre de los mismos acontecimientos o de la recordación de éstos:

Mis primas, los domingos vienen a cortar rosas  
y a pedirme algún libro de versos en francés.  
Caminan sobre el césped del jardín. Cortan flores  
y se van de la mano de Musset o Samain.

Aman las flores bellas y las mañanas claras.  
Una estatua impasible las puede conmovier.  
Esperan la llegada de las tardes de otoño  
porque, tras los cristales, todo de oro se ve...

Y vienen, los domingos a cortar rosas... Saben  
que el eco de sus voces para mí grato es.  
Entre las hojas quedan sus risas armoniosas;  
ellas seguramente se ríen sin saber.

Mis primas cuando llueve no vienen. Dulcemente  
aparto los capullos que el viento hará caer;  
hago un ramo con ellos y pongo bajo el ramo  
un volumen de versos de Musset o Samain...

Así han pasado los paisajes y la vida provinciana, inquietando el callado misterio de aquellos al poeta y poniendo la suavidad de su correr, ésta, en su alma absorta.

Cuando llega el amor es una admiración casi; presentido y lejano: más en el deseo que en la realidad:

Este viento me trae fragmentos de palabras  
de tres mujeres bellas que conversan de amor.  
Le hablan bastante lejos de mí, *yo no las veo;*  
*adivino las notas a través de la voz.*

.....  
Pienso en las tres mujeres que de amor conversaban  
y escucho las tres voces en una sola voz.

Hemos subrayado aquellas palabras que descubren el pensamiento del autor, que por otra parte es bien explícito, cuando dice:

novia ideal de mi canción... etc.

Y cuando todos los idealismos, el de la naturaleza, el de la vida, el del amor, lo han hecho cantar, hombre ya y habiendo echado a caminar por el mundo, sufre, en su aborto y apasionado alucinamiento, el dolor de todo aquello que fué su bien desaparecido; el canto del otoño, que por el color tiene para él materialización de pena, brota entonces y como una elegía fina el libro *Patio de la niñez*, en el que se encerraron para siempre las quietas horas hechas del dulce pensar y del tierno querer.

¡Tardes ya para siempre amortajadas  
entre paredes blancas!

E. SUÁREZ CALIMANO

## HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFIA ARGENTINA

Por RÓMULO D. CARBIA. Volumen I. Biblioteca Humanidades, Tomo II, La Plata, 1925.

**R**ÓMULO D. Carbia realiza con su «Historia de la Historiografía Argentina», el primer trabajo histórico-crítico que sobre la materia ve la luz pública en el país.

El solo título de la obra está denunciando, bien a las claras, lo arduo y peligroso del asunto. Arduo, por cuanto se requieren para no fracasar ruidosamente, versación y condiciones no muy comunes; peligroso, porque aún corremos tiempos en que el andar por ciertos lugares del

«alma nacional», equivale a hacerlo como por sobre la arista de un derrumbadero. El horizonte aparece todavía oscurecido por densos nubarrones que amenazan caer, en tormenta furibunda, sobre el hereje que provoque al rayo.

Si, de acuerdo a lo que acepta el autor de «Historiografía» en su nota de página 24, la Historia, definida a la manera de Ricardo Rojas, es ciencia por sus métodos y arte por su poder evocativo; y si, lógicamente, el segundo aspecto tiene al primero como condición de existencia, al punto de que dado un hecho inexistente o tergiversado, por más arte que se ponga al evocarlo (sic), no se hace Historia, sino que va a darse de bruces en el campo de la novela o del cuento, preciso es convenir que la lectura de muchas páginas del libro comentado, deja en el espíritu la íntima tristeza que sucede a la caída de los dioses, al desplomarse de los iconos que por mucho tiempo fueron objeto de veneración y consuelo. No se sabe, por momentos, qué pensar de ese recio vendaval que derrumba templetes, voltea ídolos, abate encinas. No es posible menos que experimentar una desolación infinita ante el desahucio de tanta página hermosa, de intenso colorido, donde creímos sentir palpitante el álito aromado de la vida pretérita. Y, vistas así las cosas, se hace de desear, rencorosa y sinceramente, que a Carbia se le quemén los originales y todas las copias de la segunda parte de su obra, para la que promete, inexorable y sañudo, seguir pronunciando la desnudez de tanto mosquetero de airoso penacho.

Ahora, si «no se debe destruir por simple placer — recordando a Ameghino — sino en vista de una reconstrucción más perfecta», con que en «Historiografía» solo se persiga esta finalidad, el consuelo surge de inmediato y todo se reduce a un tiempo de espera tras el cual, los modernos historiógrafos, nos brinden la belleza asociada a la verosimilitud posible. A nuestro juicio, el autor llena cumplidamente el precepto recordado, pues de todo el contexto de la obra no aparece sino que viene en recordar, empujando ante sí a Luciano, que «el historiador no inventa como poeta los hechos, sino que los refiere:; y que la belleza de una página de hondo poder evocativo, no está reñida con el concepto de Strabón para quien «Historiæ finis est veritas».

«Este libro — dice en su Prólogo — ...mide, pesa, analiza; y si alguna vez amputa, lo hace como lo practican los cirujanos: para salvar lo que aún tiene derecho a la vida». Y más adelante: «La bibliografía histórico-social argentina, carece de significado serio, porque en ella no hay presentación de intuiciones reales, sino de visiones antojadizas y fantásticas». La reconstrucción se impone. Y ha de hacerse adelantando la esperanza de que los modernos historiógrafos argentinos, antes de darse a las galanuras del estilo, se penetren del concepto según el cual hacer Historia es, en cierto modo, hacer justicia póstuma;

y que ni las pasadas generaciones son dignas de injusticia alguna en homenaje a la ligereza, el afán de notoriedad o el amontonamiento de palabras bonitas, ni las del momento han caído en la culpa de que se las haga profesar un culto semejante al de quien se prosterna ante una tumba vacía, o que guarda cenizas extrañas, en la piadosa creencia de hacerlo frente a lo que resta de sus antecesores. Porque podrá, posiblemente, la Historia, reducirse a «remotos, vagos y tenues indicios de algo que pudo haber sucedido», como lo expresa, donosamente, Enrique José Varona; podrá también la verdad en Historia, ser un accidente feliz, como lo quiere Juan Agustín García; y lo mismo, encerrarse en la suprema síntesis del inimitable France: «nacieron, sufrieron y murieron». No importa; son de aceptar todas las ironías que hacen amable la vida sin hacer imposible la Historia, porque siempre podrá lograrse un vestigio, por tenue que sea. Y ese vestigio siquiera, borroso, pálido, endeble, pero tal como es, deben rendirlo honradamente aquellos que bucean en el pasado; no, a cambio, la clarinada vibrante de glorias imaginarias, o el discurso sonoro entretejido a la sombra de una patraña condenable.

Carbia realiza una valoración integral del haber historiográfico argentino. Somete todo al crisol de las modernas disciplinas. El libro es para el razonador desapasionado. Y si prima facie la aseveración resulta excesiva, porque en el texto, lo mismo que en las entrelineas, campea el vigor apasionado fustigando a uno y lapidando a otro, más detenidamente ha de convenirse que los términos de la acusación no tienen importancia cuando esta se apoya en testimonio exacto. El juicio surge siempre como producto de estudio profundo. Basta para formarse idea de su bagaje erudito, considerar a través de las citas, el solo capítulo destinado a los Cronistas. Sienta su tesis, y seguidamente siempre, esgrime la prueba: documental, pericial, testimonial... Así, realiza la Historia no solo «en filósofo», que dijera Voltaire, sino también «en jurista». Tal vez haya en la clasificación que acomete, puntos de vista muy personales; tal vez algún ensayista no merezca serlo, lo mismo que algún prototipo. Pero estos son aspectos que se prestan a ser considerados con tan sólida argumentación en pro como en contra.

Creemos firmemente que el libro, marcando al crepúsculo de muchos dioses de la historiografía nacional, señala al mismo tiempo principios valiosos para una reconstrucción integral del pasado argentino.

Producirá, como es natural, alguna airada protesta, porque son muchos los doloridos y no menos los que, reculando siempre, niegan a quienes se atreven. Pero a ellos, a los que por llevar metido muy a lo fondo el culto a los héroes de la poligrafía, no quieren o no pueden ver, les acomoda fácilmente la frase del gran ironista de Samosata: «Mi libro no ha prometido hacer agudos y sagaces a los que no lo sean por don natural.»

## EL ATOMO Y SU ESTRUCTURA

(Según la teoría de N. Bohr)

Por H. A. KROMERS Y HALGE HOEST. Madrid 1925.

ESTE libro publicado por la *Revista de Occidente*, que dirige Ortega y Gasset, en la colección: *Nuevos hechos, Nuevas ideas*, representa un valioso aporte a la literatura científica del mundo de habla española.

Mucho debemos ya a la labor editorial de Ortega y Gasset. Gracias a su actividad, en este sentido, contamos con una serie de buenas monografías, sobre diversos temas científicos, cuya lengua vernácula es, generalmente, el alemán.

Y a propósito de traducciones recuerdo que, no hace mucho, leyendo un ciclo de conferencias, llamó mi atención los términos casi violentos en que su autor se lamentaba de la suerte de España, a este respecto, forzada siempre a esperar traducciones francesas de los libros nuevos de otras partes del mundo, de lo que resultaba, para España, un atraso, a veces de 50 años, en conocer y adoptar nuevas teorías y procedimientos, ya que Francia no tenía apuro en traducir idiomas extranjeros. Desde luego faltaron y faltan todavía en lengua española no solamente monografías sobre temas especiales de actualidad, en cualquier ramo de la ciencia y técnica, sino que también carecemos de textos modernos. (1)

Y como no hay duda de la verdad que encierra el proverbio de que "en la ciencia debe leerse lo más moderno y en el arte lo más antiguo", estoy seguro que interpreto el sentir de muchos, al expresar mi gratitud a Ortega por la labor de divulgación científica en que está empeñado.

Pero volvamos al libro sobre el átomo.

Por casualidad este libro también es la traducción de una traducción. Originalmente escrito en danés por dos de los colaboradores de Niels Bohr, y publicado en Copenhague, fué traducido simultáneamente al inglés y alemán a fines del año 1923, y al principio del 1925 apareció la edición española (traducida de la traducción inglesa y alemana), con los aumentos y modificaciones necesarios por los últimos progresos de la investigación sobre el tema.

Como introducción al libro, se encuentra de la pluma del ilustre fi-

(1) Es justo que dejemos constancia que en la actualidad la Facultad de Ciencias Fisicomatemáticas, Puras y Aplicadas de la Universidad Nacional de La Plata publica un texto científico: *Física General* por el Dr. Ramón G. Loyarte, libro modernísimo y único en idioma español.

sico inglés Rutherford, el prólogo de la edición inglesa; siguen el prefacio de los autores y después unas 250 páginas de texto, ilustradas tanto por una cantidad de figuras esquemáticas como por dos tablas con reproducciones de fotografías de varios efectos ópticos, y acompañadas por una lámina con esquemas de la estructura atómica de algunos de los elementos químicos.

Los cuatro primeros capítulos del texto, unas 120 páginas, están dedicadas a una exposición general de algunas partes de la química y física que se necesita tener presente para entender el contenido de los últimos cuatro capítulos.

Los autores intentaron, según lo expresan en el prefacio, escribir un libro para los que desean mantenerse al corriente del moderno desarrollo de la ciencia, sin tener ni inclinación para penetrar en la literatura matemática superior; evitan por esto hasta la alusión al desarrollo matemático de las teorías de que se trata, dando en cambio al final del libro para los lectores especialmente interesados unas notas, en las cuales son expuestos, tan sencillamente como es posible, los cálculos correspondientes a la teoría de Bohr del átomo de hidrógeno.

En el primer capítulo el lector es introducido en el desarrollo histórico de las teorías sobre *Átomos* y *Moléculas*, empezando la historia en este caso especial con *Demócrito*, 400 años antes de Jesucristo. Enseñaba, como nosotros, la discontinuidad del universo, compuesto según su opinión por un espacio vacío, poblado con un número infinito de partículas (átomos) indivisibles e invisibles. Se hace resaltar como esta teoría "atómica", aunque no fué aceptada por Aristóteles, no desapareció. Durante los siglos siguientes se continuaron las especulaciones sobre este mundo invisible de átomos, de cuyos movimientos resustan todo fenómeno del mundo visible, hasta que a fines del siglo pasado los métodos experimentales alcanzaban tan alta perfección que permitieron demostrar con toda seguridad la existencia de los átomos. Se relata en forma fácilmente comprensible las hipótesis y teorías ingeniosas, atrevidas, a veces absurdas mediante las cuales se intentaron explicar los fenómenos observados, aplicando *la teoría atómica en la química* y las *teorías moleculares en la física*, y como se formó de todos estos ensayos la imagen conocida de un mundo discontinuo, compuesto de algunas noventa clases diferentes de partículas infinitamente pequeñas, "los átomos", de cuyos movimientos todo efecto químico y físico resulta.

El segundo capítulo trata de *las ondas luminosas y el espectro*; especialmente se ocupa de los espectros de rayas que tienen tan gran importancia en las teorías nuevas de la estructura del átomo, familiarizando el lector con los fenómenos y las leyes en este campo; algunos

de aquellos conocidos ya hace años, otros surgidos de las investigaciones, modernísimos.

En el capítulo siguiente se completa el estudio de partículas infinitamente pequeñas, introduciendo la noción de *Iones* y *Electrones*. Se exponen *las primeras teorías y leyes de la electricidad; los fenómenos del electrólisis y en tubos evacuados*. Se habla de *la naturaleza de la electricidad*, concluyendo en que los electrones son átomos libres de electricidad negativa, mientras que la electricidad positiva siempre queda unida a los átomos de los elementos. Se expone *la teoría electrónica de Lorentz*, y se explica *la ionización mediante los rayos X y las radiaciones del radio*. Se da la explicación de la *Radioactividad* como una *transformación del elemento*, preparando muy hábilmente al lector para el estudio del capítulo cuatro, titulado: *El Atomo como sistema planetario*.

Nos encontramos aquí con la idea capital de Rutherford, de 1911, su "modelo atómico nuclear" que propone un átomo, compuesto de un *núcleo positivo*, de escasas dimensiones, pero conteniendo casi toda la masa del átomo, y de uno o varios electrones de masa insignificante. El número de los electrones corresponde al número de las cargas positivas del núcleo, y los electrones se mueven alrededor del núcleo como los planetas alrededor del sol. Después de ocuparse de las investigaciones sobre la *carga nuclear, el número atómico y el peso atómico*, los autores relatan *la estructura supuesta del núcleo atómico* y tocan problemas de tan alto interés como lo son: *la transformación de los elementos y liberación de la energía atómica*, sobre la cual exponen: que *la destrucción de un átomo* librerá una cantidad enorme de energía, pero no está en nuestro poder efectuar tal destrucción.

El quinto capítulo contiene *la teoría de Bohr del espectro de hidrógeno*. Después de hacer entender que tanto el modelo atómico de Rutherford como la teoría de los "cuanta" de Planck no pueden ser conciliados con las leyes fundamentales de la electrodinámica, se exhibe el esquema característico de la teoría de Bohr, expuesto en el año 1913, en la cual se unen la idea del *átomo nuclear* y la teoría de los "cuanta", apoyándose en la fórmula de *Balmer-Ritz*, que corresponde a las series de líneas espectrales en el espectro de rayas de hidrógeno.

El átomo de hidrógeno consta por ejemplo según esta teoría, de un núcleo atómico positivo y un electrón girando a su alrededor. La órbita que describe es una elipse con uno de sus focos en el núcleo. Durante el movimiento del electrón sobre su órbita, el átomo no emite radiación ninguna, pero si el electrón salta a otra órbita, de las cuales hay una serie definida, emite una radiación, una raya espectral, cuya frecuencia (longitud de onda, color) está determinada por el cambio de la energía contenida en el átomo en el primero y el segundo "estado estacio-

nario", como les llama Bohr. Cada emisión de luz monocromática (o sea de una línea espectral) indica pues un salto de los electrones de una órbita exterior a otra más cerca al núcleo. Una línea fuerte indica que en un número crecido de los átomos los electrones hacen precisamente el mismo salto; una línea débil indica que relativamente pocos de los átomos corresponden en su actividad a ella. Hay rayas en el espectro del hidrógeno que no se encuentran sino en los espectros estrellares, porque los saltos correspondientes de los electrones entre dos órbitas definidas son tan raros que solamente las dimensiones inmensas de los cuerpos celestes ofrecen la posibilidad, para que se efectúen un número de saltos bastante grande para impresionar al ojo del observador (o a la placa fotográfica).

Además de la exposición de la teoría de Bohr, se expone en esta parte del libro entre otros detalles: *la deducción de la constante de Rydberg el principio de correspondencia, y la influencia de campos magnéticos y eléctricos sobre las rayas del hidrógeno.*

El sexto capítulo está dedicado a *las acciones mutuas entre la luz y la materia.* Se expone la teoría de la radiación calorífica de Einstein y se explica la nueva forma, dada por Bohr a sus postulados fundamentales, tocando ligeramente la posibilidad de desviaciones en la ley de la conservación de la energía.

El capítulo siguiente trata de diversas aplicaciones de la teoría de Bohr.

En el último capítulo, sumamente interesante, se explica las propiedades químicas de los elementos en función de la estructura del átomo. Saliendo de la combinación de los átomos en moléculas se va siguiendo y explicando la teoría de Bohr en el sistema periódico de los elementos, describiendo últimamente los diagramas atómicos de unos 26 de ellos, desde el hidrógeno con su electrón único, hasta el radio con su nube de 88 electrones.

Al final los autores tocan en breves palabras la pregunta, si pueden resultar de utilidad práctica los conocimientos adquiridos sobre la estructura del átomo, llamando "natural y no injustificable" a esta pregunta. Concluyen en generalidad: que el progreso en nuestro conocimiento de las leyes de la naturaleza contribuye siempre, más pronto o más tarde, directa o indirectamente, a aumentar nuestro dominio sobre ella, y citan como *resultado práctico* de las investigaciones el descubrimiento del nuevo elemento Hafnia.

M. H. DE BOSE

## HISTORIA DE LA INSTITUCION CONSULAR EN LA ANTIGUEDAD Y EN LA EDAD MEDIA

Por ALBERTO M. CANDIOTI.

EL nombre del autor está ya difundido en nuestro mundo intelectual por otro libro que publicara recientemente «Los Postulantes», que fué muy bien recibido por la crítica. Era aquel un agudo análisis que reflejaba un aspecto doloroso de nuestro ambiente y nos pintaba el tipo creado por nuestro medio social y político que, como recurso salvador para su vida, postula un empleo público. Este pequeño recuerdo es traído con el objeto de hacer resaltar el espíritu vario de Candiotti que, ayer se nos presentaba, con el libro que hemos mencionado, como un penetrante observador psicológico y hoy, nos revela, con la «Historia de la Institución Consular», su aptitud de historiador de método.

Antes de entrar al fondo de ésta breve nota, permítasenos mostrar otro mérito extrínseco de la obra, que nos evidencia al autor: Candiotti sigue la carrera diplomática y es actualmente Cónsul General y encargado de negocios en Atenas. Muy raros son los cónsules de éste país o encargados diplomáticos, que dedican su actividad a las tareas intelectuales de utilidad para sus funciones, pues, trabajos de esa naturaleza al par que ilustran y contribuyen al prestigio del país que representan, les dá una capacidad mayor para penetrar con mejor éxito en su misión. Este valor es justo reconocerlo, máxime cuando, en el censo general, un cónsul es un burócrata más fuera del país, pero dentro del presupuesto...

«Historia de la Institución Consular», un grueso volumen de más de 800 páginas publicado por la Editora Internacional, es el primer tomo de la obra que, en dos más, promete su autor. Abarca el primero la Historia de la Institución Consular en la edad antigua y en la edad media, en el segundo continuará el desarrollo de ésta Institución hasta cerrar el medio evo; el tercero contendrá los documentos justificativos de la obra, algunos de los cuales están todavía inéditos. Por otra parte, está escrito en un estilo sobrio y elegante y acabado armónicamente, condiciones que contribuyen a hacer agradable su lectura.

Nuestro deseo sería comentar con detenimiento el estudio erudito de Candiotti, pero, ello, nos lo impide de brevedad que exige una nota bibliográfica y la reducida versación del que la escribe. Solo haremos una ligera síntesis de sus puntos cardinales, a fin de dar al lector una

idea aproximada de sus cualidades, del riguroso método científico usado por el autor para obtener la verdad en su trabajo y la admirable maestría que ha puesto para encadenar los hechos históricos con fuerte lógica.

Candiotti toma como el origen cierto de la Institución Consular, la magistratura griega que se llamó «proxenia»; después de refutar con éxito teorías de algunos autores que la sitúan en otra época y en distintas instituciones, haciendo surgir, por lo general, al consulado en el período de las cruzadas.

Pero no es ésto, a nuestro modo de ver, lo verdaderamente interesante, que contiene el libro, sobre el origen remoto de las instituciones tutelares de extranjeros. Hay que buscar el fundamento humano por el cual el hombre admitió en su seno al habitante de otro suelo. El autor estudia, una a una, la historia de los pueblos de la antigüedad y de la civilización greco-latina, para descubrir los comienzos de esa magistratura. Bajo su punto de vista, analiza las costumbres de la India, cuya primera edad parece dormida todavía en el interior de sus monumentos fabulosos, y apenas se descifra en las inscripciones de Manú, el código inflexible del tiempo veda. Muéstranse los indios crueles con los extraños a sus tierras y a sus ritos. El Egipto, el país del Nilo, con sus soberbios faraones y sus dioses devoradores de enemigos, es tomado como arquetipo del pueblo xenofobo. Los hebreos, conquistadores e inexorables en la guerra; los hijos de Jehová solo admitían a los extranjeros circuncisos y sometidos. Los persas, ambiciosos y sanguinarios, eran implacables con los vencidos, llegaban a ofrecer en holocausto de sus reyes la vida de sus hijos, y, el extranjero era para ellos un ser sin valor. De los fenicios, navegantes intrépidos y comerciantes hábiles, crueles por su religión, sacrificaban a los prisioneros en honor de su dios Baal; y, sin embargo, fueron los que más contemporizaron hasta entonces, obligados por su oficio de traficantes. Cartago, poderosa por su comercio y por la fuerza militar de sus columnas mercenarias, en sus conquistas, alentadas siempre por el afán del lucro, revela su barbarie y es legendaria su perfidia con los extraños. Por fin es Grecia, donde recién el espíritu descansa de tanta crueldad, pues como dice Devaux, citado por el autor, «cuando de la historia de Oriente se pasa a la de Grecia, se entra en un nuevo mundo. El país, los hombres y las costumbres, todo difiere». A pesar de ésta verdad, agrega Candiotti, los griegos fueron, también, crueles en su edad heroica; los vencidos de la guerra eran sacrificados con furor vengativo. Pero, más adelante, cuando Atenas empieza a iluminar el mundo antiguo, las costumbres se suavizan, el carácter ateniense se dulcifica, y un sentimiento de piedad hacia el vencido y menesteroso anida en el pecho de cada ciudadano alentado por sus dioses. Homero, dice en la Odisea, que «a Júpiter pertenecen todos los extranjeros y los pobres». Luego, Roma, en los albores de su vida, cuando su horizonte no se extendía más allá de sus siete colinas, no admitía que extranjero alguno traspusiera el círculo que trazó el arado de su fundador. Denominábase, entonces, al extranjero «hoste», enemigo. Más, cuando los pretorianos ponen su planta conquistadora en los pueblos vecinos y continúan su marcha a través de los Alpes y de los mares, el sentimiento de dureza hacia el extranjero se atempera y abre a ellos las puertas de sus vías. Su espíritu jurídico, crea, entonces, una institución, el «patronato», análogo a la proxenia griega, que protege y defiende a los súbditos del país amigo. Los privilegios de los extranjeros amigos, aumentan y nace una magistratura especial la de los «repecuradores», encargada de administrar justicia, y, por último, en los primeros años del siglo VI antes de Cristo, surge una magistratura más completa desempeñada por un funcionario de dirimir las cuestiones entre forasteros y entre forasteros y romanos. Este funcionario se llamaba «praetor peregrinus».

Sigue luego, el autor, relatando minuciosamente todo el desarrollo del Consulado en la Edad Media, ese período, «enorme et délicat», complejo todavía para los historiadores, hasta terminar el volumen con el estudio de los prósperos puertos de Venecia y Génova y sus Consulados en Oriente y Occidente.

Así, a través de la historia del Oriente, de Grecia y Roma, el autor demuestra como evoluciona el primitivo sentimiento de repulsión hacia el extranjero que, considerándosele enemigo, se vá lentamente, con el correr sedante del tiempo, en su protección y ayuda hasta atenderlo como «a un querido hermano». Es ésta situación, precisamente, el sentimiento de hospitalidad hacia el extranjero, lo que dá el fundamento humano, de que hablábamos antes, a la primera institución creada en Grecia para amparar al extranjero en los derechos que les acordaban.

De ahí, de la proxenia griega, arranca la Institución Consular para seguir su evolución histórica, a través de los estados, al unísono con el anhelo de fraternidad entre los hombres. Fraternidad relativa, por otra parte, pues, muy distante está todavía, a pesar de la enorme cantidad de tratados, pactos y ligas internacionales, para que sea concluyente tan hermosa visión.

Agregaremos, para terminar esta nota, algunas palabras sobre el método seguido por el historiador. Candiotti, en la concepción de su obra, ha tenido que realizar, como esfuerzo preliminar, una enorme labor de recopilación de documentos muy antiguos; su trabajosa búsqueda por bibliotecas y archivos extranjeros le han demandado una rigurosa dis-

ciplina científica y solo así nos ha podido presentar documentos éditos e inéditos que atestiguan la seriedad de su estudio; luego, la tarea ardua de la selección y ajuste coordinado de ese material; y, por último, la elaboración intelectual y su versión escrita. La visión del pasado, adquirida de este modo, su espíritu de historiador moderno, ha sabido dinamizarla, darle vida, sellando en ella su *fisonomía* intelectual.

Por otra parte, el autor consigue, con singular acierto, armonizar la ciencia, en el método de investigación empleado, con el arte, en la exposición de los hechos históricos según la concepción de su mente.

JORGE LASCANO

#### BREVE NOTICIA SOBRE EL CONDE KEYSERLING

**D**ESPUES de la guerra, han aparecido en Alemania algunos filósofos, cuyas obras tienen una difusión tan grande, que apenas puede comparárselas con la de algunas novelas, anteriores a la misma.

Parece, que las dificultades económicas, solo han hecho más imperiosas las necesidades espirituales. La celebridad y el éxito obtenido, por ejemplo, por Spengler, son conocidos, ya que su obra fué traducida a todos los idiomas, y también — parcialmente — al castellano; y ha sido considerado bastante interesante, como para merecer valiosos estudios.

Es extraño, que el conde Hermann Keyserling, que en la actualidad comparte, en Alemania, con Spengler, la gloria de ser uno de los hombres más famosos, por su sistema filosófico, apenas sea conocido aquí, y que tampoco se halle traducido al castellano, aunque sí al inglés y otros varios idiomas.

Su libro: *Diario de un filósofo*, fué el que le conquistó la celebridad, habiendo alcanzado, en 1924, un tiraje de 50.000 ejemplares. Se ve, por este dato, que, apesar de que en Alemania ha desaparecido la clase media, que era la clase que leía, los ahora empobrecidos, gastan lo poco que conservan, en la misma forma que antes de la guerra, es decir, adquiriendo libros. Seguramente esto importa una reacción, que trata de buscar un refugio espiritual para olvidar el caos en que se vé sumido el mundo.

El conde Keyserling, es cosmopolita e internacional; Spengler, al contrario, es nacionalista. Keyserling es moralista, y su filosofía, abarca todos los problemas, incluso los sociales, pero aquí su idea más interesante es la de la perfección interior del ser humano. Todo su credo y su fé, se resume en esas palabras: cree en el mejoramiento del

hombre, tomado individual y genéricamente, y consecuencia de esto será el progreso de su patria y del mundo, pues el progreso consiste en esa perfección del alma, en cuyo poder tiene una confianza ilimitada.

Nació el 1.º de julio de 1880 en Livland — Rusia — y estudió primero en Dorpat; a consecuencia de un accidente, se vió de pronto enfermo y, por lo tanto, imposibilitado para seguir llevando la alegre vida de estudiante que soló se divierte. Cambió por esta razón de Universidad, pasando a la de Heidelberg, donde en 1902, obtuvo el título de doctor en geología. Sumamente inquieto, no se sentía contento con los éxitos conquistados en los exámenes y con sus trabajos científicos, e instintivamente, buscó otros rumbos y nuevas soluciones.

En este estado de incertidumbre espiritual, llega a sus manos un libro de Chamberlain: *Los fundamentos del siglo XIX*, el cual le impresionó sobremanera. Se trasladó enseguida a Viena, para conocer al autor, que residía allí, y a quien recuerda con mucha gratitud, no por el libro, que ha dejado de interesarle, sino como personalidad. En general, afirma Keyserling, que han tenido más influencia sobre su vida, las grandes personalidades con que ha tratado, que los libros que ha leído; y aunque conoce o ha conocido a filósofos como Simmel, Bergson y Dilthey, otros han tenido un papel mayor en su existencia, y especialmente las mujeres, los artistas y los políticos como Le Bon, Max y Alfredo Weber, Haldaune, y Balfour.

También los largos viajes que hizo a Italia y Grecia, tuvieron gran influencia sobre su vida interior. Pero aún no se sentía satisfecho, le faltaba algo. Entonces, en 1911, emprendió su viaje alrededor del mundo, y en los años siguientes, trabajó en el libro ya mencionado: *Diario de un filósofo*, en el cual describe aquel, y que publicó en 1918, despertando justificado interés.

La imposibilidad de resolver los problemas de su tiempo, fué la que lo impulsó para realizar ese viaje, con la única intención de estudiar los diversos sistemas filosóficos, las distintas religiones y credos, imperantes en el mundo.

Sus conclusiones son, en pocas palabras, las siguientes: todas las creencias tienen un mismo significado: solo son medios para percibir mejor el mundo de los hechos espirituales,—conocimientos más profundos nos llevará a más alto poder y perfección, sin lo cual no hay adelanto humano posible.

Keyserling está convencido, de que la filosofía oriental, que posee este deseo de perfección en su más alto grado, es superior al pensamiento del occidente, cuyo interés es esencialmente efectivista, basado en la extensión del poder y del conocimiento real. Su ambición es la evolución de la conciencia, y no la formación de la voluntad.

Su interés en la educación espiritual, es tan grande, que hace tres años

ha fundado la Escuela de la Sabiduría, para realizar su ideal que es: ya que todos los hombres son individualidades distintas, demos a cada uno la ayuda necesaria, para que pueda realizarse a sí mismo, pues solo entonces es posible comprenderse mutuamente.

Quien no recuerda instintivamente a Stendhal, al leer estas palabras de Keyserling? Aquel dijo ya en 1817: «Quien es mi Yo? No lo sé. Un día me desperté en este mundo, y me encontré atado a un cuerpo, un carácter y un destino. Debo tratar, inútilmente de cambiarlos, en lugar de vivir? Esto sería insensato. Me someto a mis defectos. Me someto a mis instintos aristocráticos, después de haberlos combatido con toda convicción durante diez años». Pero Stendhal no fué un filósofo, sino un hombre original, que después de cien años conquista la gloria que se le negó en vida.

La Escuela de la Sabiduría, creada por Keyserling, tiene que agradecer mucho al Duque de Hessen, amigo y admirador del filósofo, a quien ha ayudado en la realización de sus anhelos. La idea fué de hacer algo entre la Iglesia y la Universidad, donde por medio de ejercicios, lecturas y una pedagogía socrateriana, se lleva a los adeptos hacia un grado más alto de conciencia.

Acompañan a Keyserling una gran cantidad de prosélitos, y justamente estos discípulos suyos — que en gran parte pertenecen a la antigua aristocracia — son los que proporcionan el blanco para sus opositores, pues naturalmente se vé envuelto en la adulación de que es objeto.

La realización de un ideal, es imposible, y por lo tanto, es natural que el éxito del filósofo de Darmstadt no sea completo; pero aparte de esto, la Escuela de Sabiduría ha dado un ejemplo, hasta ahora no superado, de amplitud de miras y liberalidad: en su Semana de Conferencias, que se realiza anualmente, y a la cual concurren representantes de las más variadas religiones y sistemas filosóficos, ha demostrado hasta qué punto puede trasplantar a la realidad su sistema filosófico. Este año, en la Semana de Conferencias se trató de La Libertad. Entre otros, hablaron: el estadista húngaro Conde Apponyi, el Profesor Conde Dohna, de Heidelberg, y el profesor Driesch de Heidelberg. El movimiento iniciado por Keyserling, es de indiscutible seriedad, pese a sus detractores, y el interés que despierta él mismo, sus libros y revistas es ilimitado. Últimamente fundó una revista titulada: *Conocimiento del hombre*, que reúne gran cantidad de artículos que atraen tanto por su tema, como por el estilo claro y sencillo y la lógica indiscutible con que han sido escritos, lo que los hace interesantes hasta para el «amateur» en filosofía.

La amplitud de miras, que lo caracteriza, se comprueba nuevamente con su última obra: *El libro del matrimonio* que no es original de él, sino que una serie de personalidades europeas y americanas, han apor-

tado un grano de su sabiduría para estudiar tan arduo problema. En el mismo, colaboran entre otros, Rabindranath Tagore, Havelock Ellis que hace tiempo estudia este punto en Inglaterra, Frobenius, personalidad reconocida en materia etnográfica. De Norte-América viene un estudio de Beatrice Hinckle, médico en Nueva York y una autoridad en psicoanálisis, que despierta sobre el matrimonio en el nuevo mundo, capítulo ya aparecido en el número de diciembre del Harper's Magazine, donde da una idea acabada de lo que será el libro, en el cual Keyserling actualmente concentra todo su interés.

Reconociendo que todas las grandes cuestiones de la vida, nunca pueden solucionarse teóricamente, porque se trata, en verdad, siempre de un caso individual, particular, solo se busca en este libro, encontrar la verdadera comprensión de la magnitud del problema. Se ha perdido un poco, el concepto de lo que es esta institución, y como consecuencia, también los medios para resolver una situación. No se trata de otros problemas entre los dos sexos, y seguramente será un libro para todos, porque no hay nadie, que por una u otra razón no tenga interés en lo que en él se discute.

La personalidad de Keyserling no se revelará en una nueva faceta, por esta obra, ya que el deja a sus veinte y cuatro colaboradores, el estudio del problema, pero es indiscutible que es a él a quien corresponde la gloria de haber conseguido que los espíritus más selectos del mundo se presten a tan diversas variaciones sobre el mismo tema.

Lo que talvez conseguirá este libro, es hacer conocer a su compilador al filósofo, tan poco conocido en esta parte del mundo, por la razón misma del tema que aborda, el más humano de todos.

HENRY DE SIMONS

#### LA ESCENA CONTEMPORANEA

Por JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI. Edición Minerva. Perú, 1925

José Carlos Mariátegui es uno de los valores espirituales que más se distingue en el conjunto de los hombres nuevos de América. En corto tiempo, con una rapidez que sorprende, sin otra recomendación que su obra admirable, ha conquistado la simpatía y la admiración que se tributa únicamente a los escritores que, como él, se perfilan de inmediato con relieves propios y que seducen tanto con su decir esquisito como con su pensamiento sereno y profundo.

Mariátegui, en sus correspondencias periodísticas, primero, en sus trabajos medulares publicados en SAGITARIO, después, se ha revelado siempre el intelectual completo, forjado en ideas superiores, que ama apasionadamente, y a las que brinda su poderosa y bien disciplinada

mentalidad. Así se explica que el nombre del escritor peruano goce de tanto prestigio en los círculos intelectuales de vanguardia argentinos, donde el solo anuncio de una producción suya provoca el deseo de gustarla, de saborear su contenido, cuyo valor se descuenta anticipadamente.

Si han de buscarse hombres-ideas con quienes emprender la cruzada de efectiva renovación cultural y política que esperan los pueblos de América Latina, Mariátegui es sin duda posible uno de los que más títulos reúne, pues tiene pasta de orientador y encarna aspiraciones transformadoras que van abriéndose camino y que, de arraigar en el corazón y en la mente de la juventud, pueden hacerla acreedora a representar, en efecto, el espíritu de una nueva generación. Porque, repitémoslo: no basta proclamar a-priori, enfáticamente, que somos los abanderados de una nueva causa, representantes de una nueva generación, para munirnos de inmediato de conceptos o ideas de que carecemos y que de tenerlas pudieran acreditarnos como tales. Semejante procedimiento, abusivamente practicado en estos últimos tiempos, excelente para prestigiar el hispano-parlismo, nada aporta a la claridad orientadora, tan necesaria, sin embargo, a quienes buscan en qué volcar sus angustias, cómo encauzar sus inquietudes.

Si es verdad que después de la guerra existe un estado psicológico especial en la juventud, que se manifiesta en distintos campos de actividad intelectual, falta aún la unidad de pensamiento que concierte las fuerzas dispersas, al punto de enrostrarlas en un movimiento común, de finalidad precisa y carácter universalista. Los diferentes grupos universitarios, literarios y hasta filosóficos, reunidos últimamente en varias naciones de América, carecen de dinamismo y, en muchos casos, de otra aspiración que no sea la de escalar posiciones en provecho propio o del círculo en que militan. En balde se repetirá interminablemente, que cada uno de esos grupos representa el espíritu de una nueva generación. Subsiste el interrogante sobre los valores que intentan destruir y más todavía, respecto al mundo ideal en pos del que caminan y para el que van a dedicar sus caros afanes, sus continuados desvelos.

Podemos esperar, no obstante, que la disparidad de criterio en cuestiones universitarias, literarias o filosóficas, han de conciliarse en el futuro, sin mayores dificultades. Para eso cada uno de los grupos, con previsión original, conserva la más amplia libertad para encarar los problemas sociales, tema escabroso cuyo abordamiento ofrece limitado campo para la conquista de prestigio y de laureles oficiales. De ahí que la asombrosa proliferación de entidades que se dicen representar un espíritu nuevo, hagan llenar nuestro espíritu de dudas, que bien quisiéramos se disiparan pronto, porque pensamos que si, en realidad, nos encontramos frente a un "estado psicológico especial" de la juventud, es-

tá por aclararse aún con qué fundamentos hemos de considerarnos iniciadores de un nuevo ciclo de transcendencia histórica y humana.

Volvamos nuestra mirada hacia Mariátegui y estudiemos si sus ideas, reflejadas en su obra constantemente perfeccionada, fijan una pauta digna de meditación y que oriente en este nebuloso atardecer de toda una época, cuya explicación es necesaria si queremos comprender mejor los caracteres de la que parece iniciarse. Intentemos, pues, examinar, "La Escena Contemporánea", libro magnífico que acaba de publicar la Editorial Minerva de Lima y del que es autor José Carlos Mariátegui.

Una amplia visión panorámica de instituciones, de ideas y de hombres campea en las páginas de este libro. Es la escena contemporánea, estudiada por una gran inteligencia. Pero no es solo eso. Es también el ideario que registran especialmente las manifestaciones más salientes del período post-bélico en el campo de la política y de la cultura. Mariátegui diseña con mano maestra las ideas y las instituciones del siglo pasado, sostenidas hoy por hombres que se esfuerzan en prolongar la vida de un régimen político-económico que no puede sostener más sus errores.

La gran panacea del siglo XIX, ha sido la democracia. El sufragio universal y el parlamentarismo, manifestaciones de aquella, encontraron también ardientes propulsores. Pero la realidad histórica se ha encargado de advertir que fueron ineficaces para resolver los graves problemas del pasado y que no han de ser los métodos a aplicarse en la solución de los problemas del futuro, al menos, sin cambiar su naturaleza, su esencia íntima.

En el período post-bélico, antes de 1914, los progresos democráticos, hacían abrigar grandes esperanzas de que los parlamentos integrados con representantes de sectores populares, cambiarían su vieja fisonomía, convirtiéndose en el crisol que recoge las palpitaciones y anhelos de las masas productoras. Nada de eso sucedió. Y lo que es peor aún, un falso espejismo, fué haciendo irrupción en las conciencias. Se empezó a confiar demasiado en las soluciones parlamentarias y se mutiló poco a poco, insensiblemente, el espíritu de lucha, trasformándolo en un plácido esperar. El parlamentismo, ha dicho Federico Engels, es una excelente escuela para enseñar el respeto a la tradición.

Pero la democracia está en crisis. Mariátegui, estudiándola en función, revisa sus figuras más representativas y lleva al convencimiento de que no es ciertamente crisis de crecimiento la que sufre. Por el contra-

rio, semejando a un viejo tronco, sin savia vivificante, entra en un período de descomposición orgánica.

Wilson, demócrata liberal fué el frustrado renovador de una ideología vieja, afirma Mariátegui. En efecto, gran alivio experimentó la humanidad cuando en lugar de la noticia de victorias de guerra, supo que el jefe de un Estado poderoso ofrecía la paz, "una paz que garantizaría a todos los pueblos igual derecho a la vida y a la felicidad". Pudo creerse próxima la hora de la reconciliación de los pueblos. Poco tardaron, en desmoronarse ilusiones tan bellas. Wilson, "representante genuino de la mentalidad democrática, pacifista y evolucionista" no podía desprenderse de un día para otro de sus concepciones ideológicas post-bélicas, de su mentalidad burguesa. Y si en verdad, que, como dice Mariátegui, "intentó conciliar el orden viejo con el orden nuevo, el internacionalismo con el nacionalismo, el pasado con el futuro", su propósito, posiblemente sincero, hubo de chocar con el mundo de intereses en que actuaba, que no solo se escandalizaba ante el pensamiento revolucionario, sino que reniega hasta de las conquistas más inofensivas de la democracia.

El capítulo entero que Mariátegui dedica a estudiar "la crisis de la democracia", es la historia completa de acontecimientos fundamentales, que bien sea por los hombres que actuaron en ellos, por los ideales que encarnan o por las instituciones que defienden, destacan diferenciadas las tendencias de nuestra época. Se analizan los mil y un ensayos efectuados, para animar y fortalecer el actual estado de depotismo económico, y del análisis, no resulta que las viejas drogas ofrezcan alguna garantía de bienestar a los pueblos. ¿Y hacia dónde hemos de dirigir nuestra mirada?

Mariátegui hace resaltar el dilema de nuestra época: hay que optar entre la política de la reacción y la política de la revolución. Italia, lleva al extremo la práctica de la primera; Rusia, en cambio, realiza el experimento de la segunda.

En el estudio de la biología del fascismo, Mariátegui llega a la conclusión de que el movimiento fascista triunfó por ser específicamente reaccionario, y "no como interés superior a la lucha de clases, sino como interés de una de las clases beligerantes". Verdad que a su triunfo concurren los factores más diversos. Sin embargo, difícil resulta hallar el término medio que rectifique la categórica afirmación de Mariátegui.

Movimiento típicamente reaccionario, el fascismo italiano, sigue Mariátegui, representa la anti-revolución. "En Italia — agrega — la burguesía saludó al fascismo como a un salvador". Es que no se trataba del triunfo efímero de un partido sobre otro partido político. El fas-

cismo que actuara brevemente en la oposición política, sin ajustarse a prescripción legal alguna, pasando violentamente por encima de toda norma constitucional, ya en el poder, iba a realizar su programa reaccionario, empleando la dictadura, régimen de excepción, apropiado para disimular cualquier exceso, para justificar todos los abusos.

La obra del fascismo, ha consistido en salvar momentáneamente a la burguesía, deteniendo la revolución en una hora en que las masas obreras, excitadas por la Revolución Rusa y acicateadas por su malestar económico, amenazaban con imitar a los obreros, soldados y campesinos rusos. Claro que es la única labor que puede reconocérsele, ya que, en definitiva, como acertadamente dice Mariátegui: "El experimento fascista, cualquiera que sea su duración, cualquiera que sea su desarrollo, aparece inevitablemente destinado a exasperar la crisis contemporánea, a minar las bases de la sociedad burguesa, a mantener la inequidad post-bélica".

Planteado así el problema, ninguna perspectiva apunta que haga renacer confianza en la política de la reacción, cuyos esfuerzos desesperados por contrarrestar el avance revolucionario, se manifiestan agudamente en estos últimos tiempos. Tal es lo que resulta después de leerse el capítulo profundo que Mariátegui dedica a la "biología del fascismo".

Queda el otro camino, el de la Revolución. Lo rechaza la reacción por un lado, los demócratas-socialistas, por el otro. Unos y otros, con distintos argumentos, juzgan que acarrearía mayores males que beneficios. El ejemplo de Rusia, no logra vencer sino a los menos. El régimen soviético, la dictadura del proletariado, no satisface a todos, porque no se ha repetido todavía el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Poco importa.

La evolución capitalista, el desarrollo industrial, — condiciones técnicas favorables a la revolución —, completadas con la actividad constante, la organización y la propaganda — condiciones humanas — son categóricas en apoyo de la tesis revolucionaria. Lo demás, son palabras, de mayor o menor efecto.

Pero es que aun la Revolución Rusa, estudiada como lo hace Mariátegui, ofrece el espectáculo de un pueblo que trabaja apasionadamente por crear un orden nuevo, una cultura de sentido ético que borre limitaciones y armonice las energías y fuerzas humanas. "La escuela, la universidad de Lunatcharsky, dice Mariátegui, están modelando, poco a poco, una humanidad nueva. En la escuela, en la universidad de Lunatcharsky, se está incubando el porvenir". Y Trotsky, no solo es el jefe del ejército rojo, es también el escritor que polemiza "con los escritores y artistas que anuncian el advenimiento de un arte nuevo, la aparición de un arte proletario".

Rusia ha seguido la política de la Revolución. Ahora, ese inmenso

pueblo, salva obstáculos, vence resistencias formidables y está creando un nuevo orden social.

La reacción quiere el pasado; la revolución marcha hacia el porvenir. "Mientras la reacción — anota Mariátegui — es el instinto de conservación, estertor agónico del pasado, la revolución es la gestación dolorosa, el parto sangriento del presente".

Todo el libro de Mariátegui es una constante aquilatación de valores viejos y valores nuevos. Es la crítica aguda, certera, de una época, de una civilización, de una cultura, cuyo tramonte anuncia. Analiza el pro y el contra, según una orientación ideológica que Mariátegui no oculta; pero su análisis honrado hace triunfar sin esfuerzo la tesis que sostiene. Lo mismo cuando estudia la crisis del socialismo, que cuando remarca el despertar de Oriente, Mariátegui gana fácilmente al lector. Su lógica engarzada en brillante prosa trae a nuestra memoria el pensamiento de Anatole France: «El párrafo es bello porque la idea es buena y parece bella también».

Mariátegui tiene confianza en las fuerzas nuevas, en la juventud. "La Escena Contemporánea", la dedica a los hombres nuevos, a los hombres jóvenes de América. No es, sin embargo, como se ha visto, un libro que trate asuntos especialmente americanos. Son problemas humanos planteados en su mayoría en Europa, pero que interesan a todos los pueblos por igual. Al presente no se concibe el aislamiento. La vinculación e interdependencia de los pueblos es manifiesta y han de serlo cada día con mayor intensidad. Además, la lucha de nuestra época, no es de Continente a Continente, es entre la burguesía y el proletariado, entre el capital y el trabajo que, con diferencias de detalle, es igual en Europa que en América, en Asia que en Oceanía, en Oriente que en Occidente.

En resumen: El libro de Mariátegui refleja un momento excepcional de la historia social destacándolo sobre las perspectivas de un porvenir todavía oscuro sobre el cual vierte alguna profética claridad. Por eso y por las hondas sugerencias que encierran, debemos asignarle un lugar privilegiado en la vida intelectual de nuestro tiempo.

PEDRO A. VERDE TELLO



## Terán y la nueva generación

JUAN B. Terán, sin ser ministro ni gobernador, hizo la Universidad Nacional de Tucumán; la organizó, la dirigió y le dejó impreso su espíritu sensible a las nuevas corrientes de cultura de su tiempo. Ya no es rector de la Universidad, pero sigue no obstante contribuyendo a la elaboración del pensamiento argentino contemporáneo. Resulta de esto que Terán creó la Universidad porque tenía ideas y no resultó con ideas porque se encontró dirigiendo un instituto donde ellas se elaboran. Hacemos el distinguo porque suele darse este segundo caso.

Fundó la Universidad como quien forja un instrumento que sirva para resolver los problemas sociales y filosóficos planteados en el seno de la colectividad como consecuencia de la iniciación de un nuevo estadio en el desarrollo de la idea madre que penetró en el espíritu y dió formas al naciente pueblo argentino. Citamos al azar un párrafo del discurso pronunciado en el Congreso Universitario de 1923. Refiriéndose al pensamiento de los fundadores de la república, dice el Dr. Terán: «Ha llegado la hora que ellos previeron, en que la Universidad funde su fé en la democracia, *dé formas a la ilusión secular de la Revolución y la justifique*, demostrando su capacidad para fundar sobre ella la sociedad».

Un hombre que al fundar una Universidad comienza por demostrar que no la entiende como una repartición burocrática o una oficina para la expedición de títulos profesionales, ya se ha ganado el derecho de ser oído y discutido en sus ideas. Es lo que hoy realiza SAGITARIO, insertando el artículo que Juan B. Terán ha publicado en «La Prensa» del 14 de febrero corriente, con el título de «El porvenir de la América española».

La acogida de SAGITARIO no quiere decir asentimiento indiscutido a las ideas de su huésped. Le abre las puertas porque ha descubierto su actitud de simpatía hacia la Nueva Generación, en estas palabras suyas: «La Juventud Universitaria de América reclama nuevos ideales y se dispone a conquistarlos». Tocando uno de los problemas más graves de Latino-América, nos despierta a una verdad que los entregados a la campaña anti-panamericanista, debemos recoger para no extraviarnos: la intrusión norteamericana, la terrible realidad de la «penetración pacífica», llega, entre otras, «por causa de nuestros errores cuando no al llamamiento de una facción vencida o desechada del país intervenido». Las nuevas generaciones del continente Sud conocen esta verdad y por eso luchan contra el caudillo de hoy, que mañana llegará a tiranizar a su pueblo desde el gobierno y a venderlo por un puñado de dólares, si los necesita para aplastar por las armas a la facción adversa o, simplemente, para satisfacer su grosero sensualismo de advenedizo.

En otros varios puntos del problema americano, ha enfocado bien el señor Terán, a juicio de esta Revista. Por ejemplo, cuando dice que «se entretajan bajo la misma bandera y en entusiasmos conjuntos, las más contradictorias filosofías: realistas e idealistas, positivistas y místicas». Esto es también verdad; una verdad angustiosa para la Nueva Generación y que debe ponerse a resolver. La desorientación y la anarquía existe en todos los órdenes del espíritu, desde el arte hasta la filosofía social. Nos une

un fuerte ideal de renovación, pero los medios tienden a separarnos.

El señor Terán a penetrado bien a fondo en las causas de esta crisis total porque estamos pasando, cuando señala como una de aquellas, la idea transplantada por España a los pueblos de Latino-América, de que ha de verse en el Estado «una madre artificial que reemplace la madre verdadera, que es la tierra y su laboreo». La Nueva Generación debe agotarse si es necesario hasta extirpar esta gangrena del concepto providencial del Estado. Pare conseguirlo hay que cultivar el Derecho Político y la Ciencia Social por una parte, y la psicología individual por otra.

Pero el señor Terán se equivoca cuando enarbola el ideal de fraternidad frente a las tendencias nacionalistas y sociales. El error está en pretender colocar en el mismo terreno dos hechos de diversa naturaleza. Tanto el nacionalismo como el socialismo, tienen sus raíces en la estructura misma de la sociedad, en los elementos que la constituyen, desde los raciales hasta los económicos; en cambio la fraternidad es un ideal que tiende a resolverse en el individuo por un fenómeno subjetivo. La Revolución Francesa—creadora de la democracia liberal e individualista que hoy ha envejecido y se desploma—proclamó la fraternidad como principio revolucionario, porque la Revolución como reacción que era contra el absolutismo, la tiranía y la esclavitud, redimía al hombre, exaltaba el valor humano, por medio de la nivelación que implica la igualdad y por medio del amor que entraña la fraternidad.

Otra divergencia sería con el señor Terán. Él dice a las nuevas generaciones: no os entregéis nunca sin reservas a las verdades de vuestro tiempo. Nosotros decimos todo lo contrario al hombre de la Nueva Generación: entrégate sin reservas a las verdades de tu tiempo, porque tú no puedes hacer otra cosa que vivir la hora de tu destino, con su verdad y con su error; porque tú no puedes vivir

a un mismo tiempo el presente y la posteridad, el presente que actúa y la posteridad que juzga, la actualidad que hace y el futuro que rectifica. Tu habrás vivido si has hecho historia y la historia es rectificación constante.

Léase ahora el artículo de Juan B. Terán, y léase con amor porque es de un hombre que acierta y se equivoca con altura.

«No busquemos el porvenir de la América española en su pasado, como tampoco lo está para España. Está, al contrario, en la superación del pasado, por selección de lo propio y por asimilación de lo extranjero, es decir, por una labor íntima de transformación y perfeccionamiento.

Contra tal plan conspira un "nuevo americanismo" que consiste en la recusación de Europa y en el endiosamiento de lo vernacular.

Pero, ¿qué es lo vernacular en la América española? ¿Cuál es su historia de los últimos ochenta años sino un proceso de europeización radical?

¿Debemos descartar, para reconocer una Argentina auténtica, la incorporación a su vida de varios millones de extranjeros, que llegan a formar la cuarta parte de su población en 1895 y casi la tercera en 1914? (datos de los censos respectivos).

Cuando el nuevo americanismo se declara decepcionado de Europa, no distinguimos en ella sino dos fases muy diversas: la faz política y la de cultura, es decir, lo que hay de más externo y lo que hay de más recóndito.

La cultura no es un fruto silvestre, sino un producto histórico. La cultura europea es una conquista definitiva, incorporada al patrimonio moral de la humanidad, cualquiera sea el destino político de los pueblos que la han creado.

Por grande que sea nuestro entusiasmo en presencia de chispazos aislados de la cultura hispanoamericana, no podemos desconocer que es precaria y débil y no forma, como se requiere para que sea verdaderamente una cultura, la entretela del pueblo.

América ofrece signos de superioridad que nos impresionan fuera de medida, sin reparar que no atañen a la psicología social, a su sensibilidad profunda, como es el de carecer de pependencias fronterizas, de odios de raza, que socavaron, en verdad, la vida europea y la precipitación en la Gran Guerra.

Pero esa superioridad será descalabrada justamente por el nuevo americanismo que, al predicar el recelo y el desdén por Europa y Amé-

rica del Norte, predica en el fondo también un nacionalismo: un nacionalismo continental.

Somos tan fundamentalmente occidentales, sin embargo, que al negar a Occidente mostramos nuestra filiación. Es curioso, en efecto, ver cómo en este desentendimiento de Europa y proclamación del fracaso de su civilización, con miras a constituir una propia, reflejamos puntualmente los movimientos de ideas que en Europa se originan.

Ese nacionalismo continental es un trasunto del particularismo observado en Europa después de la Gran Guerra, como son resonancias europeas la filosofía irracionalista y el romanticismo renaciente que se difunden ahora y las mismas novelorías en arte y literatura.

Como en todas las resonancias, el sonido original pierde claridad y entereza. La anarquía ideológica de Europa se vuelve más discordante en América. Se entretujan bajo la misma bandera y en entusiasmos conjuntos las más contradictorias filosofías: realistas e idealistas, positivas y místicas.

Para expresar el estado de alma actual sería más exacto decir que es sobre todo de una gran inquietud. Más que corrientes filosóficas nos conmueven fantasías de poetas y novelistas. Nos ha impresionado el verbo estremecido de Romain Rolland y el realismo trágico a lo Henri Barbusse. Encontramos fácilmente motivos para desconfiar de Estados Unidos y apasionarnos de la Rusia de Lenin. La escasa comunicación con aquel país y la ignorancia de su lengua nos impiden ahondar en su alma, y en cuanto a Rusia, conocíamos su revolución a través de los poéticos velos de la lejanía.

## II

La juventud universitaria de América reclama nuevos ideales y se dispone a conquistarlos. El fervor de la voz ahoga un poco las palabras. Más parece un júbilo vital que una ambición filosófica. Es, sobre todo, un ansia de expansión de fuerzas frescas.

Se han producido un acercamiento y una comprensión recíproca de los países hispanoamericanos, que nos aproxima al ideal de fraternidad, por cuyo advenimiento suspiraron los revolucionarios de la Independencia. Un más vasto escenario espera a las nuevas generaciones de América. De feliz augurio son estos factores, que es necesario preservar y hacer fructificar.

Bien está que la juventud se rehuse a mendigar ideales y no se sienta contenta con gozar de la prosperidad de factorías.

Alabemos el afán espiritual de los jóvenes, alabemos su designio lírico de cortar amarras y lanzar la proa audaz bajo el signo de nuevas constelaciones.

Pero no arriesguen la empresa sin una carta de marear. Como ellos no llevan en su barco solamente su fortuna, sino el corazón de quienes, en pequeño o en grande, hemos hecho de la faena, como paternal de la educación, la vocación de nuestras vidas, tenemos el derecho de sugerir algunas indicaciones para la ruta.

No olviden que si excedemos a Europa en cuanto estamos libres de odios internacionales, nos roe la discordia interna en toda nuestra América. Clamanos contra la influencia extranjera, en lo que a veces queremos ver la vanguardia de la temible penetración pacífica, y contra la presencia, cuando no la intrusión, norteamericana en las Antillas. Pero esa influencia nos ha redimido de la incultura, y en cuanto a la segunda llega por causa de nuestros errores cuando no al llamamiento de una facción vencida o despechada del país intervenido.

En este caso como en tantos otros buscamos fuera de nosotros el mal que está en nosotros mismos.

No medimos bien nuestras fuerzas, y de ahí se originan otros peligros que hemos de sortear. Uno consiste en un prejuicio que llevamos engastado en la médula: el prejuicio de considerar que, entre otras virtudes reales, tenemos los hispanoamericanos la de generosidad, el desdén por el dinero, carencia de codicia. De rechazo atribuímos el vicio contrario a los demás pueblos.

Nuestro desinterés, el desinterés español, que es el nuestro, consiste no en despreciar el dinero o lo que equivalga, sino en despreciar el trabajo que granjea el dinero metódicamente y amar el juego, el golpe de azar, el ingenio audaz que lo conquista en un instante, sin fatiga y con donaire.

Nuestra sensualidad de meridionales nos incita febrilmente a la ganancia fácil.

Ramón y Cajal, maestro, si los hay, de nuestra raza, dice: "El ideal del hispano de toda catadura es jubilarse después de breves años de trabajo... y si es posible antes de trabajar".

Ramiro de Maeztu acaba de decir en "*La Prensa*": "¡Qué no sería de España si hubiera puesto en el cuidado de las tierras y de las profesiones los empeños que se han invertido en la obtención de títulos, hábitos y condecoraciones, es decir, de becas".

Otro prejuicio es el de considerarnos dueños de riquezas naturales incomparables.

Hay, sin duda, en América secciones dotadas de un opulento patrimonio, pero son muy vastas las que carecen de él o lo tienen menguado por falta de cosas esenciales, como carbón y hierro la Argentina, tierra fértil como Chile, clima saludable o lluvias oportunas como otras.

Estamos lejos de poseer la reserva inmensa de combustible de Esta-

dos Unidos, sus vastas praderas, sus extensas y hospitalarias costas fluviales y marítimas.

Aunque esto no fuera verdad, la riqueza natural nunca es decisiva, porque lo único decisivo es el hombre.

Es por ello que debemos considerar como la peripecia más feliz de la historia de América la incorporación a su vida de caravanas desprendidas de las razas más eugénicas de Europa. Acabamos de recordar que en cierto momento casi la cuarta parte de población argentina era extranjera.

Hay ejemplos históricos — como la Roma antigua y la Inglaterra moderna — que parecen mostrar que las civilizaciones originadas por pueblos étnicamente heterogéneos son más poderosas y duraderas.

Mirando siempre el factor humano, agreguemos que, en lo que va de este siglo, América ha sido beneficiada con los progresos de la higiene y de la ciencia sanitaria más que ningún otro pueblo en cualquiera otra época, porque ha entrado en el disfrute súbito de conquistas logradas en ese orden por Europa durante largas décadas.

En colaboración con este factor, el cultivo del deporte ha cundido por ciudades y campos con rapidez no igualada por ningún movimiento popular.

## CeDInCI III

Usufructuarias de esta copia de ventajas morales y materiales, con el escenario ensanchado para su acción por el progreso de "fraternidad americana", ¿hacia qué rumbo ideal han de enderezar sus esfuerzos las nuevas generaciones de América? ¿Hacia el iberoamericanismo, hacia el panamericanismo?

Todo americanismo que sea negación de humanismo es lo menos revolucionario que conoce la historia. Para tales fines no vale la pena gallardear el penacho de una cruzada. Son los que alentaron las viejas culturas y llevaba en su entraña la vida colonial.

Lo revolucionario, lo creador, lo condigno de una gran ambición, es arraigar en el mundo lo que fué conato y aborto en el pasado y en el presente.

Si América tiene una vocación manifiesta y hay un destino vacante en el mundo, es el de la universalidad.

Si hay una originalidad en nuestra historia, es la del ciclo que inauguraron los padres de la Independencia, llamando con una voz que se oía por primera vez, a tierras de libertad y de trabajo, a todos los hombres.

A ese ideal ecuménico de fraternidad ha de consagrar la juventud americana la pujanza espléndida.

Bien sabemos que tal ambición, como concepción filosófica, no es una nueva palabra revelada a los hombres, pero sí sería profundamente original realizar lo que ha sido largamente aspirado, sin alcanzarse.

No haya adoración ni desdén por el pasado ni el presente. El desdén es incompresión y superficialidad elegante. La adoración es renunciamiento a lo que ha de venir, es decir, a la mayor esperanza.

A los dos ideales que se disputan el predominio — nacionalismo y socialismo —, hay que oponer el que los supera: fraternidad.

El nacionalismo hace de la humanidad secciones verticales, separando pueblos por sus fronteras. El socialismo hace secciones horizontales, separando la humanidad por clases.

Ambos se fundan en razones exteriores al hombre: raza, accidente geográfico el uno, medio económico el otro.

De ninguna de esas condiciones es responsable el hombre.

El ideal de la fraternidad se funda en el hombre mismo. Para lograrse no hemos de mirar sino a él.

Pero el nuevo ideal no ha de buscarse por caminos nuevos.

Son viejos, perdurables, arduos. Son los que Sócrates señalaba hace 25 siglos: el ahondar en sí mismo, ser el artesano de la propia vida.

Para ello no hay fórmulas mágicas; no hemos de confiar ni en dones naturales, ni en privilegios de raza. Tales fórmulas son el evangelio de perezosos, de jugadores, de iluminados. Se alcanza superioridad por un esfuerzo asiduo de concentración. Pretender obtenerla por sortilegio o por elección misteriosa es caer en el egocentrismo de las tribus que se reputan, cada una, el eje del mundo.

“El humilde vegetal, merced a la función clorofiliana, nos da el mejor ejemplo de la fecundidad de la labor solitaria y continua”, dice Ramón y Cajal.

Esa pequeña cantidad de energía ha creado, a fuerza de siglos, la formidable reserva de combustible de los terrenos carboníferos, es decir la luz de nuestras veladas y el pan de todas las industrias.

Antes de requerir las armas contra el mundo, vuévelas contra tí, convertidas en el cincel de tí mismo. Casi todos morimos de nosotros mismos, o por vanidad, o por codicia, o por desenfreno.

Unámonos a España en esta tarea de concentración espiritual, y nada haremos más digno de nuestro amor por ella y de nuestra admiración por sus glorias.

Nos son comunes calidades, problemas y males. Tal es, también, la prédica de sus mejores hijos.

Por ser, pues, el individuo la fuente de la cultura y del progreso, debemos abandonar dos ilusiones caras para la América española: la del poder milagroso de la ley y la provincia del Estado. En realidad, son una sola. Representan la ambición de dispensarnos del esfuerzo perso-

nal. No hay más leyes valederas que las ordenadas por la armonía interior de los espíritus.

Queremos hacer del Estado una madre artificial que reemplace a la madre verdadera, que es la tierra y su laboreo. Nos desalamos por trepar los frágiles brazos de la imponente andamiada del Estado, sabiéndolos, sin embargo, atados por los lazos quebradizos del favor político. Es así que a lo mejor nos venimos al suelo.

Después de las advertencias, de acuerdo con la costumbre cordial con los viajeros, no vienen mal un amuleto. El azar lo hizo conocer a un joven hace 25 años, pasados los cuales, puede certificar su gracia.

Es este: no te entregues nunca sin reservas a las verdades de tu tiempo, sobre todo si es el tiempo de tu juventud.

Es muy frágil el vaso de las ilusiones juveniles. En el momento más agitado de la ambición perdemos nuestra prenda más querida, como Eneas o Creusa, en el poema de Virgilio. Nos queda, entonces, para llenar nuestra vida, como al piadoso y esforzado hijo de Anquises, la tarea de luchar y la gloria de fundar cada cual nuestra pequeña Roma, asistidos por la virtud — que viene de *vir*, que quiere decir varón — es decir por la fortaleza varonil para decidirnos por la heroica esperanza de poner nuestras manos pasajeras en la construcción de cosas perdurables.

JUAN B. TERÁN

## El mensaje de Franco

**E**L aviador español comandante Ramón Franco, que en forma tan brillante ha realizado el vuelo trasatlántico Palos de Moguer - Buenos Aires, trajo para los catedráticos y estudiantes de la universidad argentina el saludo de la Universidad Central de Madrid.

SAGITARIO recoge con viva complacencia el ademán cordial de la prestigiosa institución madrileña, que ha de tener un eco simpático en todos los centros culturales de nuestro país, y sin detenerse a considerar el sarcasmo que implica recibir un mensaje de paz y fraternidad de manos de quien, para cumplir tan noble misión, ha debido interrumpir la otra que lo tiene dedicado a matar los moros de Marruecos que luchan por la libertad.

Apropósito de este asunto, no hemos de ocultar las reservas que provoca en nuestro ánimo el entusiasmo delirante y estrepitoso con que la multitud porteña recibió a los emisarios de la nación española. Buenos Aires, esta «sensual histerota» que vive a la pesca de sensaciones fuertes; híbrida de cosmopolitismo; de espíritu ligero y toronado por la crisis crónica de sus nervios enfermos, nos tiene sobradamente acostumbrados a estos sus amores que duran lo que dura la presión del incentivo sobre la médula. Buenos Aires deliró con el príncipe Humberto de Savoya; porque era una «monada»; aclamó, al Príncipe de Gales pidiéndole el latigazo de sus «guarangadas» y glorificó al comandante Franco porque se había portado como un gran deportista al realizar un acto de arrojo y «ganársela» a Casagrande. Y así, romántica cursi con el princesito, voluptuosa sádica con el «clubman», ocioso y heroína de olimpiada con el gallego corajudo, la «gran aldea» de ayer, matriz del pueblo argentino, es hoy la urbe inmensa y sin alma que ahoga con sus gesticulaciones y gritos de poseída, la expansión del verdadero espíritu nacional.

Estamos, pues, muy lejos de dejarnos engañar por las protestas de «amor a la madre patria» con que Buenos Aires regala nuestros oídos de sinceros amantes de España. Demasiados petardos, demasiados colorinches, demasiadas luces, demasiada declamación con ademanes dramáticos y voz ahuecada. Esto no nos dice nada, como no sea que efectivamente hoy más que nunca la prensa dicta su ley. Buenos Aires danza a capricho de ella y en su provecho.

Por eso damos importancia al mensaje que Franco trajo de la Universidad de Madrid a la de Buenos Aires. El porvenir de la fraternidad hispano-argentina está en lo que pueda elaborarse en aquellos silenciosos retiros, de donde saldrá el amor consciente y reflexivo hacia España, impreso en el pensamiento argentino.

He aquí el texto del mensaje:

“Los aviadores españoles, en el propósito de su magna empresa, no pensaron sólo en realizar la posibilidad de la incierta y peligrosa travesía del Océano atmosférico, sino que movidos, además, por un impulso de afecto, sintieron el deseo de aterrizar entre gentes de su raza para recibir abrazos fraternales y felicitaciones en su lengua nativa.

“La Universidad, que siente la más viva complacencia en haber otorgado la investidura de doctor “honoris causa” al rector de la Universidad de Buenos Aires y al profesor doctor Avelino Gutiérrez, envía a los catedráticos y a los estudiantes de la Universidad Argentina, por conducto de los aviadores españoles, la calidad expresada de los sentimientos que a ellos animan y su deseo de la más amplia reciprocidad en nuestras relaciones de cultura espiritual. (Firmado): José Rodríguez Carracido, rector”.

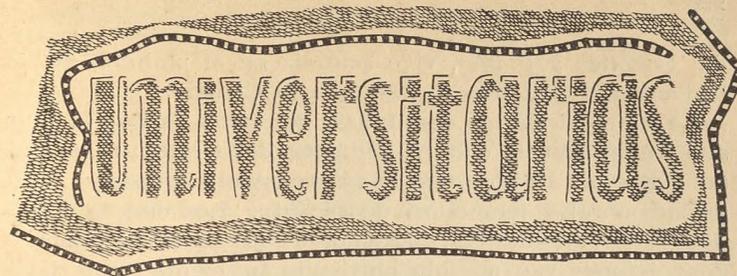
Julio A. Mella

**E**N Cuba el estudiante Julio A. Mella fué encarcelado por el gobierno, acusado de propagar ideas subversivas y llevar a cabo la acción correspondiente. La causa aparente era el estallido de un petardo, hecho con el cual se le decía comprometido a la vez que un grupo de trabajadores. Pero no era secreto para nadie, el verdadero móvil de aquel atropello de la autoridad. Mella es el «leader» en su país del movimiento estudiantil y proletario que persigue la redención del pueblo cubano, sometido a la esclavitud apenas disimulada de la plutocracia norteamericana.

Pero el dirigente cubano es del temple de los que con Haya de la Torre, Seoane y tantos otros, constituyen la falange inquebrantable cerrada frente a los tiranuelos y déspotas de Latino-América, y por eso supo oponer al atropello de la fuerza bruta, su fortaleza espiritual, demostrando con una huelga de hambre mantenida durante 18 días, que con su muerte no se extinguía la noble empresa a cuyo servicio consagraba la vida.

El pueblo de Cuba llegó en seguida al contenido simbólico de aquel gesto sublime, y estuvo al lado del joven estoico, pidiendo en toda forma por su libertad, que era pedir por su vida. De todos los países de Latino-América, llegó en aquellos angustiosas días, la voz de aliento para el hombre que iba a cerrar sus luchas por la libertad recuperando la suya propia con la muerte, y para el carcelero, la voz enérgica que emite palabras de súplica, pero cuyo tono lleva la condenación rotunda y la amenaza. La Argentina estuvo representada por la Unión Latino-Americana, el Partido Comunista y un grupo de senadores nacionales.

Julio A. Mella fué puesto en libertad a los dieciocho días de huelga de hambre y cuando su vida estaba a punto de extinguirse. SAGITARIO rinde homenaje al joven «leader» del movimiento de solidaridad continental y emancipación de los pueblos de América-Latina y destaca el hecho para demostrar como va haciéndose de efectiva la vinculación espiritual de los pueblos del continente Sud.



Ricardo Rojas

LOS azares de la política universitaria han llevado a la rectoría de la Universidad de Buenos Aires, a Don Ricardo Rojas. Esta vez la justicia inmanente se impuso a la precaria justicia de los hombres. Rojas debía ser rector, pero no resultaba así de la lógica resultante del juego de intereses transitorios. Las personas que encarnaban esos intereses llegaron un momento dado a neutralizarse y por el hueco del «punto muerto» se introdujo el «aleas», para hacer triunfar a la verdad. He aquí cómo, apesar de la universidad, la universidad ha sido prudente y sabia, entregándose a un hombre que le hará bien.



Cantemos loas a la universidad que, a despecho de los hombres que la componen, ha producido un acto grávido de enseñanzas. Con él nos ha dicho cosas de una sabiduría que colma la de todos sus maestros juntos y sobrepasa a la prescripta para las aulas. Es una sabiduría humana y universal. ¡Ah, la pobre Cenicienta! Desde que abandonó los pórticos de Atenas y se soltó de las manos

de Sócrates y Platón, vive sentada en el umbral de la Universidad espiando la fiesta de la Ciencia.

La primera de las enseñanzas referidas es que la más alta institución de cultura del país, debe estar representada por un hombre que haya demostrado poseer integridad moral y templanza de espíritu. Los cargos directivos de esta naturaleza, alrededor de los cuales las nuevas generaciones van no solo nutriendo su mente sino también formando su «psichis», requieren además de la capacidad técnica, un aporte de carácter ético, capaz de influir beneficiosamente en la tonificación del espíritu colectivo que da vida a la universidad.

La dirección de ésta concrétese entonces en una función técnica y otra moral. Para la primera se requiere un conocimiento completo y un criterio hecho sobre la economía general del organismo administrativo. La segunda sólo puede llenarse mediante la gravitación de una fuerza que se hace efectiva por acción de presencia, es decir, por el ejemplo de una vida honesta, definida y vigorosa.

Rojas satisface ampliamente los dos requisitos y por eso la Universidad nos lo ha llevado al sitio de honor. Descartemos a la técnica, pues basta con recordar que el nuevo rector lleva más de tres lustros de vida universitaria, entre los institutos de La Plata y Buenos Aires.

Detengámonos en cambio en el segundo aspecto.

Es fuerza para ello levantar la punta del velo que el olvido echo sobre las escenas dolorosas y sombrías que se produjeron durante los años 1918 y 1919, en la historia de la universidad argentina. Se ha dicho: la Revolución Universitaria no acarreó males; los puso de manifiesto. Uno de ellos, el más grave quizá, fué la existencia de una crisis de carácter en los hombres que hasta esos momentos habían dirigido sin control a la universidad. Tanto en la función de nutrir y orientar la cultura desde la cátedra, como en la de dirigir la tarea docente desde el sillón académico, no había de hecho responsabilidad. Lo uno y lo otro

eran sendas canongías para solaz y provecho de sus beneficiarios.

Pero llegó el movimiento estudiantil y puesto en juego el principio de negación, de discusión y de crítica rigurosa para los hombres y las ideas de la Universidad, la cátedra trocóse de pedestal en lápida y el sillón de consejero, de cómoda poltrona en banquillo. Se vió entonces rodar con estrépito la fama de los prohombres y reducirse a cosa de poca monta su austeridad. Sabían ellos sobradamente que la consistencia de sus personalidades tenían una relación demasiado estrecha con la impunidad que hasta entonces prestara la cátedra, y, comprobado que aquella desaparecía, comenzó a torturarles la conciencia este dilema: o eludir la prueba entregándose a los estudiantes o resignarse a perder las posiciones cuando estaban a punto de consagrarse con la complicidad del tiempo y el silencio.

Todos se entregaron. Rojas, no. Bien entendido que nos referimos a aquellos a quienes se les dejó optar. Rojas afrontó la prueba en aquel turbio movimiento estudiantil de la Universidad de La Plata. Fué el enemigo; el verdadero, el único enemigo. Están allí los ejemplares de la «Gaceta Universitaria»,—órgano oficial de publicidad de la revuelta estudiantil—donde pueden seguirse paso a paso las alternativas del patético duelo entre las multitudes libertarias de la nueva universidad y un hombre que, afrontando la furia, el denuesto y el escarnio, salía a la palestra en defensa de los prestigios de la universidad tradicional. Rojas se equivocó, porque ésta no tenía prestigios que defender y porque la Revolución Universitaria, aún con la grosera adulteración que sufría en el movimiento de La Plata, era una verdad histórica y el exponente de una fuerza de renovación social. Pero no interesa esto, pues tratamos solamente el valor ético de la actitud.

Rojas fué finalmente arrollado por la revuelta y solo entonces se retiró de la Universidad de La Plata, hogar amantísimo donde se lo acogiera sin preguntarle por su tí-

tulo académico y donde inició la carrera docente que veinte años más tarde le daría el doctorado «honoris causa» y el rectorado de la Universidad de Buenos Aires.

Este hecho en la vida pública de Rojas dá singular relieve a su perfil moral, que adquiere su mayor nitidez sobre el fondo sombrío que la crisis general de carácter que anotábamos, pone en el cuadro de la Reforma Universitaria. Rojas quedó sangrando de aquella ruda batalla y aún nos arriesgaríamos a decir que le provocó largas horas de dolor y amargura. Sólo así se explica que al año siguiente, 1920, en su obra más celebrada, se dejase traicionar por su estado de ánimo, asentando este párrafo en la portada:

«El tiempo que destinaba a la publicación de este volumen, ha sido sacrificado por la huelga universitaria de La Plata, donde mi cargo en el Consejo Superior me impuso ingratos deberes que no podía declinar. Entiendo haber servido allí a la cultura patria tanto como pudiera servirla con este libro; pero es lamentable que la función universitaria—donde esta obra tuvo en parte su origen—se haya tornado ocasión adversa para tareas de esta índole, a causa de la reventazón de odios que, en nombre de un fingido ideal, está agrietando el suelo donde necesitamos asentar nuestra educación.

*«(En la «Advertencias» al tomo III de la «Historia de la Literatura Argentina»).*

Decíamos por eso al comenzar que Rojas puede desempeñar la función moral que una personalidad vigorosa debe hacer efectiva por acción de presencia desde el rectorado de la Universidad, porque ha demostrado, al salir victorioso en la dura prueba de la Revolución Universitaria, que hay en él una vida honesta—esa honestidad que solo se cumple cuando en el fondo de la conciencia se conserva el hombre fiel a sus convicciones,—definida, pues tiene errores pero no dobleces ni ambigüedades, y vigorosa hasta haberse sentido fuerte cuando todos flaqueaban.

Dejamos dicho en la enumeración de las enseñanzas que con la elección de Rojas nos ha brindado apesar suyo la Universidad, que en su dirección hay una función técnica y una ética. Falta la tercera: la función de pensamiento. También nos ha enseñado esto la Universidad.

A este respecto nos parece oportuno traer un antecedente. En 1925, en una requisitoria presentada contra el decano por los consejeros estudiantiles de la Facultad de Derecho, se decía: «Los centros de altos estudios deben dirigir su acción consultando el medio ambiente en que se nutren, y si esto ha de ser así, la persona que se halle al frente de aquellos debe poseer una ilustración lo suficientemente vasta y un conocimiento de los problemas nacionales en medida tal, que lo pongan en condiciones de poder determinar la medida y la forma en que han de relacionarse la labor del instituto con aquellas que cumplen todas las fuerzas sociales que actúan a su alrededor».

Tal principio enunciado con respecto a la función del decano de una Facultad de Derecho, puede ser aplicado, dándole sus más vastas proyecciones, al caso del rector de una Universidad. La de Buenos Aires acaba de consagrarlo tácitamente, eligiendo a Rojas, a la vez que reprobaba la costumbre erigida en ley de tener por aptos para el más alto cargo, solamente a los veteranos de la docencia, aunque no hubiesen levantado la vista durante toda su vida del texto de su especialidad científica.

Al decir nosotros que la universidad debe ser presidida por un hombre de pensamiento nutrido en el conocimiento y estudio de los problemas nacionales, hemos querido referirnos al pensamiento activo y renovador, sensible a la presión del medio ambiente. Con su elección la asamblea universitaria ha querido decir esto, pues sabía bien que Rojas encarna aquel pensamiento.

Tres documentos lo comprueban sin dejar lugar a dudas: la «Profesión de Fe de la Alianza de la Nueva Generación» en enero de 1919; el dictámen en el Consejo Superior sobre la contra-reforma del Estatuto Universitario, en junio de 1923 y el discurso en noviembre del mismo año, pronunciado en el banquete que la juventud de vanguardia representada por las revistas «Nosotros», e «Inicial», le dieran con motivo del Premio Nacional a la «Historia de la Literatura Argentina».

En estas tres oportunidades, Ricardo Rojas demostró comprender la hora que vivía el país, descubriendo primero y reconociéndolo reiteradamente después, que todos aquellos dolores que brotaban como de la entraña de la nación, durante el lustro incierto de 1918-1923, eran provocados por el alumbramiento de una nueva generación. Rojas la presintió cuando en 1919 aún no había dado su primer rizado y ya intentó hacerle conocer su destino. Desde el escenario del Teatro San Martín de Buenos Aires, proclamó el nacimiento de una Nueva Generación histórica, estableciendo su divorcio con la precedente, llamada «de la Constitución». Lo enunció con estas palabras, que sintetizan el contenido de la «Profesión de Fe».

«Los iniciadores de esta obra saben que la nueva generación trae una sensibilidad y un ideal nuevos a la historia del país. Por su manera de sentir la propia vida y de practicar la acción civil, ella se reconoce diferente de la generación anterior. Tal cosa bastaría por sí sola para señalar su advenimiento en la historia nacional; pero creemos que ha llegado la hora de definir la entidad nueva con nombres, ideas y actos más concretos, porque estamos convencidos de que los viejos núcleos de opinión han agotado su idearium y quebrantado su fé. La República ansía una renovación de temas y de métodos en la acción social. La crisis interna y externa que atravesamos, señala el momento de iniciar esa renovación, y la promovemos con esta *Alianza*, para deslindar las responsabilidades de

la época contemporánea y reanudar, como lo creemos posible, el hilo roto de la Emancipación y de la Constituyente».

La empresa pretendida por Rojas fracasó porque, adelantado con exceso en su visión del futuro, tomó a la Nueva Generación cuando aún no había llegado a la edad de discernimiento. Pero el hecho de la aparición de aquella quedó en pie y apenas un par de años después la Profesión de Fe pasó a ser una profecía.

Tiempo después, desde el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires, y en circunstancias en que la alharaca de los mercaderes del templo hacía presumir a los incrédulos y a los oportunistas, que había vuelto la época de los fariseos; cuando muchos dudaban de la Reforma y otros tantos la negaban en su más mínima trascendencia, Rojas redactó el dictamen de la mayoría, sosteniendo el principio de la representación estudiantil con el número y mecanismo que le permitiera ser una función efectiva. Pero más valor que esto, si cabe, tiene el hecho de que Rojas vinculara la Reforma Universitaria al fenómeno social e histórico porque atravesaba el país, dando así la oportunidad para que en un documento oficial, emanado del seno de la más alta autoridad universitaria, quedase reconocida la trascendencia histórica de la Revolución Universitaria y quedara desautorizada la superchería fraguada por la reacción, de que la Reforma era una mera cuestión de disciplina provocada por la implantación del régimen electoral que dá derecho de voto y de opinión a los estudiantes.

Rojas redactó, firmando con él los consejeros Iribarne, Marotta y Nielsen, las siguientes consideraciones sobre el punto que comentamos: «La crisis que padecemos — crisis social de la que el problema universitario sólo es un episodio — reconoce causas generales, entre las que debe contarse nuestra condición de pueblo nuevo, pero también reconoce causas actuales e inmediatas, provenientes de la política interna y de la vida internacional.

«La sensibilidad de nuestro tiempo se ha formado ante el espectáculo de la guerra europea, ante el cataclismo de la revolución rusa, ante la caída de dinastías seculares, ante la negación de todas las gerarquías, ante la glorificación amoral de la fuerza.

«Mientras tales sucesos se consumaban en el resto del mundo, dentro del país se glorificaba la revolución y la falta de respeto al pasado de nuestra cultura.

«Todo ello ha sido causa de indisciplina; y para probar que esta no viene sino en mínima parte del régimen electoral, bastará tender la mirada sobre el campo más extenso de nuestra indisciplina pedagógica, recordando las huelgas agresivas que se produjeron en casi todos los colegios nacionales, donde, sin embargo, los estudiantes no votaban.

«El estatuto universitario de 1918 coincidió con ese momento, y desvirtuóse en la acción porque el bolcheviquismo era entonces una moda intelectual propagada por maestros, políticos y escritores prestigiosos.

«Hoy, en cambio, va haciéndose moda el hablar mal de la democracia, a la que debemos nuestra existencia como nación, y se oye elogiar gerarquías impuestas por la fuerza; lo cual es solo otra forma de acción directa al revés».

El que así se expedía desde el más alto estrado académico de la Universidad de Buenos Aires, ratificaba en la noche del 15 de noviembre de ese año, ante los exponentes más calificados de la Nueva Generación, reunidos en el referido banquete, su fe en ella y en la obra que venía a realizar.

«Para no hablar de mí — dijo, enunciando el tema de su disertación — voy pues a hablaros de lo que representan en los actuales momentos de la historia argentina, esos núcleos de juventud que se agitan en las Universidades, en los Ateneos, en las Revistas; esos que están cubriéndose con el nombre de «nueva generación»; que es-

tán siendo hostilizados por incomprendiones de izquierda y de derecha; que están, en fin, levantando la bandera de sus inquietudes, ansiosos por formar un programa de renovaciones *acreedoras*». Después de decir que interesaba saber «si el ciclo anterior tiende a cerrarse y si ha llegado una nueva generación argentina distinta de las otras, no por la edad, sino por el contenido espiritual preñado de nuevas realidades futuras» declaró en forma rotunda: «Ahora bien, ciudadanos: *yo afirmo que una nueva generación espiritual ha llegado para entrar en la historia argentina*».

Así enunciado y proclamado el hecho histórico más trascendental de la última década y en tal forma relacionado con la Revolución Universitaria, no hay como dudar de la posición adoptada por Rojas frente a los acontecimientos que tienen revolucionado al medio social de nuestro país, ni razón alguna que impida contarlos entre los hombres de pensamiento activo que acompañan y alientan a la Nueva Generación Argentina en su cruzada, una de cuyas fases más interesantes es la lucha dentro de la Universidad.

La de Buenos Aires sabía todo esto, a no dudarlo, cuando eligió a Rojas rector, y por eso comenzamos cantándole loas. Daba una altísima lección de «sabiduría humana y universal», declarando tácitamente que a su cabeza debe estar un exponente del pensamiento argentino, animado del calor de los grandes debates que dan vida al período actual en la evolución de la conciencia histórica.

No en balde dijimos al principio que la Universidad había producido un acto grávido de enseñanzas: aún nos queda otra por comentar. Se refiere al hecho de haber elegido rector a un hombre sin título universitario. Como

el comentario público se ha bordado preferentemente sobre este aspecto de la elección, no le dedicaremos más espacio que el necesario para adherirnos a la unánime aprobación y para destacar algún sentido no recordado de su significación.

Con ello, la Universidad ha consagrado en su más alta expresión el principio máximo de la Revolución Universitaria: *la Universidad es de todos y para todos*. Si aquí estamos, han querido decir los doctores, para patentar la capacidad intelectual y estampillar el pensamiento, no quiere decir ello que nuestra casa sea sólo una fábrica de títulos y si expedimos certificados de idoneidad es nada más que cumpliendo una función que el Estado nos impone como organismo suyo. Pero muy lejos estamos de entender que a esto se reduce nuestra misión. Por encima de todo estrecho concepto burocrático, tenemos a la Universidad por una institución donde se elabora el pensamiento. La Universidad no puede creerse investida de la facultad milagrosa de producirlo exclusivamente y por eso ella debe estar abierta a todos aquellos que puedan contribuir a su elaboración, así como dispuesta siempre a dilucidar todos los problemas, aunque no estén en sus planes de estudio o en sus programas. Entendemos, en síntesis, que la Universidad es, más que un instrumento del Estado, un exponente de la sociedad. Por eso hemos elegido a Rojas.

Todo esto dijo con su voto la asamblea de doctores que llamó a presidirlos a uno que no lo era, Y aún lo realzó dándole el carácter de homenaje a los autodidactas fundadores de la república, como Rivadavia, Sarmiento, Mitre, Urquiza.



Tenemos el derecho de esperar de Ricardo Rojas la realización desde el rectorado a la Universidad de Buenos Aires, de una obra que responda a las aspiraciones de la Nueva Generación y a las necesidades apremiantes

de la cultura nacional. La Universidad en sus manos debe ser el instrumento para poner en obra los ideales renovadores tras aquella. No es dable esperar que Rojas olvide en el rectorado lo que dijo e hizo como pensador y ciudadano de la república. La acción civil que él tanto ha exaltado tiene que cumplirla desde el alto cargo que hoy ocupa y hacerle desempeñar la altísima función que los actuales momentos exigen, dando oportunidad para que se empleen a los hombres nuevos agitados por inquietudes transcendentales que él ha demostrado comprender.

Y desde ya le proponemos un programa. El ha reconocido que la Nueva Generación se agita en una inquietud de renovación; que se sabe llamada a revisar y reconstruir desde sus cimientos las instituciones de la república; que sólo así se encauzarán sus energías y dará satisfacción a sus ideales. Su «Alianza de la Nueva Generación» tenía por objeto fundamental proporcionarle el medio de cumplir su destino sobre aquellas bases. No otra cosa significa la sistematización de la «Alianza» en tres organismos: «Instituto de estudios argentinos», «Juntas Universitarias» y «Comité Nacional de la Juventud», el primero de los cuales reviste ahora singular importancia, por el fin que se le asignaba entonces «a la solución de los problemas argentinos».

Organice pues Rojas el rector lo que ideó Rojas el promotor de la «alianza». Que cree dentro de la Universidad un organismo que refunda aquellos tres y que podría llamarse «Instituto de altos estudios», con el fin de consagrarse a la revisión de las instituciones fundamentales del país. Daríanse allí cita de honor los hombres de la Nueva Generación, porque sabrían que el solo hecho de crearse aquel organismo, significaría un llamado, un reclutamiento y una invitación conminatoria que les dirige la Universidad, a concretar sus aspiraciones, a probar la consistencia de sus ideas y, en definitiva, a demostrar que efectivamente está llamada a los grandes destinos de que se dice investida.

## Otra tentativa de reacción contra la Reforma Universitaria

Fracasada la intentona reaccionaria que un grupo de profesores de la Facultad de Derecho de Buenos Aires organizó el año pasado contra el nuevo régimen administrativo y docente impuesto por los estudiantes en la universidad argentina, damos la noticia hoy de una nueva tentativa, esta vez en la universidad de La Plata, tendiente a anular dos principios fundamentales de la Reforma Universitaria: el de la publicidad, que dió por tierra con las componendas, "gauchadas" y cubileteos de las viejas camarillas, y el de la integración del organismo universitario con todos los elementos que lo componen o pueden estar vinculados a él.

La carta del ingeniero Gabriel del Mazo, ligado desde su primera hora al movimiento reformista, es lo suficientemente sustanciosa como para ahorrarnos la tarea de abundar en sus puntos de vista.

Pero, en cambio, creemos de oportunidad y de justicia recordar aquí que en 1924, en el seno del Consejo Académico de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata precisamente, hubo quien levantara su voz de protesta contra la aplicación de esta ordenanza corruptora y humillante del voto secreto en los cuerpos colegiados directores de institutos que por su alta cultura, debe suponerse los verdaderos baluartes de la dignidad e independencia personal. Nos estamos refiriendo al Dr. Juan Carlos Rébora, profesor de aquella Facultad y miembro entonces de su Consejo. El Dr. Rébora, al presentarse la oportunidad de aplicar la reforma a que se refiere el ingeniero del Mazo en la segunda parte de su carta, protestó en términos enérgicos y categóricos por este sistema del voto secreto que venía a imponerles la Superioridad, fundándose en que el principio mismo del sistema, era una imposición, un ataque a la libre manifestación de la voluntad y la opinión, y una ofensa a la dignidad del cargo de consejero, como a las propias personas que los ejercían. No satisfecho con formular su protesta el Dr. Rébora y pedir la debida constancia en acta, declaró lisa y llanamente que no acataría la ordenanza del Consejo Superior. Acto continuo y mientras todos sus colegas echaban silenciosamente en la urna la papeleta que ocultaba su opinión sobre el más apto para desempeñar una cátedra y se avenían tácitamente a reconocer que eran incapaces de afrontar las consecuencias de su voto, el Dr. Rébora al presentar su boleta, declaró en alta voz: "Voto por Fulano".

Agregaremos para terminar que con esta publicación SAGITARIO ha

querido aportar un argumento más en favor de los principios que han salvado de la ruina a la universidad en nuestro país y poner en guardia a los estudiantes sobre el nuevo golpe que se prepara en contra de sus conquistas. He aquí el texto del documento:

Buenos Aires, 28 de Enero de 1926.

Señor Doctor Antonio Sagarna

Mi estimado doctor Sagarna:

**D**E manera casual me ha llegado la noticia de que le ha sido sometido un proyecto de modificación de los estatutos de la Universidad de La Plata. Mi carácter de profesor de esa Universidad y mi interés por todo lo que concierne a la vida universitaria, me mueve a hacerle unas breves consideraciones. Los antecedentes de nuestra personal vinculación me permiten esperar que habrá de acogerlas con atención y de este modo extraer de ellas lo que pudiera haber de útil para auxiliar su decisión de ministro.

A juzgar por versiones particulares — pues no se ha publicado el proyecto — los estatutos proyectados, traen varias innovaciones respecto a los de 1920. Tales el aumento del número de actos eleccionarios en la Universidad, con lo que se contraría el principio de reducir a un mínimo la preocupación electoral; y la mayor duración para los mandatos de decano y consejero, tanto que sobrepasan al del propio presidente. Mas, se consignan dos disposiciones, que por el concepto universitario que entrañan o por su trascendencia para la vida del instituto han determinado mi decisión de escribirle. Por una de ellas, se establece definitivamente el voto secreto para el nombramiento de profesores; por la otra, se suprime la ingerencia de los egresados en la vida de la Universidad.

A comienzos del año pasado, el Consejo Superior decidió que las ternas para la provisión del profesorado y las correspondientes preferencias se votaran en lo sucesivo secretamente. A tal efecto, derogó la ordenanza vigente, contrariando la práctica uniforme en esa universidad y en las demás del país. Hoy, el nuevo proyecto de estatutos intenta legalizar ese criterio, disponiendo que la designación del profesor no escapa al régimen general eleccionario de votación secreta que establecen.

Ni la antigua Universidad habíase animado jamás a desobligar de su pública responsabilidad a los comitentes de función tan eminente. Menos podía hacerlo ahora la nueva Universidad, cuando el propio movimiento de los jóvenes que la fundaron constituyó en su significación más íntima, un justo reclamo de responsabilidad.

Así, se dijo que la Universidad constituiría en adelante una fraternidad de hombres responsables, y se acordó en consecuencia un régimen electivo de amplia publicidad que tendiera a tales propósitos. Si la elección del profesor, órgano de la enseñanza, era, como se conceptuaba, el acto administrativo más importante que la institución habría de realizar, debía rodeársele de todos los resguardos posibles y hacer de manera que la organización estatutaria concurriera adecuadamente a ese acto a fin de garantizarlo plenamente en su eficacia y en su pureza.

Para estos, más que para otros fines, en la Universidad de La Plata los consejos que habrían de escojer las ternas y discernir las preferencias, fueron establecidos en cada facultad como expresión representativa del conjunto de los cuerpos que la constituyen, haciendo participar de la elección de los consejeros no sólo a los profesores sino también a los estudiantes y egresados. Además, al sólo efecto de la elección de profesor, dichos consejos debían

integrarse extraordinariamente con representantes directos de dichos cuerpos, elevándose de siete a quince el número de sus miembros, no por cierto para diluir la responsabilidad en el mayor número, sino precisamente para hacer que un mayor número fuese responsable. El consejo así integrado debía examinar los títulos, méritos y aptitudes de los candidatos, bajo un régimen de completa publicidad, es decir, de total responsabilidad, no solo en cuanto a la elección misma, sino también en cuanto a los fundamentos que a ella conducían.

Por el sistema que ahora se adopta, se hace irresponsables a los consejeros en el desempeño de esa función esencial. Por el obligado secreto queda descartada toda posibilidad de contralor. Puede cada consejero cometer la mayor injusticia, a sabiendas, con toda impunidad, con prescindencia absoluta de los títulos de los candidatos; y las ternas así formadas son las que, aprobadas por el Consejo Superior, donde nada en contrario podrá alegarse, por el propio régimen de la votación, están destinadas, a hacer fé ante el Ministerio de Instrucción Pública.

Con motivo de la derogación de la ordenanza de voto público, promovida en primer término por un distinguido profesor, dirígeme a la presidencia de la Universidad, invocando análogo carácter y creyendo que la deferencia del Consejo Superior a esa opinión había allanado el camino para expresar la mía. Fué demorado el curso de mi solicitud, puesto que no ha alcanzado a tener conocimiento de ella el Consejo Superior; mas mi demanda posee una virtualidad que con el tiempo ha de trascender todo procedimiento.

Paso ahora a la consideración del segundo punto: el relativo a la ingerencia de los graduados en la vida de la Universidad.

El proyecto presentado a consideración del Poder Ejecutivo la suprime, anulando la conquista que implicaba y volviendo al tipo de organización universitaria que despide del instituto al estudiante una vez diplomado.

Cuando tema tan capital se trató en el Congreso de estudiantes de Córdoba (1918), — sobre cuyos votos se estableció luego el sistema de participación de graduados en La Plata, así como las nuevas formas de organización en todas las universidades argentinas, — se dijo que uno de los males de la Universidad provenía del hecho de que los estudiantes sometidos a la condición de asilados, luego de un mínimo de instrucción eran despachados, sin que la Universidad tuviera deseos de ocuparse de ellos. De tal modo, los grados que confería eran desconocidos por la propia Universidad, que mal podía pretender que otras instituciones o la opinión los respetasen. Se agregaba, que si el estancamiento de la producción científica se atribuía a la falta de hombres, no era dable suponer descalificados a la totalidad de los del país; y correspondía reflexionar sobre el hecho de que en la labor universitaria, muchos de ellos estaban expresamente excluidos por las disposiciones que regían. Para subsanar el daño, pensóse entonces, en la conveniencia de vincular a los graduados con la Universidad, sin olvidar por esto a todas aquellas personas que, calificadas por su vocación al estudio o por los méritos de su producción científica, quisieran cooperar en sus afanes de ilustración.

Ya la idea de dar una organización republicana y democrática a la nueva Universidad, había conducido a los estudiantes de aquel Congreso que preparaban su advenimiento, a considerarlas como una comunidad de trabajadores constituídas por la totalidad de sus elementos, es decir: por los profesores, los estudiantes y los graduados inscriptos. Organizado luego el gobierno de acuerdo a un sistema representativo, todos los ciudadanos de la república universitaria habrían de participar en la elección

de las autoridades. «Cree el Congreso de estudiantes — así dice la constancia oficial — que, integrada la Universidad por todos sus miembros y garantida su participación en el gobierno, la ley puede abandonarles la orientación de la enseñanza y la dirección de la labor científica nacional. Es dable, así, tener confianza en la capacidad de las universidades para mejorar continuamente.»

Es que el mas grave mal que afligió a nuestros institutos de enseñanza superior fué el de su gobierno limitado y excluyente. Trató de contemplar ese problema la ley-convenio fundadora de la novel Universidad platense, siguiendo un sistema alemán de elección por los profesores. Anticipamos en 1918 los defectos de tal sistema. Un año despues, en 1919, el gobierno de los profesores hacía crisis ruidosa en dicha Universidad. El sistema escogido para su funcionamiento, que importaba, desde luego un adelanto respecto al de los institutos similares de nuestro país, no hizo sino poner la Universidad recién fundada en manos de un círculo más numeroso pero igualmente cerrado.

La reforma de 1920 se hizo cargo de esta situación de crisis, interpretó sus causas más hondas y orgánicas, y consideró para conjurarlas, la necesidad de que entraran en el juego de la responsabilidad administrativa, los demás miembros de la Universidad hasta entonces excluidos. Por ese camino concediose derechos a los estudiantes y graduados en la propuesta y elección de autoridades.

El nuevo proyecto anula la representación de los graduados y por lo tanto el concepto que entraña. Rómpease así el equilibrio de los tres cuerpos constitutivos, alejándose a aquellos elementos por medio de quienes en la forma más eficaz podría la Universidad cobrar raigambre popular; sin contar con que se disminuye correlativamente las posibilidades en la labor de investigación y en la formación de los futuros docentes, problema cada vez mas

apremiante. Cuéntese además esta observación importante: El sistema legal de la Universidad platense no permite que los consejeros sean sino profesores. Hay entonces razón de más para garantizar con la participación de egresados el contralor docente y didáctico. Docente, por cuanto la indisciplina del profesorado sigue siendo uno de los problemas más serios en nuestras Universidades y no es propio que su fiscalización quede casi exclusivamente librada a los propios fiscalizados; y didáctico, porque los egresados están en condiciones particulares de ilustración y experiencia para opinar beneficiosamente en lo relativo a planes y aplicación social de los estudios.

Se alega en favor de la eliminación de los graduados el siguiente argumento: Los cinco años de experiencia que llevan los estatutos del 20, son prueba suficiente del fracaso de la participación de aquellos en la vida universitaria.

Ahora bien. ¿La experiencia realizada puede calificarse de fracaso? Por de pronto, cinco años de experiencia es tiempo bastante para juzgar sobre un sistema sin antecedentes? ¿Puede denominarse experiencia del sistema, la función mecánica, realizada por lo general con fines puramente electorales cerca de personas carentes de real vinculación? ¿Fué a menudo suficientemente estimulada esa vinculación por la Universidad o las facultades, en nombre y a los fines del concepto que implica, con convicción respecto a sus beneficios permanentes? Respondo negativamente a todas las preguntas. He debido hacer constar como profesor en las actuaciones de una asamblea esa falta de estímulo que considero indispensable. Dicho estímulo no lo necesitaron los estudiantes porque ellos fueron los propios creadores del nuevo sistema que les daba participación en el gobierno de la Universidad, en la cual ya estaban, aunque sometidos a un régimen tutorial; pero sí los egresados, a quienes debíase por lo tanto atraer, reparando el error que queda dicho de haberlos despedi-

do. Si hubiera habido acuerdo sobre el principio que informa la cooperación de los graduados, complemento y contrapeso natural y provechoso del gobierno universitario: ¿por qué la Universidad que lo había adoptado, no se empeñaba por su triunfo? Y si sus energías no alcanzaban para la realización de ese empeño, ¿por qué no tener en consideración esta precisa circunstancia? ¿Por qué culpar al principio, desechándolo, de aquello que solo es producto de las circunstancias o de la falta de fé?

Esta consideración tan importante de la falta de fé nos llevaría, en el análisis de sus causas, a un capítulo penoso que no sería oportuno tratar en esta carta.

Quiera Vd. excusar las molestias de la lectura y aceptar mis muy atentos saludos.

GABRIEL DEL MAZO

CeDInCI  
Libre Docencia

“Abranse libremente sus puertas a cuantos tengan alguna enseñanza de valor social que dar desde sus cátedras”.

“Desmontar el absurdo sistema de los exámenes por asignaturas”.

“Libertad de cátedra, de enseñanza y de asistencia”.

“La juventud estudiantil española, si tiene un poco de conciencia de su misión, laborará tenazmente hasta imponer la medida libertadora, como la impusieron con valiente gesto las juventudes libres de la Argentina”.

He aquí tres principios y un llamado a la acción, que destacamos del brillante artículo escrito por Wenceslao Roces para la Revista de Madrid, “El Estudiante”, y cuyo texto recoge SAGITARIO con aplauso en sus páginas. Porque no sin intensa satisfacción un órgano de publicidad puesto al servicio de los ideales de la nueva generación argentina, puede ver ratificados por la opinión madura y sin reparos de un profesor exponente del pensamiento nuevo de España, como lo es el señor Roces, los postulados con que la juventud universitaria de la Argentina promovió e hizo triunfar el gran movimiento de la Reforma Universitaria.

**N**UESTRA mentida Universidad descansa sobre un peregrino privilegio del profesorado, que es el de no enseñar. Cuando en leyes, reales decretos o medidas gubernamentales se vulnera, una y otra vez, la libertad de enseñanza, se deja siempre a salvo como intangible esta otra libertad, verdadero artículo fundamental de nuestra constitución académica, la libertad de no enseñar. Con ésta, no hay ningún ministro ni ficción de tal que se atreva a meterse. Si lo hiciera, nuestros maestros no contemplarían tan impasibles la medida.

Cierto que este privilegio no es privativo de las instituciones universitarias. Es el privilegio del burocratismo y nace precisamente de eso: de montar la Universidad como una burocracia oficinesca, como una nómina de sueldos y de empleomanía. El catedrático español ingresa en el profesorado oficial por una especie de sorteo con trampa (no son otra cosa las llamadas «oposiciones»), y, pasado el desfiladero empieza la dulce tierra de promisión, mísera, pero descansada, donde, si la voz de adentro no se inquieta, puede rumiar hasta la jubilación forzosa una siesta, que nada ni nadie le turba.

De tarde en tarde viene un pobre ministro de esos de disciplina de cuartel, de los que quieren «arreglarlo» todo con el grito de «En su lugar, descansen» (como si el problema fuese de permanencia física en las clases a negados a quienes sería lo mejor pagarles por estarse en su casa); pero la nube pasa pronto, y, después de todo, ¡qué más da sestear en la cátedra o en el cuarto casero!

Los únicos que podrían turbar un poco esta dulce siesta del hidalgo raído serían los estudiantes; pero para éstos — y razonablemente, tal como hoy están las cosas — la Universidad es estación de ruta; sólo van allí a coger, lo más aprisa posible, el «aprobado», para seguir adelante. Alguien ha dicho que hoy la Universidad española es una oficina expendedora de títulos profesionales; y no se ve

por qué no se despachan estos por una taquilla, como las cédulas personales, o en los estancos, como el papel sellado. Sería más expeditivo y bastante más económico, y el Estado acabaría, muy simpáticamente, con una irrisoria ficción.

Pero por si acaso fuera concebible en el estudiante español de hoy un brote de protesta o de rebeldía, es decir, un aliento de juventud, está ahí para evitar el peligro ese magnífico cancerbero del examen por asignaturas, guardián celoso que vela por los fueros de privilegio del señor profesor, y es las más de las veces instrumento propiciatorio de servilismo o de su arbitrariedad.

Contra este mortífero burocratismo del profesorado español no cabría una medida salvadora, si puede hablarse de una posibilidad de salvación de la Universidad española, en medio del marasmo de nuestro descoyuntamiento de nación; esta medida salvadora, que los estudiantes debían luchar tenazmente, por todos los medios, hasta imponerla, porque es la única salvaguardia eficaz de una libertad académica que no sea a las veces grotesca, es la *libre docencia*. No es ninguna innovación del otro mundo; es una institución que funciona hoy en las Universidades de los países que realmente lo son. No es una medida revolucionaria, aunque en un cadáver hasta el andar sería revolucionario.

Que la Universidad, con un *mínimum* de garantías de seriedad científica y medios de labor personal acreditados, abra libremente sus puertas a cuantos tengan alguna enseñanza de valor social que dar desde sus cátedras. Que se acabe esa absurda burocracia universitaria de nómina y escalafón, con ese medioeval plan de estudios, encasillados por asignaturas. Que en cada Universidad — que de este modo ha de demostrar su vitalidad para sostenerse — puedan explicar varios profesores la misma materia, de modo que el estudiante pueda elegir libremente la cátedra de quien mejor le enseñe. Y así, el éxito efec-

tivo de la labor de la cátedra, combinada con el de la investigación personal mediante estudios y publicaciones, refrendará la definitiva incorporación del docente al profesorado ordinario, sin el bárbaro y ridículo régimen de las oposiciones. Lo cual supone, también, naturalmente, *desmontar el absurdo sistema de los exámenes por asignaturas*, porque de otro modo, las momias del profesorado, celosas defensoras de la «libertad de no enseñar», sobornarían al estudiante con el «aprobado» a favor.

Diez, veinte años de este régimen de libertad efectiva: *libertad de cátedra, de enseñanza y de asistencia*, y todos estos años, que hoy pesan con su peso de muerte sobre el cuerpo de la juventud escolar, se convertirían en cenizas, que el mismo soplo de la juventud se encargaría de aventar. Por esto los viejos santones de la cátedra y sus mandatarios en el ministerio, harán esfuerzos indecibles por evitarlo, bajo la máscara de reforma de la autonomía. *Pero la juventud estudiantil española, si tiene un poco de conciencia de su misión, laborará tenazmente hasta imponer la medida libertadora, como la impusieron con valiente gesto las juventudes libres de la Argentina.* Y cuando de este modo hayamos introducido en la Universidad el principio de la libre concurrencia, y con él, la lucha por el estudiante, se habrá acabado el catedrático-canónico. La Universidad se transformará en un taller, en una comunidad de trabajo, y el escolar no será lo que es hoy: pobre recluta académico, pasto de examen y de lista.

WENCESLAO ROCES

(En el núm. 5, 2.<sup>a</sup> época, de «El Estudiante», de Madrid.)

### La lucha por la Reforma

Como demostración acabada del estado de crisis porque atraviesa la Universidad de La Plata, publicamos a continuación la nota que, haciendo renuncia de profesor suplente en la Facultad de Derecho de la

Universidad Nacional de La Plata, presentó al decano de la misma, el doctor Carlos Sanchez Viamonte, co-director de SAGITARIO.

*Señor Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales,  
Doctor Angel M. Casares.*

**D**E regreso a mi país, acabo de enterarme de que esa Facultad, pocos días después de mi partida, me había negado su preferencia al formar la terna para profesor titular de Derecho Público Actual (últimas transformaciones).

La reglamentación de la provisión de cátedras en la Facultad de Derecho (ordenanza aprobada por el Consejo Superior en 5 de octubre de 1921) dispone (Art. 6.<sup>o</sup>) que, hallándose los aspirantes en igualdad de condiciones se dará preferencia al egresado de esa Universidad y vecino de La Plata.

Según el dictamen de la Comisión de profesores que escuchó y juzgó la prueba oral, mi competidor y yo demostramos igualdad de condiciones en cuanto al método y aptitudes didácticas. Cabe pues, preguntar a quién corresponde la preferencia?

Pero hay algo más: el concurso no consiste únicamente en una prueba oral, que no bastaría en ninguna parte del mundo para habilitar al ejercicio de la docencia universitaria. El concurso es de antecedentes, títulos, méritos y aptitudes y el pronunciamiento no puede hacerse sin tomar en cuenta todo eso.

Sé que es odioso hacer comparaciones, pero todo concurso es por excelencia comparación, y aún en el supuesto de mayor inteligencia y habilidad oratoria en mi competidor, sostengo que ellas no bastarían para preferirlo en un concurso serio porque la cátedra universitaria requiere especialistas.

La más moderna y honesta tendencia universitaria proclama la necesidad de que el profesor sea exclusivamente

profesor, realizando una verdadera carrera docente, sometido a la rigurosa disciplina de la cátedra y consagrado por entero a la labor de enseñar. Ese es mi caso. Jamás he abandonado las aulas desde que tengo uso de razón; como alumno primero, y como profesor después. Doce años de docencia, me daban el derecho de aspirar a la cátedra universitaria de mi especialidad.

El Derecho Público es una disciplina que interesa muy poco en nuestro país, sobre todo cuando llega a ser, un estudio superior al derecho constitucional, por su amplitud social y profundidad filosófica tal como el que Rousseau denominó, «Derecho Político». En esa Facultad esta cátedra tiene ese carácter aunque no se le dé esa denominación, porque constituye el coronamiento de las otras ramas del derecho público nacional o internacional, que examinan la estructura de las instituciones sin ahondar el estudio de su naturaleza.

La Universidad de La Plata, fundada para librar a la enseñanza superior del dogma y del prejuicio triunfantes en las de Córdoba y Buenos Aires, fué orientada por los maestros fundadores hacia una mejor comprensión de la vida social a través de sus aspectos políticos y económicos y ello dió origen a la formación de nuevas disciplinas más y más especializadas en el derecho público; de tal manera, que cuando la Facultad de Derecho, bajo el decanato del Dr. Nazar Anchorena introdujo en el plan la asignatura en cuestión cumplió lealmente con el espíritu nuevo que encarnaba esta Universidad.

Desde que se creó esa asignatura hasta la fecha, la necesidad de un nuevo derecho político se ha acentuado visiblemente, y así lo demuestra el Profesor Posada en un artículo publicado en «La Nación» del día 8 del corriente mes y año, en el cual me hace el honor de comentar mi último libro, reconociendo la exactitud de mis conclusiones.

El derecho público encarado así ha sido la preocupa-

ción constante de mi labor universitaria y hasta lo he vinculado íntimamente a mi enseñanza de la historia de la Civilización en el Colegio Nacional de La Plata, convencido de que ese problema interesa más que todos los otros en este siglo.

Podría decir que he tenido siempre la vocación del derecho público, probablemente heredada y alimentada con el ejemplo de mis mayores y, por esa causa, mi actuación profesional se caracteriza por el debate de cuestiones institucionales, cuyo testimonio se halla en un centenar de trabajos publicados desde 1914.

Apesar de haberme ocupado muchas veces del derecho constitucional, mi vocación me inclinó siempre hacia el derecho político y no niego que me estimulaba la esperanza de una cátedra universitaria que me permitiese consagrarme por entero a él.

Recuerdo que en el año 1922 el doctor González Calderón, que había sido mi profesor de Derecho Público Provincial diez años antes, me pidió que lo reemplazara interinamente en esa cátedra, encargándose él de obtener mi nombramiento. En esa oportunidad el doctor González Calderón recordó mi vocación singular por el derecho público, diciéndome que mi actuación posterior y mis trabajos le habían inducido a escogerme entre todos los otros posibles candidatos. Me interesa doblemente consignar este hecho porque en esa asignatura fuí un alumno rebelde que combatió en la clase, más de una vez, las ideas de su joven y generoso profesor.

Cuando debí presentar la tesis indispensable para obtener el grado de doctor, elegí uno de los más arduos problemas del derecho público «La Naturaleza Institucional del Sufragio», y en el examen de tesis el tribunal se declaró satisfecho de la prueba, rechazando mi insistencia de que me interrogase sobre las proposiciones accesorias, todas ellas relativas al derecho público.

En el año 1923 me presenté al concurso para profesor

suplente de Historia de las Instituciones Representativas, porque era la Historia Institucional del Derecho Público y la comisión formada por los doctores Casares, González Gowland y Bianco informó que yo podía desempeñar *perfectamente* esa cátedra. Incorporado a la Facultad como profesor suplente, he prestado desde entonces continuos e importantes servicios a la casa. He tenido a mi cargo durante dos años el curso de seminario de Derecho Público Provincial y Municipal y, debiendo concurrir tan solo una vez por semana, concurrí siempre dos veces, para poder atender a todos los alumnos inscriptos.

En el año 1924 desempeñé interinamente durante tres meses, la cátedra de derecho público actual, que ahora se me niega, y presenté programa de la asignatura procurando orientarla de acuerdo con las últimas y más modernas exigencias de las transformaciones sociales. Ya entonces tenía casi terminado el libro que bajo el título «Derecho Político» publiqué el año pasado y que es el único escrito hasta hoy en nuestro país dentro de esa especialidad superior, aplicada a nuestra vida institucional.

Y bien, señor Decano, ninguno de estos antecedentes, méritos y aptitudes ha sido tomado en cuenta por la comisión, que ni siquiera los menciona, y la mayoría del Honorable Consejo ha omitido ponerlos en balanza, al establecer la preferencia. Esto significa la desnaturalización técnica del concurso.

He mencionado e insisto en recordar la disposición reglamentaria que en igualdad de condiciones, concede la preferencia al egresado de esa Universidad y residente en La Plata y el informe de la comisión, reconociendo en ambos aspirantes igualdad de condiciones en cuanto al método y aptitudes didácticas, por que necesito dejar clara constancia de que, aun omitiendo considerar mis antecede-

ntes, publicaciones y méritos, me correspondía la preferencia por virtud de la ley universitaria.

No es que haga hincapié en una disposición reglamentaria por afán leguleyo de interesado, sino que deseo poner en evidencia que la ley, aplicada en mi perjuicio tantas veces en la Universidad, nada vale cuando su aplicación me favorece.

En efecto: en octubre de 1924 fué detenido en el Consejo Superior mi nombramiento de profesor titular de la materia en cuestión invocando un artículo reglamentario que exigía dos años de antigüedad en el grado de doctor. Apesar de este artículo, habían sido nombrados en la Universidad, siete profesores titulares, uno de ellos decano de una Facultad.

En septiembre de 1925 el Consejo Académico de la Facultad de Derecho me dió de nuevo la preferencia para profesor titular de Derecho Público Actual, por unanimidad de votos y declaró, también por unanimidad, mi especial preparación en esa materia, pero resultó invalidado ese nombramiento, porque, en lugar de ocho, debieron ser nueve los presentes según un artículo reglamentario.

Más tarde volvió a pronunciarse el Consejo a mi favor declarando mi especial preparación, pero bastó un voto en blanco para que se me privase de los dos tercios exigidos por otro artículo reglamentario.

Y bien, señor Decano, porqué no se ha aplicado esta vez el Art. 6.º, de la ordenanza sobre provisión de cátedras? Es que la ley solo se aplica en mi perjuicio?

Existe una ordenanza que instituye el voto secreto en las elecciones dentro de la Universidad de La Plata y ultimamente, se ha hecho extensiva su aplicación a la

designación de profesores, desnaturalizando el concurso público.

No es necesario ser especialista para comprender la diferencia entre la elección de autoridades representativas y el nombramiento o designación de profesores. En el primer caso se trata de un acto electoral, de un derecho o deber de carácter político; en el segundo se cumple una alta misión docente, de carácter técnico y que comporta gran responsabilidad. En el primer caso, el elector puede, libremente, elegir al candidato de su preferencia; en el segundo caso, el consejero — que no es elector — carece de esa libertad, porque la preferencia la han determinado antes los estatutos y reglamentos universitarios.

Si el artículo 6.º de la ordenanza sobre provisión de cátedras me daba la preferencia, los consejeros de la mayoría no pudieron otorgarla a mi competidor sin violar la ley; pero como el voto de preferencia es secreto, ellos son irresponsables moral y legalmente.

Este sistema de irresponsabilidad en el ejercicio de una función técnica y docente, desnaturaliza el concurso y lo convierte en una preferencia electoral de baja calidad.

Integraron el Consejo Académico para decidir el concurso dos delegados estudiantiles, y, suponiendo que ellos hayan dado el triunfo a mi competidor — el voto secreto permite cualquier suposición máxime cuando existen partidos oficialistas y antioficialistas en la Universidad — cabe preguntar: han sido válidamente designados los delegados estudiantiles? Se me asegura que no. Y si no ejercen representación legal alguna es válido su voto, es válida la terna de Derecho Público Actual, es legal el nombramiento hecho por el Poder Ejecutivo?

Convendría que el señor Decano y el Consejo Académico alejasen toda duda respondiendo a esas preguntas.

Uno de los fines inmediatos y fundamentales de la Reforma Universitaria fué el de destruir toda influencia dictatorial u oligárquica, condenando, al menos teóricamente, todo abuso de poder y repudiando toda política personal.

Por eso, necesito consignar algunos antecedentes íntimamente vinculados a este asunto.

A principios del año 1922 fuí propuesto en la terna para Rector del Colegio Nacional por el presidente de la Universidad, Dr. Nazar Anchorena, quien se fundaba en mis «cualidades de profesor destacado por su inteligencia, ilustración y carácter». El mismo presidente me dedicaba un folleto, algunos meses después, con estas palabras: «En testimonio de franca amistad y para estimularle a que coopere con sus altas y notorias cualidades en esta nueva orientación de la Universidad de La Plata».

Un poco más tarde el mismo presidente me encomendó la compra de Calcos artísticos para la Universidad, en París y Florencia — (los calcos son los que adornan hoy la Escuela de Bellas Artes).

A mediados de 1923 el mismo presidente me designó para que tuviese a mi cargo la segunda conferencia de cultura artística, bajo el patrocinio oficial de la Universidad, y luego me obsequió con una medalla conmemorativa del acto.

A pesar de todo esto, la gestión presidencial del Doctor Nazar Anchorena y su actuación universitaria mereció repetidas veces mi desaprobación que expresé con franqueza y en voz alta.

En agosto de 1924, fuí invitado por la Federación Universitaria de Córdoba a dar una conferencia en un gran acto que tuvo lugar en aquella ciudad, y dije entonces, sin excluir por cierto, al Dr. Nazar Anchorena: «Es impostergable ya la franca determinación de los propósitos

que nos guían y que nos reúnen bajo el calificativo común de reformistas, el cual cobija todavía a nuestros peores enemigos, como van siéndolo la mayoría de aquellos a quienes exaltó el movimiento revolucionario, tumultuoso y efervescente». Y agregaba luego: «Si interrogáis a los que gobiernan hoy a las universidades argentinas a título de reformistas, sobre el significado actual y el programa futuro de la Reforma, responderán como uno solo: «la Reforma ha terminado con el triunfo de la gloriosa y nunca bien ponderada juventud que interviene ahora en el gobierno de la Universidad y que nos eligió a nosotros para consagrar su triunfo. Y así se explica que se titulen reformistas las universidades actuales cuyos dirigentes, en gran mayoría, se demuestran en todo inferiores a los que les precedieron, expulsados violentamente y marcados a fuego por la crueldad inevitable de la pasión, que es la fuerza motriz de las transformaciones sociales».

Tres meses después tuvo lugar la reelección del Doctor Nazar Anchorena para la presidencia de la Universidad y los estudiantes de la facción oficialista me consideraban ya el más definido enemigo de esa reelección. Distribuyeron entonces, un volante grotescamente agresivo, que comenzaba así: «El Dr. Nazar Anchorena será reelecto aunque no lo quieran algunos estudiantes porque no es susceptible de dominios ni de manejos; será reelecto aunque no esté de acuerdo con la *opinión* del Dr. Carlos Sánchez Viamonte, etc.» y debajo: «Viva el Comité Pro-Reforma».

A mediados del año pasado un periódico estudiantil de la facción oficialista publicó un artículo titulado «Piedras en el camino» que terminaba diciéndome entre amenazas: «Vd. no será profesor».

Como puede verse, el oficialismo me tenía ya condenado en la Universidad de La Plata *por mis opiniones* y acaba de ejecutarme.

Reelecto el Dr. Nazar Anchorena, leyó de inmediato

un discurso breve y seco, que termina así: «Los buenos consejeros, profesores y estudiantes tendrán en mí el más activo, devoto y leal servidor; actividad, devoción y lealtad que pondrán a prueba bien pronto los que se aparten de la derecha vía que esta honorable y selecta asamblea ha trazado con mi reelección».

En ese preciso momento acababa de elevarse por primera vez al Consejo Superior mi nombramiento de profesor titular de Derecho Público Actual. Ello no obstó a que, ofendido por la amenaza contenida en el párrafo transcripto, lo comentase en el diario «El Argentino» de esta Ciudad, bajo el título «La Derecha Vía Universitaria».

Desde entonces hasta hoy ha sido imposible mi nombramiento y ha terminado el último concurso con la designación del único competidor que se mantuvo en él, después de haberse eliminado voluntariamente todos los otros.

La Universidad de La Plata, apesar de la Reforma, sigue siendo gobernada por metropolitanos pendientes del reloj y del ferrocarril, sin arraigo en la ciudad y sin responsabilidad cotidiana. La camaradería del tren, del tribunal, del comité o de la sacristía y la comodidad burguesa de la rutina bastarían, si no hubiese otras razones, para eliminar a los hombres de La Plata, que por añadidura sean independientes de ideas modernas y liberales francamente expresadas.

Los profesores de La Plata solo hemos servido para cargar con el mayor trabajo y para reemplazar en los exámenes a los profesores de Buenos Aires que no cumplían con su deber o para dar vida intelectual a la revista de la Facultad. Sin embargo, somos los egresados

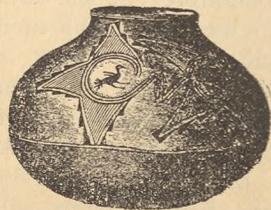
de esa Universidad producto genuino de su espíritu laico y modernista, generación ya adulta y dueña de casa que alguna vez exigirá se le respete como tal.

Por ahora son vanos nuestros esfuerzos contra la reacción triunfante. Está a punto de ser reformado el estatuto y entre otras cosas se suprime la cláusula siempre violada que obligaba a las autoridades a residir en La Plata y se coloca a los profesores a merced del Consejo Superior y del Presidente, en esta época en que se procura hacer del profesorado un sacerdocio, asegurando su dignidad con las mayores garantías posibles!

Podría decir aún mucho más, pero esta nota es ya demasiado extensa y basta para justificar mi resolución de retirarme de esa casa de estudios, cuya tendencia reaccionaria me excluye como colaborador y de la cual no quiero ser cómplice.

Saludo al señor Decano muy atte.

CARLOS SANCHEZ VIAMONTE.



### El Congreso estudiantil Bolivariano

La Federación de Estudiantes de Panamá organiza en estos momentos un Congreso de estudiantes hispano-americanos, con el nombre de «Congreso Bolivariano», a realizarse en aquella ciudad el 22 de Junio del corriente año, a propósito de la celebración del primer centenario del Congreso Panamericano de Panamá, reunido en 1825 a iniciativa de Simón Bolívar.

Con tal motivo dicha Federación ha dirigido un manifiesto a los estudiantes de Hispano-América, dando a conocer el significado que se le da a la asamblea proyectada, el espíritu con que está concebida, los fines que se propone y la orientación general en el desarrollo de las deliberaciones. Se invita a concurrir al elemento estudiantil de todos los países hispano-americanos, con inclusión del Brasil por considerárselo, con muy justa razón, como «hermano en luchas e ideales de los que forman la América Hispánica». Al mismo tiempo se hace una «invitación especial» a España, Portugal y Estados Unidos.

Aplaudimos sin reservas la idea de invitar a los estudiantes de los dos primeros, en atención a que los vínculos raciales que nos unen a ellos, hacen en efecto conveniente que tengan una impresión en lo vivo «de las orientaciones espirituales de la juventud hispano-ameri-

cana». Encontramos conveniente, pero no sin reservas, la iniciativa de invitar también a los Estados Unidos de Norte América. A estar a los términos del manifiesto, el fin habría sido dar una oportunidad a nuestra juventud estudiantil para que conozca exactamente «las tendencias del propósito panamericanista que propagan» los Estados Unidos. Nos parece que este objeto no podrá cumplirse invitando a los estudiantes estadounidenses, ni aún siquiera haciendo lo mismo con los propios miembros de la Unión Panamericana con residencia en Washington, puesto que estos y aquellos son los últimos en saber — sino los únicos en ignorar — cuales son los propósitos del panamericanismo. Para dar satisfacción a curiosidad semejante no habría sino un camino: invitar al Congreso de Estudiantes Hispano-Americanos a una delegación de los banqueros de Wall Street.

Adoptando el procedimiento inventado por los «yankees» con motivo de las asambleas internacionales financieras celebradas en la post-guerra, nuestra opinión es que se debían invitar a los estudiantes de Estados Unidos de Norte América, en carácter de «observadores», para que ellos sean quienes se informen de nuestros propósitos y no a la inversa, pues demasiado sabemos los latinos-americanos lo que significa la cifra de 200.000.000 de dólares a que asciende el total de los empréstitos efectuados en 1925 por los panamericanistas del norte, a los gobiernos de Latino-América. Pero aunque con reservas, creemos que debe hacerse la invitación, pues nunca deben cerrarse las puertas a la conciliación y el entendimiento. Lucha sí, enérgica y tenaz, pero nunca lucha ciega.

La oportunidad del Congreso se explica — según el Manifiesto — en atención a la época de transición, agitada y efervescente, porque atraviesa hoy la Humanidad, que asiste al «vuelco de un sistema social o el derrumbe de una ideología para instaurar el predominio de otros».

Con este punto de vista tan bien emplazado y de tan

amplios horizontes, se enfoca el desarrollo de las deliberaciones a realizar por el Congreso, las cuales se dividirían en problemas *sociales, internacionales y educacionales-estudiantiles*. Para abordar los primeros se partiría de la base de que siendo el hispanoamericanismo un ideal de justicia, se debe «buscar los modos de poner en acción los principios de la justicia social», para lo cual «deben los estudiantes abocar el estudio de los problemas económicos que hoy preocupa a toda la Humanidad». Para abordar los problemas internacionales debe contarse con la sinceridad propia de la juventud, que sin prejuicios ni reservas interesadas, se pondrá a «la discusión de cuestiones que precisa resolver en el presente». Acerca de la tercera clase de problemas, el manifiesto que glosamos se expide en términos tan concordantes con los principios proclamados como fundamento ideológico de la Revolución Universitaria Argentina, que preferimos transcribir el párrafo íntegro:

«Sin restarle importancia a los anteriores — dice el Manifiesto — la obra más cara a la juventud es la revisión de los problemas educacionales y la reforma universitaria. No puede considerarse definitiva la ruptura con el pasado mientras no se sustituyan los caducos métodos que hoy priman. La nueva ideología debe penetrar antes de todo en las aulas donde se mueven vivamente los hombres del porvenir. La reforma universitaria es una exigencia perentoria de los tiempos actuales. Hay que encaminar nuestros mejores esfuerzos hacia la construcción de la Universidad del Provenir, centro y motor, alfa y omega de todas las actividades sociales, expresión de la ideología que está en gestación en el seno de la América Hispana».

He aquí bosquejado el futuro Congreso Bolivariano. Acompañámoslo con todas nuestras simpatías. Nos impulsa a ello la concepción misma del proyecto en sus fundamentos y sus vistas, y la circunstancia de contar la iniciativa no ya con la indiferencia sino con la hostilidad

del gobierno de Panamá, que teme a esta libre y legítima manifestación del verdadero espíritu de Latino-América, frente al espectáculo de la farsa diplomática, donde, a la sombra del Libertador Bolívar se ultrajará su memoria, representando la eterna comedia del Panamericanismo, cuyo «metteur en scene» es invariablemente el Tío Sam.

### Palacios y el Congreso Panamericano de Panamá

LA actitud asumida por Palacios en la ocasión de que informa el documento que se transcribe más abajo, interpreta con fidelidad a la gran mayoría de la opinión independiente de los pueblos latino-americanos y en especial el espíritu que anima a la nueva generación de la comunidad continental formada por aquéllos.

La nueva generación de Latino-América, que para formar su ideario comenzó por desentenderse de las viejas fórmulas creadas para la política interna e internacional por una clase de gobernantes en trance de liquidación, se ha manifestado ya abiertamente en contra del «Panamericanismo», invento «yankee» patentado en Washington e impuesto desde allí a todas las cancillerías del continente.

Lo que dice Palacios sobre el plan de absorción financiera como medio de conquista política, que viene desarrollando la plutocracia de Estados Unidos sobre toda la América, es un hecho denunciado reiteradamente desde hace años por los países más fuertemente castigados por esta calamidad continental y contra el cual se han elevado voces de protesta hasta en el seno de la colectividad estadounidense, desde el Parlamento y la tribuna pública.

En ocasión de la carta de Palacios, tomamos al azar uno de estos últimos casos. Es el que nos proporciona el señor Samuel Inman, director de «La Nueva Democracia», con el discurso pronunciado en la sesión del 28 de agosto de 1924 celebrada por el Consejo Federal de Iglesias Cristianas. Comienza enumerando los atropellos cometidos por los Estados Unidos en Cuba, Haití, Santo Domingo, Panamá, Nicaragua, Honduras, San Salvador, Colombia, Guatemala, Costa Rica, Ecuador, México y Bolivia (triste caravana de cautivos a la cual se ha incorporado el Perú, por obra de las torpes maniobras del tirano Leguía) y termina el señor Inman, con las siguientes reflexiones:

«Nadie puede oponerse a que los Estados Unidos realicen negociaciones en los países latinoamericanos, mientras los procedimientos sean ajustados a los principios de la honestidad y se lleven a término

por medio de los funcionarios del Estado y en beneficio de todo el país. Pero lo que no puede admitirse es que la protección del Estado sea usada en beneficio de intereses individuales, y que estos intereses individuales inspiren las orientaciones de la política internacional de los Estados Unidos con las naciones amigas.

«No puede admitirse que los negocios privados tengan a su servicio nuestros navíos de guerra, ni que detrás de los banqueros vayan, para hacer viables sus negocios, nuestros representantes diplomáticos, ni que el poder y el prestigio de la democracia norteamericana sean usados para desacreditar al pueblo, en provecho de nuestros reyes del petróleo. Acogotar a los países débiles, modificar sus constituciones por medio de tratados que solamente las bayonetas de nuestros marineros pueden hacer aceptar, son hechos que hacen hervir nuestra sangre de americanos. Un día se comprenderá en Washington cuán serías complicaciones plantea para el porvenir esta política de absorción, porque nuestro dilema es claro: o bien retiramos nuestras violencias y ejércitos de todos esos países, o tendremos que sucumbir ante ellos y sus aliados». («La Prensa», agosto 19 de 1924).

Hay un hecho evidente y que no debemos echar en olvido: existe la política imperialista de los Estados Unidos. Pero al mismo tiempo conviene tener presente que ella es el efecto de un fenómeno más o menos oculto y que Palacios pone de manifiesto concordando con Ingenieros, Inman y tantos otros que se avocaron la solución de tan grave problema: la política imperialista de los Estados Unidos la imponen al gobierno los sindicatos capitalistas, para cuyos designios de insaciable codicia aquél no es sino un dócil instrumento.

SAGITARIO, al prestarse a difundir el documento que inserta, cree consultar los intereses materiales y espirituales de Latino-América, amenazados desde el norte del Continente. He aquí la carta de Palacios:

SEÑOR :

Ha llegado a mis manos su nota de noviembre de 1925, invitándome cordialmente para que, como huésped especial de la Comisión Organizadora y del Gobierno de Panamá, asista a los actos que se realizarán durante las sesiones del Congreso Panamericano, convocado para el 18 de junio de 1926 en esa ciudad.

Agradezco efusivamente el honor inmerecido que me discierne el señor presidente y el gobierno de Panamá,

pero lo declino, en virtud de las razones que paso a exponer con la mayor franqueza, por creer que así correspondo a la gentileza de la invitación.

No puedo ser huésped del gobierno de Panamá, que acaba de solicitar y obtener la fuerza armada de Estados Unidos para reprimir un movimiento popular, justificando, así, el imperialismo yanqui y convirtiendo a su país en una colonia. Expreso estas palabras sin el menor asomo de agravio y sólo impulsado por elevados sentimientos de libertad y dignidad americanas.

Repudio, por otra parte, el panamericanismo de los congresos, como éste convocado por el gobierno de Panamá. Conceptúo el panamericanismo oficial como un simple disfraz del imperialismo.

Cuba se lamenta bajo el peso abrumador de la enmienda Platt que autoriza la intervención estadounidense. Haití, ocupada militarmente por Estados Unidos, carece en absoluto de libertad. Santo Domingo vió destruída su independencia por los marinos del Norte so pretexto de que se había violado el artículo 3º del tratado de 1907 por el cual se comprometía a no aumentar la deuda pública sin previo acuerdo de Estados Unidos. Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Honduras son simples colonias sometidas al imperialismo de la **United Fruit Co.** Las finanzas de Colombia y el Ecuador están manejadas por Estados Unidos. En el Perú un consejo financiero dirige la política fiscal, y se ha negociado un empréstito garantizado con las rentas de aduana recaudadas por norteamericanos. Venezuela sufre una torpe dictadura sostenida por Estados Unidos. Bolivia ha enajenado su soberanía con motivo de un empréstito garantizado con las entradas fiscales. Mexico sigue presionado por su poderoso vecino que pretende apropiarse del petróleo. Los depósitos de Tampico parecen inagotables y la hábil política mexicana, que sanciona la nacionalización del subsuelo y establece un fuerte impuesto a la exportación, contraría

los intereses yanquis; de ahí la constante presión del capitalismo norteamericano para que se realice la intervención.

Por razones económicas y biológicas, los Estados Unidos se sienten impulsados a crecer. Y crecen cada día más. Han comprado territorios o los han conquistado. Por conquista se apoderaron de Texas, Nuevo México, Arizona y alta California. En todo esto, hay algo de «la idolatría de los kilómetros cuadrados» de que habla Novicov. Después de la guerra que la noble España sostuvo quijotesicamente, Estados Unidos se apropió de Puerto Rico y de Filipinas. Domina, por último, la zona del canal, donde he visto al yanqui armado, orgulloso y prepotente, mirar con desdén a la joven República de Panamá, que ojalá no concluya absorbida totalmente por el coloso.

La clase privilegiada de Estados Unidos, cuya potencia económica es extraordinaria, ha transformado al gobierno de la democracia en instrumento de los grandes sindicatos capitalistas. Ahora bien: frente al peligro del imperialismo yanqui que invade a Ibero-América, deben ser solidarias las Repúblicas hermanas. El pacto de fraternidad auspiciado por la Unión Latino-Americana, que tengo el honor de presidir, es la afirmación de nuestra unidad, muy distinta del panamericanismo, que es fruto de la política imperialista del capitalismo yanqui contra la cual han levantado su voz los estudiantes de nuestra América. Con una visión exacta de la gravedad de la hora, ellos aspiran a desenvolver una nueva conciencia de los intereses nacionales y continentales, como fase preliminar de una compenetración política, económica y moral progresiva que encamine a estos pueblos hacia una Confederación. Repudian toda política financiera que limite la soberanía nacional o comprometa la independencia de los pueblos, y especialmente la contratación de empréstitos que consientan o justifiquen la intervención coercitiva de Estados capitalistas extranjeros en la política de la América Latina.

Es ese también el pensamiento de los jóvenes panameños que acaban de invitar a los estudiantes ibero-americanos para realizar un congreso bolivariano. Con ellos me solidarizo, cuando afirman que esa asamblea de jóvenes americanos será, a la vez que un legítimo y ferviente homenaje a Simón Bolívar, un paso de avance cierto en la senda que conduce hacia la América una y libérrima, hacia esa América maravillosa que abraza del **Río Grande a la Tierra del Fuego**.

La obra ha de realizarse sin odios. La juventud que predica y hace posible el advenimiento de la nueva era americana, no es enemiga del pueblo de Estados Unidos; no es enemiga de ningún pueblo, puesto que su idealismo es universal y altruista. Aspira a forjar la personalidad de Ibero-América para que realice sus destinos. Tenemos una alma propia y no podemos por tanto, resignarnos al humillante papel de satélites de otra nación. Reconocemos las virtudes de la raza anglosajona, más no hasta el punto de renegar de nuestras propias cualidades porque sean diferentes de las suyas. Lo he dicho antes de ahora. Nosotros desconocemos aún nuestros valores, porque nuestro estado de pasiva receptividad solamente hace visible los defectos que son la negación de nuestra verdadera personalidad. Sin embargo, a través de nuestra acción se ha definido ya nuestra ruta como opuesta a la de Estados Unidos. Mientras aquella nación adoptó como lema el de « América para los americanos », nosotros hemos optado por el de « América para la Humanidad ». Hay aquí dos maneras contrapuestas y excluyentes de considerar la vida. Norte América ya se ha definido, desarrollando al extremo y perfeccionando la civilización materialista, mecanicista y cuantitativa de la vieja Europa. Nosotros, aún no hemos dicho nuestra palabra, porque llevamos latente un nuevo germen que dará otra orientación a la cultura del mundo y aportará nuevos ideales a la especie. Tenemos que replegarnos sobre nosotros mismos, para escoger

el camino que nos sea más adecuado. Creo que nada tenemos que hacer por hoy con América del Norte, sino defendernos de las garras de sus voraces capitalistas. Los que predicán un panamericanismo que Norte América es la primera en despreciar, conspiran contra el porvenir de nuestra raza. Los Estados Unidos ya han cumplido su misión de incomparables dominadores de la materia. Nosotros debemos, ahora, emprender la nuestra, de intérpretes del espíritu.

Al agradecer al señor presidente la gentileza de que he sido objeto, le ruego acepte las expresiones de mi respeto personal, y me disculpe la franqueza de esta carta. inspirada en el afecto profundo que siento por el generoso y noble pueblo panameño.

ALFREDO L. PALACIOS

## La Dictadura en Panamá

### LA JUVENTUD Y EL PROLETARIADO SE SOLIDARIZAN CON LA ACTITUD DE PALACIOS

Carcel Modelo de Panamá, Febrero de 1926

*Señor doctor Alfredo L. Palacios*

*Buenos Aires - Argentina*

DESDE LA CARCEL


 E dirijo estas líneas, plenas de sinceridad y de afectos, desde esta carcel donde me encuentro en compañía de Diógenes de la Proza, Carlos Surio C., (éstos también como yo, miembros de la Comisión Organizadora del Congreso Estudiantil Bolivariano) Manuel L. Rodríguez, Samuel Casis, Manuel V. Carrido C., Gavino Sierra Gutierrez, Eugenio L. Cossani, Carmelo Conte, Eduardo Guevara, José

Félix López, Santos Amador, Roberto Gonzalez, Félix López, Cristobal Barahona, Manuel Martínez y Juan Lombardi; todos detenidos por la voluntad de un gobierno irresponsable e impopular, a causa de los sucesos del mes de Octubre último y por *delitos* que todavía,—después de cuatro meses—no se nos han precisado.

Dispéñeme si me extiendo demasiado, pero valga la oportunidad para ampliarle y ratificarle hechos relacionados con la última conmoción social de Panamá que tiene una repercusión en las demás nacionalidades de América. La libertad conculcada y la justicia escarnecida en un pedazo de este Continente es la libertad conculcada y la justicia escanrecida para todos los pueblos que habitan la tierra.

Vivimos una hora americana y debemos vivirla «para la misión de América, antes que para nosotros mismos». Para que ello sea así, esto es, para que podamos afirmar que realmente los pueblos de la raza latina existen colectivamente, es preciso que todos sintamos la identidad de nuestra índole, la inexorable comunidad de toda nuestra América en ideales y destinos, forjando la nueva alma americana. Este ideal generoso nos impone el deber de «arrancar de América hasta el último rastro de despotismo, puesto que esa obra maravillosa no es labor de esclavos» sino de pueblos libres y fuertes.

Donde quiera que exista la tiranía, en cualquier forma o aspecto, hay necesidad de concurrir por los medios posibles, a extirparla.

#### PALACIOS NO QUIERE SER HUESPED DEL TIRANO

Con este pensamiento — el pensamiento que anima y alienta a la nueva generación latino americana — Vd., con un valor civil y una honradez que, claro, no comprenden los espíritus estrechos y egoístas, ha rechazado la invitación que le hiciera, en nombre del gobierno de

Panamá, la Comisión Bolivariana para asistir a todos los actos y festejos con los cuales se conmemorará el primer Centenario del Congreso Panamericano, convocado en esta ciudad por Simón Bolívar, considerando que la «actitud del Gobierno de Panamá en los acontecimientos de octubre, al solicitar la intervención yanqui para sofocar un movimiento popular, convertía a la República en una colonia norteamericana».

A este gesto suyo que obedece al cumplimiento de un deber para el americanista sincero, comprensivo de la obra de la juventud renovadora, el gobierno de mi país — que ya ha perdido todo vínculo con el pueblo — ha contestado violentamente, insulsamente, con un cúmulo de falsedades y de calumnias que no es posible dejar pasar por alto. Lamento profundamente, — todo panameño de corazón lo lamenta también — la conducta poco digna del gobierno de la República de Panamá; pero, la posición mía, — y la de toda la juventud y el proletariado conscientes de acá — es de frente a todo régimen absurdo y tiránico; por lo tanto, lo combatimos con sinceridad y lo denunciemos ante la América, por su conducta. Sin ningún temor a los directorios de los señores que hoy detentan, en este Istmo el poder y de toda su camarilla — los *patriotas* que venden nuestros pueblos al oro yanqui, — rechazando rotundamente y de antemano las calumnias y las injurias de los retrógrados y *chauvinistas*, incapaces de mirar por encima de sus narices; aceptando el cargo — por segunda vez — de «traidor a la patria» (?) por parte de quienes piensan en egoístas y estrechos nacionalismos, aplaudo con todo calor y entusiasmo su actitud que debe servir de ejemplo edificante y que es como una campanada de incencio en altas horas de la noche que anuncia a los pueblos de América el derrumbe de todos los despotismos y de todas las tiranías que implica su redención integral. —

Y, Dr. Palacios, por mi conducto hablan la juventud y el proletariado de mi país, porque nos une más fuertemen-

te—nos identifica y fortalece—el común dolor y los mismos anhelos de justicia social.

Afirmo que el gobierno de Panamá, al contestar su gesto de altivez y de hombría de bien—que sabrán apreciar todos los hombres libres de América—ha mentido y ha calumniado al pueblo que dice representar y defender, divorciándose así de él por completo; y, tengo el deber de comprobar la afirmación.

Tal el segundo objeto de ésto que le escribo desde aquí, una cárcel en donde se nos ultraja a diario y se nos priva hasta del sol.

Dispénseme si al escribir, recuerdo las sabias palabras del insigne Manuel González Prada: «rompamos el pacto infame de hablar a media voz».

#### LA CONTESTACION DEL DICTADOR

Analicemos, pues, la contestación del gobierno de Panamá. En primer término, declara, *ubi et orbi*, el gobierno de éste mi país, que «estudiados los sucesos de Octubre en Panamá, sabíase se trató de un movimiento subversivo de carácter anarquista y no de un simple movimiento popular».

Sin entrar en elevadas consideraciones de otro orden, me permitiré con la sola enumeración de los hechos, demostrarle, para que lo diga bien en alto y se justifique universalmente su conducta, que los hechos ocurridos en Panamá en el mes de octubre no tuvieron el cariz de «subversivo con carácter anarquista», sino que se trató simplemente de un movimiento popular, como ya habíalo calificado Vd.

La masacre del 10 de octubre no tiene ni la explicación de haberse consumado en defensa del gobierno, de sus instituciones, ni de las personas que la idearon y ejecutaron, porque éstas jamás estuvieron en peligro.

#### EL MOVIMIENTO POPULAR

En los primeros meses del año pasado—de 1925—los propietarios de casas, pretextando el alza de los impuestos sobre inmuebles decretado por la Asamblea Nacional, subieron inmoderadamente sus alquileres hasta tal punto que los colocaron fuera de las posibilidades económicas de nuestras clases trabajadoras. La crisis económica—que se advierte en toda la América—motivada, entre nosotros, por la miseria y la falta de trabajo, agravó el problema, exigiendo pronta solución. Otras razones hicieron insoportables el aumento de los alquileres de las casas, entre ellas, que el aumento de los impuestos inmuebles no se había hecho efectivo todavía, que el alza de los alquileres era exagerado respecto a la elevación de los impuestos aludidos; que, equitativamente el reajuste se debía hacer sin tomar en cuenta a las clases trabajadoras porque así lo demanda la situación económica del país, ya que lo justo es que el Estado, interesado en el bienestar general, debe reclamar más de los que más tienen en forma progresiva.

Estas circunstancias, a las que debo agregar otras de carácter especial, hicieron que la protesta de los trabajadores contra la opresión inusitada de los dueños de casas fuese casi unánime y llegase a obtener la fuerza que obtuvo.

#### EL SINDICATO GENERAL DE TRABAJADORES

Así surgió, bajo la garantía del *Sindicato General de Trabajadores* con personería jurídica, la *Liga de Inquilinos*; ésta, después de agotar todos los medios conciliatorios para buscar solución al problema, con un mes de aviso, decretó la *huelga pacífica del no pago*, el primero de octubre a fin de conseguir la rebaja de los alquileres.

La labor de la Liga—especialmente sus asambleas ge-

nerales y manifestaciones populares, fué desarrollada en un todo dentro del régimen legal y jurídico—social que establecen, entre nosotros las instituciones públicas, y, aumentó, asimismo, sus filas, con el impulso del desprecio y la indiferencia estúpida del gobierno y los propietarios, quienes desde el 1 de octubre, soportaron la resistencia pasiva de más de 10.000 inquilinos a pagar sus alquileres.

Este estado de cosas provocó las iras de los gobernantes que habían estado haciendo promesas falaces y engañosas; desde este momento se mostraron abiertamente en contra de los intereses de las clases trabajadoras, rompiendo así su indiferencia y su desprecio para el problema. La expulsión violenta de un extranjero con más de 20 años de residencia en el país, la amenaza de deportación hecha a otros más y la prohibición de las asambleas generales, constituyeron violentas bofetadas inferidas al proletariado de la Capital que ya sufría la expoliación del casero. Nada justificaba estos atentados contra las libertades públicas, nada lo justifica todavía.

La labor de la *Liga de Inquilinos* se había desarrollado, y seguían desarrollándose—ya lo dije—ceñida estrictamente al régimen social político de la República y ni un abuso ni una irregularidad podía explicar la prohibición del derecho de reunión pacífica y la libre propaganda de ideas, consagradas expresamente en nuestra Carta Magna.

Por otra parte, nada amenazaba la estabilidad del orden público, amparado por los Estados Unidos por un contrato brutal—que analizaré más adelante—con una específica efectividad que resulta ilusorio un atentado al régimen constitucional.

Por qué, pues, la parcialidad del gobierno?

Hay un hecho que surge y que habla por sí solo: los encargados, hoy día, del poder, aquí, están sujetos a los propietarios, unos, son propietarios, otros, todos elementos constitutivos del capitalismo criollo—aliado incondicional del capitalismo internacional—sin autoridad para impedir

abusos de esta índole que ellos mismos ejecutan en otros negociados, como en el del azúcar, para citar alguno. A todo esto hay que unir su falta de inteligencia política y su falta de comprensión de los problemas sociales.

Así, pues, el hecho de que la mayoría del proletariado de la capital de la república—que ya no podía soportar silenciosamente las injusticias flagrantes cometidas en su contra—respondiera con una protesta vigorosa y unánime a la rotunda negación para reunirse pacíficamente a fin de buscar solución de un problema que lo era—como todavía lo es de vital importancia, era la consecuencia lógica de la conducta arbitraria y tiránica del gobierno que había perdido la confianza popular.

#### LA ASAMBLEA DEL PUEBLO Y LA MASACRE

Por ello, en la noche del sábado 10 de octubre, a pesar de habersele prohibido reunirse pacíficamente, violándose, de grado burdo, la Carta Magna, proyectó su asamblea general en el Parque de Santa Ana, en uso del legítimo derecho que no podíanle arrebatarse los caprichos de gobernantes inmorales. Ese gesto de altivez ciudadana y de comprensión de sus deberes y derechos, le valió la masacre, la deportación, la cárcel, las persecuciones, el título de «traidor a la patria».

La conmoción social que sobrevino en la ciudad de Panamá, a «la noche sangrienta», en la que cuatro ignorantes con investiduras oficiales, en completo estado de embriaguez, ordenaron y consumaron el asesinato de un pueblo indefenso que pedía un harapo de justicia y de vida, era de esperarse y es justa,

El crimen y la infamia cometidos, la originó. Entonces, impotente el gobierno para proseguir su obra de destrucción, llamó, en su ayuda al yanqui, en sangrienta interpretación del pacto contractual que tenemos con los Es-

tados Unidos de Norte América, y que es la violación misma de nuestra independencia y soberanía.

A estos hechos, narrados en anteriores líneas, Dr. Palacios, y que se ajustan a la más estricta verdad, son a los que el gobierno de Panamá—sobre quien debe caer el anatema de los hombres libres de América—califica de «subsersivos con carácter anarquista». Con qué descaro se tergiversan y falsean los hechos! Ante ellos mismos, se estrellan todas las maquinaciones de la audacia y de la mentira y la afirmación que el gobierno de Panamá hace a la América es una tremenda y burda falsedad. Los comentarios huelgan.

#### LA INTERVENCION YANQUI Y LA SOBERANIA NACIONAL

Ahora bien, más adelante, agrega la contestación oficial que «no ha habido violación de la soberanía nacional ni tal colonia norteamericana al solicitarse y cumplirse la cooperación de la policía militar de la zona para someter la rebelión (?) de octubre».—

Antes de todo, es preciso que señalemos un error grave en la afirmación anterior. Lo que sucedió en esta capital desde el 12 de octubre hasta el 24 del mismo mes, fue una *intervención* del ejército americano, no una *cooperación* de la policía militar de la zona del Canal. A invitación oficial, el día de la raza, entraron a esta ciudad 1200 soldados norteamericanos, armados hasta los dientes, al mando del general W. Martin, quien impartía *órdenes militares* que nuestras «autoridades superiores» aprobaban y cumplían *ipso facto*.—

#### EL TRATADO

En verdad que un tratado con los Estados Unidos, cuya revisión se impone, otorga al gobierno de Panamá la facultad de solicitar la intervención yanqui, cuando crea

turbado el orden público o constitucional. Pero preguntamos ahora: acaso el ejercicio de esa facultad que se nos *impuso* en 1903 por la traición de unos, la cobardía de otros y la situación caótica que sobrevino a raíz de nuestra independencia de Colombia, no es una *disminución* de la soberanía nacional? No es una intervención que resta prestigios y autoridad a nuestras instituciones públicas? No significa un paso en forma hacia el establecimiento de la colonia yanqui? No estraña una afirmación positiva del *protectorado* que los Estados Unidos de Norteamérica ejercen en Panamá en virtud de un tratado maquiavélico, cuyos compromisos y obligaciones no tienen fuerza moral ni legal para la actual generación que no participó en sus negociaciones?

El solo hecho—agravado por la solicitud expresa—de que 1200 soldados norteamericanos entren a la ciudad de Panamá a sofocar un movimiento popular es lesivo a la dignidad, decoro e independencia del Estado de Panamá. De ningún modo el hecho de estar el gobierno facultado por un contrato, que por sí solo es la restricción de la libertad y la independencia de la República, para solicitar la intervención yanqui en los negocios internos del país, destruye sus efectos humillantes y despresivos; al contrario, los intensifica, pues la intervención pedida, expresa o tácitamente, no es otra cosa que el acto material de la violación a nuestra independencia y soberanía, aceptada en principio, al imponérsenos la cláusula terrible y cruda.

Hay algo que agrava en el presente caso la posición de los señores del gobierno: los actuales gobernantes que ufanos mienten para diz que salvar el honor del pueblo panameño, sostenían el anterior principio, esto es, que la simple intervención norteamericana, en cualquiera forma que se presentase, era—es—lesiva a la dignidad de la nación panameña, cuando, en la pasada lucha eleccionaria—1924—cruel y sangrienta farsa!, el partido de oposi-

ción solicitaba la intromisión yanqui, para garantizar sus intereses. Entonces el Sr. Chiari —ayer candidato oficial, hoy presidente— y sus correligionarios, invocaron *patriotismo*, que ellos saben amoldar bien, conforme sus apetitos personales, con cualidades cerámicas excelentes; execraron y pidieron execración para quienes hacían «tan vergonzosa y humillante solicitud» Oh los signos del tiempo!

#### PALACIOS y EL GOBIERNO PANAMEÑO

Los actuales gobernantes no podrán nunca explicar ni justificar su conducta ante la historia. Pasarán ante ella, como farsantes, como tiranuelos, como cómplices del imperialismo yanqui y de su obra nefasta que ya se deja sentir, así mismo, en Cuba, Perú, Colombia, Haití, Centro América, etc.—

Y era claro que Vd., al igual de José Vasconcelos, Manuel Ugarte, José Ingenieros, para citar representantes del pensamiento americano, que han afirmado y sostenido que los pueblos de América deben levantarse para oponer sus fuerzas y sus energías a la obra vandálica de Yanquilandia, no pueda recibir honores de quienes, coadyuvan a consciencia, a esa obra de opresión y de aniquilamiento de los pueblos americanos, que significa el imperialismo capitalista de Norteamérica.—

Hay algo que Vd. debe saber para que lo diga muy en alto. Un deber me obliga a decírselo: en Panamá, apesar de su situación especialísima con los Estados Unidos —estamos maniatados de pies y de manos— en la masa popular y en su juventud viven latentes, fuertes, vigorosos, el espíritu y el pensamiento de la raza latina. La lucha es sorda y cruda, pero en el pueblo de Panamá, hoy más que ayer, el sentimiento y el anhelo por América, la gran patria que diría Rodó, no se ha extinguido ni se extinguirá.

Su juventud renovadora y su proletariado sano responderán siempre al grito de la raza.

Otro hecho más viene a desprestigiar al gobierno de Panamá, que lamentamos también, pero que tenemos el deber de denunciar. La verdad por sí sola depura.—

#### EL CONGRESO DE LOS ESTUDIANTES

##### PERTURBADO POR EL DICTADOR

Vd. sabe de la realización proyectada del Congreso Estudiantil Bolivariano para el mes de junio próximo. De él me habla Vd. en su hermosa carta de noviembre del año pasado, la que agradezco y aprecio. Pues bien, dos actitudes violentas del gobierno han retardado la celebración de esta trascendental asamblea juvenil. La primera: encarcelación de 3 miembros de la comisión: Diógenes de la Rosa, director del Departamento de Propaganda; Carlos Surio C., director del Departamento de Tema, y yo, Secretario General. La segunda: suspensión violenta e inusitada del auxilio económico que el estado prestaría, de acuerdo con la ley expresa que ratificó el mismo gobierno, legalmente, en el mes de junio pasado.

Por estas razones se encuentran estancadas las labores de la comisión de dicho Congreso y se prepara, para los hermanos de América, una explicación de su aplazamiento. No hemos, pues, echado de menos, tan importante obra.

Una tercera circunstancia viene a agravar y a condenar con mayor fuerza la conducta del gobierno panameño, que también ha masacrado indios indefensos, especula vergonzosamente con los dineros del estado, ha iniciado la era de las deportaciones, de las persecuciones a obreros y estudiantes y juega, sin escrúpulos el porvenir político del país en Washington.

## EL REGIMEN DEL TERROR

Desde los sucesos de octubre, ha implantado el régimen del terror para acallar toda protesta.

Amenaza a los dueños de imprenta, les impone órdenes estúpidas y paga la campaña de difamación contra nosotros y nuestros aliados. No hay prensa libre. Solo la gran prensa—la oficial—con la audacia y mala fe de un Shylock, trata de engañar en su provecho la opinión pública y de relajar las instituciones sociales. Por eso, después de cuatro meses, no se nos ha precisado el delito que cometimos por gritar la miseria y el dolor de un pueblo y exigir para él, pan y alegría.

Por todo lo expuesto, su gesto de honradez y lealtad, no me ha extrañado, ni extrañará a todos los que piensan con el cerebro y no con el estómago.

Aplaudo, aplaudimos todos, sin reservar su actitud: ella armoniza con el pensamiento de la nueva generación americana: «Contra el imperialismo yanqui, por la unidad política de nuestros pueblos para la realización de la justicia». Contra todas las tiranías para la salud social de los trabajadores.

Dr. Palacios: diga todas estas cosas bien en alto y cuente con el afecto de la juventud y el proletariado de Panamá.—

Fraternalmente

ALBERTO L. RODRIGUEZ

## Entre las juventudes de Asunción y La Paz

Con motivo de un revuelo de cancillería—de esos a que tan acostumbrados nos tiene la diplomacia oficial—la juventud de ambos países afectados, Paraguay y Bolivia, cambiaron sendos mensajes de confraternidad. Por lo que las piezas textualmente dicen y por la significación que el hecho en sí tiene como un caso más demostrativo del grado de afinidad con que va tomando cohesión el nuevo espíritu continental, SAGITARIO reproduce los documentos. Llama la atención del lector sobre las refe-

rencias de enérgica censura que se hacen a los dictadores de América y el llamado angustioso de los jóvenes bolivianos a la defensa contra el avance del «imperialismo yanqui», que está ya en la frontera norte de la tierra argentina y a punto de poner el pie en Jujuy.

De la Federación de Estudiantes de la Asunción,  
República del Paraguay

Asunción, Noviembre de 1925.

Señor Roberto Hinojosa.—Buenos Aires.

Estimado compañero:

**H**E recibido vuestra hermosa carta que ha sido acogida con entusiasmo por la juventud paraguaya.

En ella habláis de los ideales de las nuevas generaciones de Bolivia, ideales caros para nosotros.

Toda vuestra carta rebosa de sinceridad y de nobleza. No podía pensar en escribir de otra manera un descendiente de aquellos austeros y virtuosos ciudadanos que en momentos trágicos de la historia paraguaya, supieron con el elevado gesto de auténticos caballeros ligar nuestro agradecimiento a vuestra generosa patria.

Sobre los conceptos que profesáis en ella, joven y querido camarada proscripto por el tirano de vuestra tierra, debo también manifestaros que detestamos el «chauvinismo» y consideramos un deber de la juventud paraguayoboliviana producir un acercamiento espiritual entre nosotros. Y ello hemos de lograrlo precisamente en el momento actual, evitando que los gobiernos de nuestros países susiten cuestiones enojosas por un diferendo de límites, porque después de todo, no han de ser los mandatarios ni los armamentistas quienes en las horas de tragedia han de dejar sus cadáveres entre el lodo de las tricheras o en los campos de batalla... Siempre ha de ser de la juventud la sangre derramada, de ella que representa el porvenir y que no tiene por qué ser masacrada sino en aras de legítimos ideales.

Hablo así, porque nuestras ambiciones no pueden ser las de las generaciones pretéritas, las cuales tenían por honra morir gloriosamente por la patria. La juventud de este siglo, solo debe pensar vivir gloriosamente por la patria. Esto último si bien difícil, es altamente más fecundo y más glorioso, porque es fácil ser héroe en un momento de animal ofuscación; pero es difícil, muy difícil, ser héroe anónimo de cada hora. Y se llega a serlo viviendo la honesta vida del hombre que emplea su talento y su energía en el trabajo diario, en el amor, y en el culto de todas las virtudes.

El porvenir de los pueblos de América ni de ningún pueblo, radica en la guerra, sino en la paz y mal podemos vivir en desacuerdo nosotros que por tener idéntica posición geográfica, debemos incesantemente cultivar una política común.

Rodeados de poderosos y ricos vecinos, tenemos aún inmensos territorios que poblar. Un común origen nos dió una misma lengua, una religión e idénticas instituciones políticas. A nuestra semejanza racial que es un natural efectivo, hay que agregar una necesidad que debe acercarnos y es nuestra diversidad de producción que hace forzoso el intercambio. Bolivia produce lo que aquí se necesita y viceversa.

Y sin embargo, hacemos estúpidas cuestiones por inconcesables designios, así como el de trazar en el mapa fronteras que no existen en la naturaleza, cuando todo nuestro celo debiera emplearse en borrarlas del espíritu de las generaciones nuevas para dar a la América un ejemplo de verdadera fraternidad, reproduciendo el pensamiento y los hechos que ayer hiciera surgir ante los ojos admirados del mundo entero, una Alemania rica y poderosa y una Italia grande y libre.

En cuanto a la bárbara y brutal dictadura que aqueja a vuestro pueblo, que hace cerrar escuelas y confinar estudiantes, solo causa repudio en la juventud paraguaya, la cual

por sentirse americana, se avergüenza de los males que aún aquejan a una parte de nuestro continente.

La juventud de mi patria hacer llegar por vuestro intermedio a su hermana de Bolivia, toda la simpatía de su corazón.

Ella tiene horror y asco a la dictadura y opina que es preferible un siglo de revolución a cuatro días de tiranía.

Con las revoluciones se pierde es cierto los bienes tangibles, pero el patrimonio moral queda intacto cuando no aumenta. Los bienes materiales se adquieren y se pierden con las vueltas de fortuna; en cambio una hora de ignominia basta muchas veces para hacer perder la dignidad de un pueblo y la moral no se rehace con tanta facilidad; ella representa el legado espiritual que cual preciosa herencia hemos recibido de nuestros mayores, es el coeficiente sagrado de numerosas generaciones cuyo retorno una vez perdido no se puede precipitar con el olvido ni con las leyes sabias. Que pierda un pueblo su moral y lo habrá perdido; pero no ha de ser un tirano quien habrá de oponerse a la juventud estudiosa que siempre ha tenido ganadas todas las batallas. Contra ella no podrán luchar los Saavedras ni los mandones galoneados que pretenden gobernar con la mazorca y con la espada. De ella es el tiempo y la fe en el triunfo que agitan el tesoro enorme de su voluntad.

Luchad pues, compañeros de Bolivia, para que los ideales de libertad y de fraternidad se difundan y se vigoricen en esa hermosa parte de nuestro continente que llamáis vuestra patria y vuestros esfuerzos serán para bien de la nación boliviana y de los pueblos que conviven en esa parte del Atlántico.

Por la Federación de Estudiantes del Paraguay.

(Fdo.) — CLITOFONTE LEPRETTI  
Presidente

OBDULIO BHARTE  
Secretario

## Contestación de la Asociación "Platonía", de La Paz, Bolivia

Queridos compañeros:

Jubilosos hemos recibido vuestro hermoso mensaje, enviado por intermedio de nuestro valiente compañero Roberto Hinojosa, injustamente exilado de esta tierra, por la tiranía imperante. No podréis imaginaros el grande entusiasmo que ha despertado en nuestros espíritus esa página calurosa y sincera, que como todo producto de juventud idealista, es una vehemente exteriorización de sus sentimientos.

La Asociación juvenil «Platonía», inspirada por las nuevas corrientes ideológicas de nuestro continente, cuyos paladines ilustres son Ingenieros, Vasconcelos, Palacios, está empeñada en contribuir con su modesto empuje en la gran cruzada idealista y se cree con derecho para dar respuesta a vuestro mensaje.

No hallaréis en nuestras frases novedades rimbombantes, producto de la falsía, y que, juventud sana como soís, rechazaríais asqueada. Tampoco nosotros sabríamos escribiros en esa forma. Y sí, lo haremos plenos de sinceridad. Frases limpias sobre todo, sin la caótica falacia de los discursos de cancillería.

Un quinquenio de oprobiosa tiranía, ha estrangulado todas las manifestaciones espirituales de la juventud de Bolivia. Y las filas de la muchachada boliviana iluminada de rebeldía, ha ido amenguándose paulatinamente... Unos absorbidos por las cuencas sombrías de las cárceles y otros arrojados al destierro o al confinamiento. Los más, por ese aplanamiento moral, congénito con la acción secante de las tiranías, se prostituían, por el mísero pin-gajo de un empleo oficial y turiferario.

El militarismo y el clero, fieles aliados de los gobier-

nos de fuerza, sentaron sus reales junto al tirano, instituyendo la funesta trilogía que había de absorber las más indispensables actividades sociales de esta parte de América.

Como lógica consecuencia en un régimen desorientado y dilapidador, prodújose la nefasta intromisión del imperialismo yanqui. Bien sabréis que nuestro país por razón de onerosos empréstitos y contratos vergonzosos, se halla totalmente en poder de los «bárbaros del Norte».

Y estos peligros no lo son únicamente para nuestro país. Extended la mirada en redor vuestro y veréis otras naciones jóvenes de América Latina estrujadas, dolidas, asfixiadas por idénticos dogales.

Son pués peligros comunes, que amenazan a toda la América nuestra. De ahí que debamos unirnos sólidamente, en una misma fuerza capaz de rechazar los peligros internos y externos.

Este acercamiento, que ha de realizar nuestro ideal de americanistas, deberá conseguirlo la juventud, no contaminada aún de preceptos «chauvinistas» y de política mendaz.

Repudiamos ya las palabras capciosas de los políticos, traficadores y capitalistas en las guerras: los únicos empeñados en conducirnos a matanzas que usufructuarían a su favor. Pensamos como vosotros, «ya no podemos alimentar las mismas pasiones que las generaciones pretéritas, las cuales tenían por honra morir gloriosamente por la Patria. Sólo debemos pensar en vivir gloriosamente por la Patria».

Bien hacéis notar, así mismo, que, dado el caso de producirse una absurda contienda de fronteras, que los políticos viciados, querrían aprovechar para empujarnos a la estupidez de un crimen colectivo, será la juventud quien inmole más vidas a las fauces del Moloch de la guerra. De ahí que debamos rebelarnos contra las interesadas resoluciones de los gobiernos, que no representando la vo-

luntad de los pueblos, mal pueden obrar en nombre de ellos.

Os agradecemos, queridos compañeros, vuestro mensaje. La prueba tangible de que el ideal de vinculación latino-americana se va cristalizando en mirífica realidad, es que nuestros pensamientos son los mismos: de Paz, de Unión y de Justicia.

Creed en la sinceridad de nuestras palabras. Os estrechamos efusivamente las manos.

Por «Platonía»,—Asociación Juvenil Latino Americana.—  
Secretario General: (firmado) Abraham Valdéz, Secretario de Relaciones: Oscar Alberto Cerruto, Secretario Interno: Juan Paz Rojas, Secretario de Hacienda: Moisés Alvarez.

La Paz (Bolivia), Diciembre de 1925.

## CeDInCI Documentos del despotismo en América

**N**UESTRO representante general en Francia, secretario de la delegación uruguaya a la Conferencia de intelectuales de la Liga de Naciones y Presidente de la Asociación General de Estudiantes Latino-Americanos, don Carlos Quijano, nos envía desde París los dos documentos que insertamos a continuación.

El primero es la nota enviada por dicha Asociación al tirano del Perú, Augusto B. Leguía, comunicándole la resolución tomada con motivo de la prisión y confinamiento en la isla de San Lorenzo, del presidente de la Asociación Universitaria del Cuzco, don Velazo Aragón. El segundo es la contestación oficial del Gobierno del Perú por intermedio del Secretario del presidente de la república.

No hemos de ocultar la repugnancia con que tomamos este segundo documento. De la primera a la última línea, solo se encuentran las palabras más groseras y los adjetivos más soeces del vocabulario de que echa mano el personaje atrabiliario y siniestro que humilla hoy al noble pueblo peruano, cuando quiere desahogar su rabia. Apartando la maraña viscosa de los insultos, le hallamos *un argumento de defensa* al tirano. Dice que la idea abstracta de la democracia es difícil de realizar en la realidad y en la acción. Aparte el «lapsus» perogrullesco de «rea-

lizar en la realidad», no costaría nada hacerle ver a este extraviado hijo de América, sin fé en sus pueblos y en sus destinos, que con los ejemplos del Uruguay, de la Argentina, del Brasil y de Chile, se demuestra que la realización de la democracia puede ser difícil pero no imposible. La humanidad viene luchando por la realización del ideal democrático desde la antigua Atenas con el plebiscito, hasta la Suiza actual con el «referendum». No se ha alcanzado el sistema perfecto, como que la propia esencia de la idea democrática evoluciona con los nuevos elementos que aporta el desarrollo constante de la masa social; pero ello no ha hecho desmayar a las pueblos sanos puestos en la senda, ni menos justificado la tiranía y el despotismo. Con hombres como el señor Leguía al frente de los destinos de un pueblo, es no ya difícil sino imposible la realización democrática, en virtud de la misma razón por la que lo fuera en nuestro país, mientras no se arrojó por la fuerza al tirano Rozas que tenía a la mazorca por instrumento de gobierno y por respuesta a la prédica de sus opositores, los lemas de «*Mueran los salvajes, inmundos, asquerosos unitarios*» y «*Muera el loco, salvaje, traidor U-quizá*».

El cinismo llega al colmo cuando dice en la nota que «en el Perú no hay tiranías, ni tiranos, ni pueblo esclavo». Hay tiranía y hay esclavos cuando se ahoga por la fuerza la libre emisión del pensamiento y el control de los actos de un gobernante, y se impide a los ciudadanos la manifestación de su soberana voluntad que acompaña al que piensa mejor o inspira más confianza. ¿O pensará, si puede hacerlo este tragi-cómico personaje, que para que exista esclavitud de un pueblo en el siglo XX, es fuerza verlo surcar los mares atado al banco de la galera o tasado en el mercado negrero?

SAGITARIO inserta el documento sintiendo que él afianzará más en el espíritu libre de la Nueva Generación de Latino-América su fé en el triunfo, ante la forma cruda con que estos hechos ponen en evidencia los males del continente.

París, octubre 10 de 1925.

*Señor Presidente:*

Cúmpleme manifestarle que la Comisión Directiva de la Asociación General de Estudiantes Latino-Americanos en París, en sesión del 30 de septiembre de ppdo., en conocimiento de los nuevos atentados cometidos contra nuestros camaradas peruanos, resolvió:

La Asociación General de Estudiantes Latino-Americanos, cree de su deber protestar contra el gobierno tiránico de Augusto B. Leguía, que es una afrenta a América y a la civilización.

Envía, al mismo tiempo, la expresión de su simpatía a los universitarios encarcelados o desterrados por el tirano y señala a la atención de todas las juventudes del continente, la prisión del camarada Velazco Aragón, Presidente de la Asociación Universitaria del Cuzco, confinado en la actualidad en la isla de San Lorenzo.



Lima, 19 de noviembre de 1925.

*Señor Secretario de la Asociación General de Estudiantes Latino-Americanos.*

Muy señor mío:

Devuelvo a Ud. su comunicación del 5 de octubre, en que me trasmite un voto de su Asociación, emitido en contra del Presidente del Perú.

Mi oficina no recibe ni guarda documentos como el de Ud. en donde la dignidad humana aparece tan rebajada por la mentira y la calumnia.

Es deshonoroso para un hombre libre hacerse eco de las pasiones y de los odios ajenos. Yo compadezco a Ud. por haber estampado su firma en un papel que denigra la figura histórica del Presidente Leguía, cuya personalidad sólo pueden odiar los esclavos que maldicen a sus libertadores o los eunucos que tienen horror a la masculinidad.

Estudien primero Ud. y sus colegas el medio sudamericano; estudien los problemas políticos de nuestro país reconociendo sus excelencias y defectos, y después juzguen a sus hombres y a sus gobiernos y no como ahora lo hacen, por lo que han oído decir o por la sugestión que ejerce una idea abstracta de la democracia que pro-

claman retóricos en derrota pero que es difícil de realizar en la realidad y en la acción.

En el Perú no hay tiranías, no hay tiranos, no hay un pueblo esclavo y por consiguiente están demás supuestos libertadores como Uds. verdaderos comediantes en el gran escenario de la vida, que en vez de predicar un credo de redención predicán una cruzada de odio.

Y después de estudiar, haciendo una labor seria de investigación y de crítica, procedan como hombres imparciales y no como brutos que tiran coces por el placer de patear como las bestias.

¡Y qué triste estar en París, en el seno de la ciudad ideal, en donde la violencia primitiva y el odio jacobino se resuelven en fraternidad humana y serena sagacidad, y proceder apenas como cualquier tipo de las más bajas clasificaciones zoológicas!

Dios guarde a Ud.

El Secretario del Presidente de la República

(Firmado)

LUIS ERNESTO DENEGRI.



# Noticias

## Temas de nuestra América

### Los problemas de México

(Conclusión)

La paz, mantenida en un principio con las armas del gobierno y con la astucia de provocar el aniquilamiento recíproco de los caudillos provincianos, fué haciéndose, poco a poco, indolencia crónica y desapego de los asuntos públicos. Favorecidos, según la conveniencia del dictador, los ambiciosos, acallada con puestos públicos o con amenazas la conciencia de los espíritus clarividentes, el país fué entrando en una era de conformismo y de indolencia cívica que fué poderoso cómplice del sistema dictatorial. Rápidamente fueron renunciados los derechos de los ciudadanos, y con destreza digna de mejor causa, fué organizándose aquella administración respetuosa de las formalidades exteriores y vulneradora de los principios constitucionales. Porque la dictadura, que no tenía escrúpulos para violar garantías y pasar por encima de las leyes, era tímida para burlarse de la exterioridad legal.

Supremo elector de diputados, senadores y gobernantes, centralizador de toda acción en las entidades federativas, fiscalizador de la inmensa mayoría de los nombramientos más insignificantes, el Presidente pocas veces pasó en lo formal sobre la ley escrita. La farsa electoral se practicaba con una meticulosidad sin ejemplo; la suspensión de las garantías individuales tomaba formas de proceso intachable merced a las complicidades sin cuento, y a cada atropello y a cada burla electoral, correspondía un expediente forjado con el impudor de quien no teme acusadores. En silencio los tímidos inconformes y en abierta ayuda los simpatizadores de semejante retroceso político, nadie concurría a depositar su voto en las urnas electorales, y las boletas impresas en las oficinas del gobierno daban por unanimidad el triunfo a los designados por la voluntad presidencial. Confesemos, para nuestra vergüenza, que todo el engranaje de semejantes procedimientos no tuvo por muchos años más protesta que la irónica sonrisa con que se acogía el resultado de las elecciones y el amedrentado comentario de los cenáculos. Ni un partido político frente a la administración omnipotente; ni una voz en el libro o en la prensa, porque algún alarde de espíritu independiente en

la hoja diaria o en el libro impreso era condenado con el ostracismo o con la muerte; ningún escándalo para el asesinato o el destierro, sino la desaparición misteriosa del presunto culpable, en forma tal, que la acusación quedara sin fundamento preciso.

Porque aquella dictadura no tuvo nunca el carácter violento de otras dictaduras americanas, ni ostentó las formas impulsivas de otras tiranías. Un terror tranquilo se instaló en la República, una seguridad de que la sumisión al régimen garantizaba de todo atropello; y sobre las iniquidades se extendía una mansa corriente de paz morbosa, y los gritos de las conciencias habían sido acallados con el estruendo de las máquinas del trabajo.

Bajo aquella superficie de agua mansa, bajo aquella organización engañosa simbolizada en su lema sofisticado de "poca política y mucha administración", el país era corrompido y sofocadas sus más nobles tendencias de pueblo libre. La administración de justicia era un mito. La consigna se paseaba desde los tribunales más altos de la República hasta el último juzgado de provincia. Si el Supremo Tribunal estaba en manos del Presidente, en manos poco escrupulosas de cualquier jefe político de un departamento estaban los juzgados locales. El hábito de la consigna fué tal, que se solicitaba por costumbre, y poco duraba en su puesto un juez íntegro que se atrevía a fallar en conciencia sobre cualquier asunto que interesara al ejecutivo. Hombres de capital y de influencia iban cometiendo sistemáticamente los despojos de las comunidades rurales. Para el indio, para el campesino, la justicia era un sueño, y entre los despojos sancionados por jueces venales y las combinaciones rapaces de los tinterillos, el gran engranaje de los latifundios, que tanto agravó más tarde nuestro problema agrario, se instaló como una red en toda la nación, feudo de unos cuantos favorecidos.

El lema de "poca política y mucha administración", que parecía preconizar un sistema de gobierno práctico y atento a las necesidades del pueblo con olvido de teorizaciones infecundas y de disturbios de agitadores, no era otra cosa que el adormecimiento del espíritu cívico, la muerte del alma nacional, arullada por el canto falaz de las sirenas de un trabajo infecundo que dejaba en el abandono a las clases proletarias y que llenaba las arcas de los favoritos. Alrededor de la presidencia se instaló una camarilla cerrada de hombres de influjo político, verdaderos directores administrativos que con un ojo hacía el dictador y otro a sus negocios personales, disponían de todas las prerrogativas y hacían uso de todas las combinaciones en propio provecho y a hurto de las necesidades del pueblo. Grandes concesiones para obras de positiva utilidad pública eran maleadas con el miedo personal. La confianza que la tranquilidad del país despertó en el exterior para la inversión del capital extranjero, se aprovechó a cada paso para negocios nada limpios y para despojos de los nacionales. Mientras los millones se aplicaban a explotar las fuentes de nuestra riqueza, la clase rural vivía vida de miseria y de abyección. Los grandes terratenientes mantenían su servidumbre sobre la base de un sistema esclavizante, y Estados de la República había, como el de Yucatán, uno de los más ricos, en que los jornaleros sufrían vejaciones, y hasta tormento, por deudas contraídas por sus ascendientes con el amo cruel y codicioso. Los míseros jornales, las tiendas de raya, explotaciones inicuas en que se pagaba con mercancías caras y adulteradas el noble trabajo del indígena, fueron casi instituciones oficiales, manejos tolerados por la inconsciencia de la ad-

ministración. Un defectuoso sistema de impuestos pesaba sobre las clases pobres y medias de la nación, y era suave y benigno ante los grandes capitales. Latifundios valiosos de muchos millones de pesos, estaban registrados en el catastro con cifras irrisorias, y en cambio, la pequeña propiedad se debatía en medio de angustias económicas que eran hábilmente aprovechadas por el latifundista para adquirir por unos cuantos pesos lo que era patrimonio de las clases trabajadoras, e iba a servir para redondear su propiedad enorme e insolente. Nuestra gran riqueza potencial en materia agrícola quedaba de hecho nulificada. Aquellas propiedades fabulosas mal podían ser explotadas por el dueño incapaz y cuya sed de poseer era insaciable, y en Sinaloa y Chihuahua, Estados ricos, se podía caminar en ferrocarril por varias horas sin salir de los terrenos de un propietario.

La educación, base racional de nuestro progreso futuro, fué letra muerta para el gobierno porfirista. Atento sólo a lo que pudiera darle apariencia de prosperidad en el exterior o ante los ojos de observadores superficiales, dedicó a lo puramente aparatoso del ramo y descuidó la suprema obligación de educar al pueblo. Teníamos desde tiempos de la Colonia una tradición universitaria, abolengo cultural que nos ennoblecía, una serie de hombres ilustres, teólogos y humanistas, poetas, eruditos. La prolongación de esta corriente no fué obra de nuestros últimos gobiernos, sino consecuencia natural de un impulso viejo y poderoso que mantenía en pie nuestras instituciones universitarias. La misma creación de la Nueva Universidad, en la cual ocupa sitio preferente la noble figura del maestro Sierra, no hizo sino modernizar la antigua estructura y agrupar los establecimientos universitarios dispersos. Así y todo, la enseñanza universitaria fué atendida, no con mucha generosidad por parte del gobierno, pero sí con deseo visible de que no desdijera del tiempo en que laboraba y de la buena situación financiera de la República. La capital de la nación y muchas poblaciones importantes del país contaban con modernos edificios y suficiente número de escuelas, pero a medida que se alejaba de las grandes aglomeraciones urbanas la educación era más y más deficiente. No eran, por cierto, muy amplios los presupuestos de educación ni aún en las grandes capitales; pero en los pueblos pequeños, las escuelas no merecían el nombre de tales, y el profesorado estaba formado por un personal que carecía de idoneidad y disfrutaba de mensualidades vergonzosas por lo mezquinas.

El sistema educativo flaqueaba por su base. A un cuidado mediano indiscutible de las enseñanzas superiores, correspondía el abandono de la educación popular. Nuestra proporción sería de raza indígena descuidada, ennegrecía aquella situación. Culpar sólo al gobierno porfirista de este abandono, sería injusto. El mal databa de siglos.

La dominación española no podía hacer en sus colonias lo que no realizaba en sí misma, y rutinas y preocupaciones de todos conocidas mantuvieron al elemento indígena en situación de inferioridad. Los gobiernos nacidos de nuestra vida independiente, preocupados con los disturbios interiores y con agresiones extrañas, mal podían dedicar a este problema los esfuerzos que él requería. Pero el Gobierno que se ufanaba con el nombre de pacificador y que de hecho se mantuvo en quietud por casi seis lustros, no demostró que aquella paz podía ser fecunda en la mejoría del nivel cultural medio de la nación. Nuestro pacto federal, que dejaba en manos de las diversas entidades del país la labor educativa, permitió esfuerzos aislados dignos de encomio, y no fué raro el Estado

de la República que dirigido por algún buen gobernante, lograra distinguirse en sus impulsos nobles en favor de la instrucción pública. Pero todo esto, falto de coherencia, expuesto a lo contingente de una labor personal, se perdía en una desorganización constante y en un lamentable abandono. Nuestro analfabetismo tenía proporciones penosas no sólo comparado con naciones previsoras, como los países escandinavos o como los Estados Unidos, sino aun con pueblos inferiores al nuestro en capacidad económica y en elemento culto directivo. A cambio de estas lacras que minaban las fuerzas del país y ponían obstáculos insuperables para la creación de un gobierno futuro más en consonancia con un ideal social y con un nacionalismo bien entendido, la administración porfirista se consagró con ahinco a todo lo que a los ojos poco perspicaces significara progreso del país, con un concepto menguado de lo que tal palabra significa.

Los millones se acumulaban en las arcas públicas. Las costosísimas obras de los puertos artificiales abrieron a un tráfico fácil varios puntos de nuestras costas. Se concluyeron las magnas obras del desagüe del Valle de México. La fiebre de construcción dotó a muchas ciudades del país de paseos y monumentos, sobre todo a la capital de la república, que injertó en su abolengo monumental las maravillas de una ciudad moderna. Los capitales extranjeros, ante nuestra quietud engañosa y ante nuestra solvencia real confirmada con nuestras rentas cada vez más cuantiosas y con el perfecto servicio de nuestra deuda, acudieron deseosos de inversión, y muy principalmente nuestra minería y nuestra industria alcanzaron proporciones enormes. El drenaje de muchas poblaciones mejoró su estado sanitario. Se multiplicaron las oficinas telegráficas y se impulsó nuestro servicio postal. Las fiestas con que México celebró su Centenario de la Independencia en 1910 fueron el símbolo de lo que había logrado la dictadura en treinta años. Los visitantes extranjeros que fueron agasajados en aquella ocasión, pudieron apreciar, sin embargo, todo lo que de amenazador fermentaba en aquella organización unilateral en que el progreso material absorbía todo con mengua de todos los graves problemas sociales, morales y políticos.

Aun en las cosas innegables que produjo la paz porfirista, habría reparos que poner. La acumulación de millones en las arcas públicas de un país nuevo, y necesitado, por ende, de un estímulo oficial para la embrionaria iniciativa privada, era el signo de una falsa prosperidad. El gobierno opulento frente a la miseria del pueblo era algo absurdo. Había millones, pero faltaban escuelas; se construían palacios en la metrópoli a costa de los contribuyentes de toda la república y faltaban obras de irrigación en las más ricas regiones del país.

México, que es riquísimo en hulla blanca y que tiene un envidiable futuro industrial, es, no obstante, pobre en ríos navegables. Una gran parte de sus corrientes fluviales es de curso intermitente y sólo representa un gran caudal en épocas de lluvias. Estos ríos bañan por lo general regiones de gran fertilidad que sólo necesitan obras de captación para convertirse en zonas maravillosamente productivas. Las obras de saneamiento eran reclamadas con urgencia en nuestras costas insalubres; la higiene nacional pedía a gritos una disminución de la mortalidad y la puericultura tenía problemas urgentes. Nada o muy poco hacía el gobierno, celoso de guardar en sus arcas un sobrante aparatoso que apenas hubiera podido justificarse con la inminencia de algún peligro exterior. Nuestra raquítica marina mercante se mantenía en su

insignificancia a pesar de ser México uno de los pueblos mejor dotados para el tráfico mundial, con cerca de diez mil kilómetros de costas hacia los dos océanos, comunicados con su ferrocarril del Istmo de Tehuantepec.

Los setenta millones que guardaban las arcas del tesoro público a la caída del del Presidente Díaz, aplicados sabiamente, habrían sido vigoroso estímulo para encauzar la política agraria, cuya urgencia era cada vez más visible. Pero el gobierno se mantenía en términos de cordialidad con el latifundismo nacional y extranjero, y su aparente poder se trocaba en debilidad inexplicable frente a la resolución de cualquier asunto vital para el país.

Nada puede justificar un ataque sistemático a las libertades públicas. Hay en la humanidad cosas intocables, so pena de romper todo un orden moral; pero si la dictadura de México durante el gobierno del General Díaz y la suma de poder que el Presidente llegó a acumular en sus manos hubieran sido aplicadas como medidas transitorias para fundar sobre la pacificación completa un orden de cosas que el país desorganizado exigía, la obra de entonces, indiscutible desde el punto de vista de los principios, se habría justificado, hasta cierto punto, con la fecundidad de los resultados benéficos para la república. No fué así: el criterio del mandatario, ofuscado con las apariencias, llegó a creer que había encontrado la fórmula perfecta y definitiva de un gobierno ideal, y lejos de tender a una evolución que urgía, se momificó en sus procedimientos. Al mismo Presidente le tocó sentir cómo se agrietaba el edificio que él había levantado piedra a piedra, y cómo se derrumbaba la obra que no estaba cimentada en el corazón del pueblo. Nunca la estatua bíblica hecha de oro y con los pies de barro, tuvo una representación más fiel en los pueblos modernos de América.

Apenas puede ser concebida tal ceguera, sólo explicable o porque el Presidente Díaz carecía de las dotes que constituyen a un gran estadista o por su vejez cercana a la decrepitud, que lo puso en manos de una camarilla maleada por la codicia y por la sed de dominio, o por las ideas imperantes en el grupo intelectual de México. Los antecedentes del General Díaz para llegar al poder, dejando a un lado los procedimientos que empleó para lograrlo, estaban en su vida pública de soldado. En la biografía porfirista es ésta la mejor página. Probo y organizador, jefe de prestigio en las luchas contra la intervención francesa, sobrio y de vida privada intachable, dotado de vigor físico y mental para el trabajo, laborioso y detallista, con una cultura apenas superior a la vulgar, pero dispuesto a acrecerla muy especialmente en lo que convenía al decoro de su puesto, tenaz, voluntarioso y absorbente, conocedor de los hombres que habían intervenido en las contiendas nacionales y de una gran parte del país, que había recorrido al frente de sus tropas, estaba capacitado ampliamente para la primera obra de su gobierno. La llevó a cabo con destreza y facilidad al mismo tiempo, azuzando viejos rencores de caudillos de provincia, enfrentando a los rivales y haciendo suyo al vencedor; apoderándose poco a poco de un poder centralizador que él cuidaba de haber aparecer como rigurosamente constitucional, la fórmula de la cual siempre se mostró muy celoso, por más que durante su gobierno fueron siempre letra muerta nuestras instituciones. Siendo, como era él, la figura revolucionaria de más elementos activos en el país, se comprende que al subir al poder fué fácil la primera parte de su tarea.

Una vez en el puesto codiciado, sus facultades de conocedor de hombres y de aprovechador de pormenores minúsculos fueron exaltándose, y una gran memoria puesta al servicio de sus planes, le dió casi siempre la clave de los conflictos. Dispuesto a mantenerse en el poder, sofocó con "mano de hierro" los principios de subversión; fusiló a los enemigos peligrosos; suprimió el bandidaje con la "ley fuga", la cual fué después aplicada como arma política; nulificó los elementos peligrosos apartándolos del país o separándolos de la cosa pública; halagó a los que, menos fuertes de conciencia, se conformaron con tomar su parte en el gobierno; amordazó la prensa sin detenerse ante graves atentados, y lentamente fué formando en redor suyo una atmósfera de servilismo y de adulación que al cabo de los años no fué dueño de disipar y que fué elemento no despreciable en sus yerros de mandatario.

Consolidada al parecer la primera fase de su obra, nunca dió muestras de una acción clara, ni de vistas amplias hacia el futuro. La obsesión del poder lo trocó en un temeroso maníaco de perderlo, y encerrado en el círculo de sus incondicionales, mantuvo a su lado todo lo que al par de él iba envejeciendo en la sistematización de sus prácticas gubernamentales. Aquel hombre que parecía poseer una voluntad férrea, era de una timidez inconcebible para afrontar los problemas de actualidad y para todo lo que de algún modo significara una ruptura de su orden ya tradicional. Acaso este terror puede explicarse por su falta de preparación cultural que producía en su espíritu el miedo de lo desconocido y la medrosidad ante los alcances de una reforma. Pero esta timidez afectaba formas demasiado ostensibles. Su mismo lema de que siempre alardeó, que parecía reflejar un pragmatismo sano frente a idealizaciones disolventes, no era sino el temor de entrar en los recintos pavorosos de las renovaciones sociales, y el más grande todavía de hacer participar en las reformas a los elementos que no estaban incondicionalmente al lado suyo. Orgullosos con su nombre de pacificador, la turbación de aquella paz ficticia le alarmaba. Era lo que él sintetizaba en su frase gráfica y pintoresca: "No me vayan a alborotar la caballada".

Al lado del General Díaz, y como consejeros de su política, existían hombres hábiles, algunos muy inteligentes y de un nivel cultural muy superior al del presidente, especialistas en los ramos técnicos y aptos para desarrollar una política de más consistencia y de mejor orientación. Pero sin que se les pueda negar a muchos de los colaboradores la pericia, es lo cierto que adolecían, salvo honorables excepciones, de vicios fundamentales para que su obra hubiera sido fructífera. Estos hombres de ciencia, estos políticos preparados, estos financieros que alardeaban de estar al día, eran, de hecho, retardatarios. Se daban a sí mismos el nombre de "científicos", y en verdad su ciencia había pasado ya en la corriente impetuosa de los ideales modernos. El positivismo, como ciencia oficial, se había estancado en el ambiente escolar y orientaba el criterio de las clases directoras. El positivismo que Barreda implantó, y con él su grupo, en la enseñanza oficial, y que había echado por tierra un escolasticismo estrecho, significó para las escuelas y universidades mexicanas un adelanto y una evolución. Pero aquel criterio exclusivo en que la ciencia parecía la única clave de todos los enigmas, aquella separación sistemática de todos los elementos vivos de la nación, tenía que traer yerro tras yerro en la acción oficial.

Nunca una mentalidad más fría y más incomprensiva de la vida mexicana dirigió a un país que necesitaba el ímpetu generoso de los reformadores apostólicos y que sólo encontró en el grupo selecto de los

científicos la pedantería reseca e infecunda, estereotipadora de axiomas falsos y de principios sofisticados. Con mayor amplitud, aunque no con la que el asunto merece, hablaré de estas cosas al tratar de exponer algo de nuestra evolución educativa; por ahora me basta insinuar un vicio de orden mental que confundía lamentablemente, bajo las apariencias de una exactitud razonante, los más serios valores nacionales.

En el grupo consejero y a la vez acaparador de los beneficios de aquel largo y casi inacabable gobierno, había otro elemento perturbador. El anciano presidente era incapaz de tolerar mengua alguna en lo que él concebía como privilegios de su fuerte autoridad, y sus consejeros necesitaban el uso de la mayor prudencia para que sus palabras no despertaran en su espíritu una suspicacia que habría separado de su lado el violador de aquel celoso espíritu de autoridad. Había que contemporizar con la política personal del presidente, y de este modo, a los defectos del método empleado, se unían los que eran resultado directo de amoldar teorías científicas a las prácticas indiscutibles del dictador. La decrepitud del mandatario permitió a la larga hacer política a hurtos; pero un gran período de su gobierno no toleró intromisiones que no tuvieran el sello de interpretaciones afinadas de su primitivo sistema. Lo que los hombres cultos e influyentes consideraban como la última palabra de ciencia actual, era sujetado al tormento de la sofística para justificar los procedimientos de la dictadura.

La paz y el auge del comercio y de las rentas, únicas cosas tangibles en aquel régimen de treinta años, se consideraban como el ideal único posible para la nación. El absurdo saltaba a los ojos; pero se esgrimía entonces el formidable argumento de nuestra incapacidad democrática para obtener beneficios que sólo a pueblos más adelantados era permitido alcanzar. Se incurría con ello en un grave error, encerrándose en un círculo vicioso por el cual, incapacitado para el ejercicio democrático, el país carecía de los medios de conseguirlo; era más, se neutralizaban en los espíritus los tanteos logrados a fuerza de luchas en nuestra agitada vida de nación independiente. Una mano opresiva mantuvo en silencio las conciencias; un veto atentatorio detuvo la acción; un desencanto de la inutilidad del esfuerzo paralizó el pensamiento nacional. La mucha administración había matado la poca política que habían logrado crear los gobiernos anteriores, y cuando llegó la hora de enfrentarse con el futuro, una gran sombra de indolencia y de ineptitud dificultó la percepción clara de los problemas y entorpeció las manos reivindicadoras. Si aquel gobierno hubiera podido prolongarse por veinte años más, acaso habría causado la muerte de la República.

Los anteriores considerandos no son una requisitoria contra el régimen porfirista, sino la narración breve y desnuda de los hechos que dieron origen a la última revolución mexicana. Esta, como todas las grandes crisis sociales, tiene su lado luminoso y su fase de sombras. No se acompaña y dirige una revolución como se ejecuta una sinfonía. Hay en esos movimientos demoledores fuerzas que chocan y contrastes que asustan. La orientación interna de esas conmociones es apenas visible en medio de la confusión de la hora. Pero esos cataclismos son inevitables. Se sofoca un motín militar y se desbarata una conspiración personalista; pero no hay mano que detenga el ímpetu de un pueblo que acaso vagamente, pero con un vigor incontrastable, se debate en un ansia de libertad. Un ideal de reivindicación y de justicia va poco a poco tomando bríos y ganando adeptos. Los ciegos de antes comienzan a ver, y la resistencia centuplicada de los elementos que combaten

la idea esencial, va cayendo sin remedio ante el empuje de los renovadores.

Esta era parte de la situación mexicana en los momentos en que un nuevo intento reeleccionista coincidió con los principios de la revolución. Causa asombro considerar cuán poco se pedía por los iniciadores del movimiento y la inconcebible resistencia del gobierno para aceptar en aquellas tímidas peticiones algo de lo que pretendía la opinión pública; como causa asombro también el rápido desmoronamiento de un régimen que se juzgaba a sí mismo inmovible y que se creía apoyado por todas las fuerzas vivas del país.

Aprovecharé la generosa acogida de esta Sociedad para exponer en conferencias posteriores cuáles fueron los problemas nacionales con que se enfrentó el nuevo régimen y la forma en que ha empezado a resolverlos.

Ojalá que estas breves pláticas contribuyan a interesaros, señoras y señores, por todo lo atañe a México, que sólo demanda ser estudiado y ser comprendido.

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

## Repertorio Americano

Tomo XI. — San José de Costa Rica.

CON la entrega realizada en el mes de diciembre, del año que acaba de terminar, esta revista de Costa Rica que dirige Joaquín García Monge, cierra el tomo número once.

Esta interesantísima publicación, casi única en su género, realiza constantemente su propaganda de acercamiento espiritual de los pueblos de habla castellana. Las mejores producciones de los escritores latino-americanos se encuentran reunidas en este semanario. Seleccionadas inteligentemente, respondiendo a un plan de orientación cultural, ampliamente humana y progresista, sus páginas ofrecen lo más selecto del pensamiento nuevo.

Comienza el tomo doce con un número dedicado a Edwin Elmore, el valiente escritor peruano, caído en medio de la lucha defendiendo ideales caros a los pueblos jóvenes de América Latina.

## La Nueva Democracia

Revista. — Nueva York.

ESTA revista que se publica en castellano en Nueva York, anuncia al iniciar el año 1926, séptimo año de su vida, el propósito que abrigan sus directores de extender su radio de acción, dedicando especial atención a los problemas económicos y culturales, buscando la elevación espiritual, comprensión y comunidad ideal de todos los pueblos de América. Nos proponemos — dice — articular las voces de América para que constituyan un solo todo, una sola armonía, por más que dentro de ellas mantengan diversos tonos.

«América para la humanidad» es su enseña. Afirma la «Nueva Demo-

cracia» que para sus orientadores América significa lo mismo Norte que Sur-América.

Hace notar que seguirá insistiendo sobre todas aquellas ideas, principios y programas que atañen a la educación y teniendo en cuenta que la educación oficial no hace nacer el espíritu de auto-educación, establecerá en América o en Europa una especie de Bureau informativo dedicado a rama tan importante de la educación. Comprende también su programa una especial preocupación por el intercambio de relaciones educacionales, movimiento obrero, feminismo, movimiento estudiantil, investigaciones sobre el medio ambiente y, por último, declara — y con esto se define «La Nueva Democracia» — que «hoy como nunca se hace indispensable proclamar el cristianismo de Cristo».

Como parte del programa enunciado y comprendidas en el título «La Voz de América», la revista será eco imparcial y fiel de lo que piensa y hace América, sobre todo, Hispano-América». Y para hacerlo de una manera más adecuada y satisfactoria, dice «La Nueva Democracia» — nos abstendremos, en esta sección, de poner comentario alguno».

## El Estudiante (Segunda Epoca)

Periódico.-Madrid (España)

DESPUES de un breve descanso, el grupo que más honra en estos momentos a España, reunido en torno a este periódico, lleno de ideas, pleno de juventud, ágil y sereno, vuelve a la brecha y sigue la ruda lucha emprendida, de frente, con la claridad que le es permitida contra los dictadorzuelos que afrontan a la cultura y que lesionan los más elementales principios de civilidad.

Amordazados por una censura vergozante y calamitosa; obligados a hablar a media voz, escuchamos desde aquí la potencia inmensa de las verdades que se quieren hacer callar y que leemos en estas pocas palabras estampadas en todos los números de «El Estudiante»: «Este número ha sido visado por la censura». «Nos es imposible publicar el acostumbrado editorial de esta plana».

No hacen falta otros discursos. Esto es elocuente. Comprendemos bien al grupo inteligente que habla desde «El Estudiante»; lo comprendemos por lo que dice y también por lo que la censura inquisitorial no se atreve a dejarle decir.

Sigan hasta donde pueden los dictadores... Los representantes de la España digna, para América y para los hombres libres, no están en los ministerios, están en «El Estudiante»; están por sobre las miserias dictatoriales.

Con el nuevo espíritu, toda nuestra solidaridad!

## Nuestra América

Revista mensual. — Buenos Aires.

EN el mes de enero del corriente año, ésta revista de Buenos Aires, que desde hace algún tiempo no se publicaba, reinicia su aparición mensual, reproduciendo la página con la que dejara trazado su programa al abrir el primer número en octubre de 1918.

El propósito de «Nuestra América» de aquella época, que se ratifica ahora está expresado brevemente: «Hacer conocer en América a los escritores y poetas americanos».

Si bien desde 1918 al presente, se han sucedido muchos acontecimientos, acrecentándose notablemente la vinculación entre los escritores y espíritus jóvenes de América, creemos que «Nuestra América», dado su carácter literario, ocupará un lugar de privilegio entre las revistas de su índole.

El primer número de esta segunda época, bien presentado, trae un variado material de lectura que firman escritores conocidos de América. Dirige «Nuestra América», Enrique Stefanini.

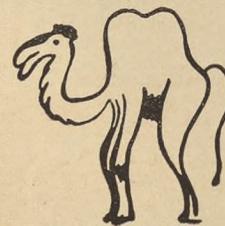
## Revista General de Legislación y Jurisprudencia

Año 74; tomo 147. — Madrid (España).

HEMOS recibido la última entrega del año 1925 de esta importante revista, la más antigua de cuantas publicaciones jurídicas ven la luz en España, pues cuenta con setenta y cuatro años de existencia.

Esta revista, órgano oficial de la Real Academia de Jurisprudencia, dirigida en la actualidad por don Angel Ossorio y Gallardo, uno de los más reputados jurisperitos españoles, contiene en sus páginas trabajos doctrinales de indiscutible mérito, que hacen de esta publicación la preferida de los estudiosos que en ella siguen al día el movimiento y la vida del Derecho.

Como una demostración de nuestro aserto, bastanos con reproducir el índice de materias que trata el número que tenemos a la vista: Derecho Administrativo; Derecho Canónico; Derecho Civil; Derecho Internacional; Derecho Mercantil; Derecho Municipal; Derecho Natural; Filosofía del Derecho; Derecho Penal; Derecho Político; Derecho Procesal; Derecho Social; Política y Sociología, temas todos que están tratados por distinguidos jurisperitos, sociólogos y doctos en derecho.



## GUIA PROFESIONAL - Bs. AIRES

**Dr Eduardo Sarmiento Laspiur**

ABOGADO

Rivadavia 814 Buenos Aires

**Fernando Márquez Miranda**

ABOGADO

Perú 71 Buenos Aires

**Alejandro Lastra**

ABOGADO

Galeria General Güemes- Dto. 316  
U. T. 6090 Avda. Buenos Aires

**Dr. Arturo González Arce**

ABOGADO

San Martín N.º 195 Bs. Aires

**Jorge Lascano**

ABOGADO

Sarmiento 517 Buenos Aires

**Dr. Carlos Alberto Acevedo**

ABOGADO

Talcahuano 1260 Buenos Aires

**Julio V. González**

ABOGADO

Cangallo 499 Buenos Aires

**Dr. Julio Noé**

ABOGADO

Cangallo 315 Buenos Aires

**Dr. Alejandro E. Shaw**

ABOGADO

Sarmiento 643 Buenos Aires

**Germán E. Sempé**

ABOGADO

Sarmiento 643 Buenos Aires

**Dres. Félix Martín y Herrera**

**y Mariano J. Drago**

ABOGADOS

Victoria 486 Buenos Aires

**Dr. Lizardo Molina Carranza**

ABOGADO

Rodríguez Peña 1529 Bs. Aires

**Florentino V. Sanguinetti**

ABOGADO

Lavalle 1268 Buenos Aires

**Dr. Alfredo L. Palacios**

ABOGADO

Viamonte 1533 Buenos Aires

**Dr. Alberto J. Rodríguez**

ABOGADO

Sarmiento 459 Buenos Aires

CeDInCl

**Dr. David Lascano**

ABOGADO

Lavalle 1312 Buenos Aires  
48-716 La Plata**ESTUDIO JURIDICO**

DEL

**Dr. Gabino Salas**Tucumán 1353, U. T. 326 Riv.  
La Plata, Calle 57-618, Tel. 2263*Representante***Francisco Oleastro**

ABOGADO

**Juan Carlos Lomazzi**

CONTADOR PUBLICO NACIONAL

Perú 151, Escritorio 32 Bs. Aires

**Carlos Falchi y J. J. Pippo**

ESCRIBANOS

Piedras 75 Buenos Aires

**F. Ratto y A. Pita**

ESCRIBANOS

San Martín 296 Buenos Aires

**P. Luis Boffi**

ESCRIBANO NACIONAL

Maipú 286 Buenos Aires

**Hiram Pozzo**

Escribano Nacional - Asuntos judiciales

Sarmiento 829 Buenos Aires

**Escribanía Haedo**

Av. de Mayo 651 Buenos Aires

**J. C. Freire Señorans**Escribano del Banco Español. Anexa  
a la oficina funciona la sección  
Crédito Hipotecario e Inmuebles,  
que dispone de partidas hasta la  
suma de cien mil pesos. Sobre ca-  
sas y campos. Sin comisión. :: ::

Oficinas:

Calle 48 N.º 580 T. 1102 La Plata

Perú 84, Buenos Aires

**Francisco Murcho**

MARTILLERO PUBLICO

Alsina 385 San Fernando

**Poncio, Guyot y Cía.**

CONTADORES REVISADORES

Sarmiento 829 Bs. Aires

**Dr. Eduardo C. Aree**

MÉDICO DEL HOSPITAL TEODORO

ALVAREZ, SUB DIRECTOR DEL SA-

NATORIUM RIVADAVIA, ENFERME-

DADES MENTALES, INTERNAS Y

NERVIOSAS, TRATAMIENTO

DE LA SIFILIS

Consultas de 16 a 18

Esmeralda 785 - U. T. Ret. 2291

Buenos Aires

**GUIA PROFESIONAL - LA PLATA****Dr. José María Gamas**

ABOGADO

Calle 13 N.º 808 La Plata

**Dr. Gregorio Lascano**

ABOGADO

Calle 47 N.º 822 La Plata

**Dr. Vicente Montoro**

ABOGADO

Calle 10 N.º 1326 La Plata

**Dr. Luis Reyna Almandos**

ABOGADO

Calle 54 N.º 455 La Plata

**Dr. Luis H. Sommariva**

ABOGADO

48 936. — 44 393 La Plata

**Dr. Juan José Benítez**

ABOGADO

Estudio: 13 N.º 827

Particular: 49 N.º 927

Teléfonos: 624 y 2127

La Plata

**Luis G. y Antonio P. Quijano**

ABOGADOS

Calle 46 N.º 536 La Plata

ESTUDIO JURIDICO DE LOS

**Doctores Sanchez Viamonte**

Calle 11 N.º 990 T. 643 La Plata

**Adrián Lascano**

ESCRIBANO

Calle 48 N.º 716 La Plata

**Julio P. Robles**

ESCRIBANO

Calle 14 N.º 741 La Plata

**Dr. Edmundo Vampa**TUBERCULOSIS Y ESTOMAGO  
ESPECIALISTA

Horas de consultas: 14 a 16

Calle 7 N.º 1204 La Plata

**Dr. A. M. Cavazzutti**

GARGANTA, NARIZ Y OÍDOS

Calle 54 N.º 479 T. 2085, La Plata

**Dr. Emilio D. Cortelezzi**

MEDICO

Calle 60 N.º 324 La Plata

**Ing. Jaime Vieyra**

TASACIONES Y PERITAJES

*Escritorio:*

Buenos Aires: Victoria 571 — La Pla-

ta: 4 N.º. 1048 — Teléfono 2130.

GRAN PANADERIA  
y  
PASTELERIA



GRAN  
PANADERIA Y PASTELERIA  
— de —  
ANTONIO CREO & Cia.

Especialidad en Ensaimadas

Sucursal No. 1 — Diagonal 80 entre 3 y 4 — Unión Telefónica 3436

Sucursal No. 2 — Diagonal 74 esquina 3 — Unión Telefónica 1891

Sucursal No. 3 — Calle 6 No. 1409, 61 y 62 — Unión Telefónica 470

Calle 50 esquina 4 — Telefono 959 — La Plata

GRAN HOTEL SPORTSMAN

de Eduardo Bonet y Pedro Morandi

Calle 54, 6 y 7 U. Telef. 299

Grandes comodidades para pasajeros, aseo, confort, seriedad. Casa especial en banquetes y lunch

ATENDIDO POR SUS PROPIETARIOS

Sírvase usted

solicitarlos el envío, sin compromiso alguno por su parte de un folleto explicativo por el cual damos a conocer la

“COLECCION LABOR“

Biblioteca de Iniciación Cultural

novísima obra que constará de 320 manuales tamaño 12 x 19 cms. de 140 a 180 pág. de texto, profusamente ilustrados con figuras, láminas, gráficos y mapas, encuadernación en tela, tratándose en ella en forma clara y amena al alcance de todos y por los más renombrados autores mundiales,

La Naturaleza de todos los Países  
La cultura de todos los Pueblos  
La Ciencia de todas las Epocas

cuyas interesantísimas materias han sido repartidas en cinco secciones, a saber:

- Sección I: Filosofía, Psicología Educación  
,, II: Literatura, Artes plásticas, Música  
,, III: Historia, Geografía  
,, IV: Derecho, Política, Economía  
,, V: Matemáticas, Física, Química, Ciencias Naturales, Higiene.

Acaban de aparecer los 60 primeros volúmenes y para la suscripción al contado o a plazos a la colección completa o a una o más secciones, ofrecemos precios y condiciones excepcionales.

Suelto, cada número: \$ 2

Editorial Labor, S. A., Piedras 599, Buenos Aires

Casa editora de obras de Ingeniería, Medicina, Farmacia, Arte y Ciencias. Catálogos gratis.

## Viuda de GAYOSO e Hijos

ESPECIALIDADES PARA ESCRITORIOS



Representantes  
exclusivos de las  
máquinas de escribir  
"Royal"  
"Corona"  
y de calcular  
"Monroe"

Diagonal 80, N 846 (frente al diario "El Día") LA PLATA

## Talleres Gráficos: OLIVIERI y DOMINGUEZ

FUNDADOS EN 1882

Premiados con Diploma y Medalla de Oro, en la  
Exposición Nacional de Artes Gráficas - Julio 1916

...

:: Impresión esmerada de Tricomías, Fotografados ::

:: Fotolitografías, Tesis, Revistas - Especialidad en ::

::: Catálogos, Afiches, etc., etc. :::

...

CALLE 4 ENTRE 42 Y 43 — TELEFONO 273 — LA PLATA

# AGENCIA NAUMANN

## Una Máquina perfecta en todo sentido

Cuiden que ingrese en su hogar para com-  
pañera de los suyos una máquina como la "NAUMANN"  
que es de intachables antecedentes.

PUEDA VD. adquirirla mediante una modesta  
cuota mensual sin mayores exigencias ni trámites  
molestos.

### ¿Dejará pasar esta oportunidad?

Antes de comprar otra marca coteje precio y  
calidad de la "NAUMANN"

PARA

Coser

Bordar

Vainillar

Festonear

Zurcir

etc., etc.



Agujas

y

repuestos

para

toda

máquina

de coser

Lecciones de Bordados gratis hasta terminar.

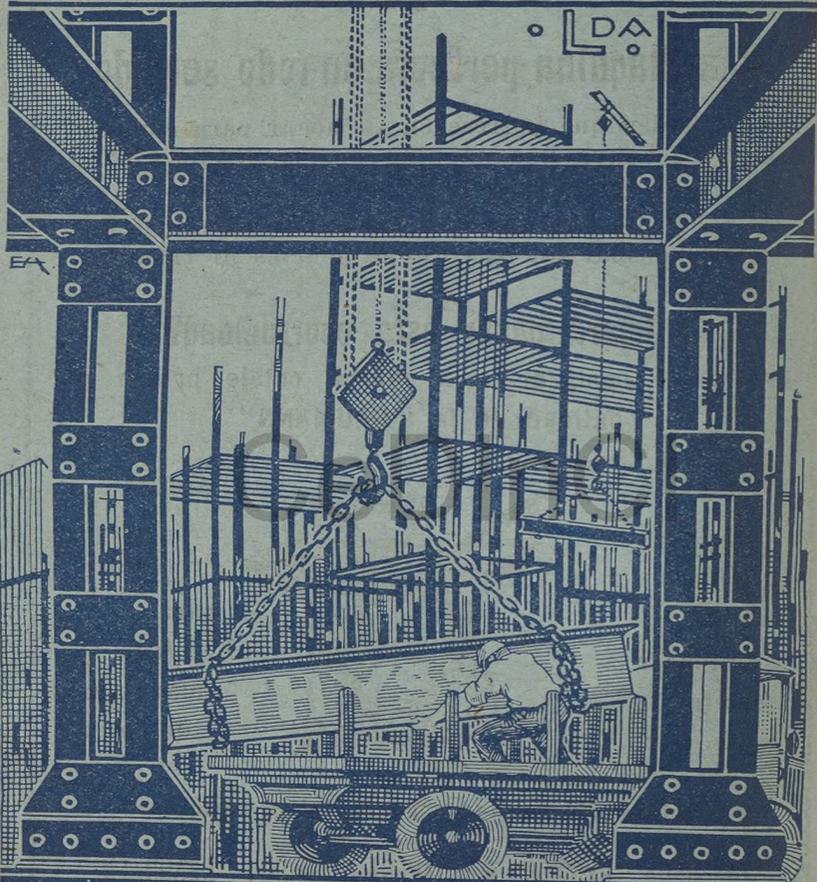
ENSENADA, BERISSO, MAGDALENA, CORONEL BRANDZEN

CONCESIONARIO:

### J. Deolindo Repetto

DIAGONAL 80 N. 635 — LA PLATA

CIA INDUSTRIAL Y MERCANTIL  
**- THYSSEN -**



**CONSTRUCCIONES METALICAS**

901-BELGRANO-907 .. BUENOS AIRES

**Lottermoser**

UNICO IMPOR-  
TADOR DE LAS  
AFAMADAS MAR-  
CAS DE PIANOS

MASON Y HAMLIN  
CHICKERING  
CHAPPELL  
BOSENDORFER  
SPRUNCK etc. etc.

Doy facilidades de pa-  
go y una liberal  
concesión por pianos  
usados en cambio.

RIVADAVIA 853  
BUENOS AIRES

ADMINISTRACION DE PROPIEDADES

**"LA COMERCIAL"**

- DE -

**ANTONIO LOFEUDO**

Agente de Seguros en general

Se aceptan toda clase de operaciones Co-  
merciales, Judiciales y Administrativas.

Se reciben propiedades en alquiler

Arrendamiento de campos - Compra y  
venta de casas y terrenos - Operaciones  
hipotecarias y garantía de alquileres.

Se anticipa dinero sobre alquileres  
y construcciones - Confección de pla-  
nos de toda clase - Se pagan derechos  
e impuestos.

Se gira el importe de los alquileres  
a cualquier parte del mundo a sa-  
tisfacción del interesado.

Calle Diagonal 80 N° 1065 - U. T. 3710

LA PLATA

**D. M. MALAGAMBA**

Explotacion de Bosques, Aserradero  
y Corralon de Leña y Carbon

**Escritorio y Depósito**

Calle 37 115 y 116 - U. T. 166

LA PLATA

### Dr. Eusebio Albina

Sub-director del H. Melchor Romero  
Calle 53, N.º 688 — U. Teléf. 1218  
LUNES, MIÉRCOLES y VIERNES 1 a 3 La Plata

ENFERMEDADES DE LOS OJOS  
ANTEOJOS Y OPERACIONES

### Dr. Diego M. Argüello

MEDICO OCULISTA  
Consultas todos los días de 15 a 18  
Calle 51 N.º 458 T. 272 La Plata

### ANALISIS

#### Doctores Grau y Arena

Extracción de sangre. Lunes,  
Miércoles y viernes, de 17 a 20.  
Diag. 74 N.º 1117 U. T. 1956  
(P'aza Italia)

### Dr. Alejandro Riglos

MEDICO VETERINARIO  
Calle 45, 15 y 16 La Plata.

### Dr. Simón Mendy

CIRUJIA GENERAL — PARTOS  
GINECOLOGIA  
Horas de consultas: 14 a 18  
Calle 7 1082, Teléf. 10 La Plata

### ESTUDIANTINA

DIRECTOR:  
JUAN MANUEL VILLAREAL  
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
Calle 49, esq. 1 (Coleg. Nacional)

### E. CARASSALE PONS y Cía.

ASUNTOS ADMINISTRATIVOS Y JUDICIALES, REPRESENTANTES Y CORRESPON-  
SALES DE DIARIOS, GESTIONES DE COBROS, DE SUELDOS Y SUBVENCIONES.

Escritorio: 7 - 775 - U. T. 3250 - LA PLATA

Elija lana souple,  
esponjosa,  
delicada al tacto y  
a los ojos, en

## POGGIO Hermanos

47 N.º 665 U. T. 3650

LA PLATA

### VALORACIONES

REVISTA DE HUMANIDADES

CRITICA Y POLEMICA

Editada por el grupo de es-  
tudiantes Renovación de  
La Plata

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
Calle 60, N.º 682. La Plata

# F. C. P. DE BUENOS AIRES

## PASAJEROS

Servicio esmerado con confort y comodidad. Puntualidad en los horarios. Viajes directos y rápidos. Servicio local, diariamente entre las estaciones LA PLATA y C. BEGUERIE. Entre LA PLATA, 9 DE JULIO y MIRA PAMPA, tres veces por semana, con servicio restaurant esmerado y coches dormitorios. Abonos mensuales, semestrales y anuales. Parte de regreso en boletos de ida y vuelta, válida hasta los 25 días de su emisión.

## CARGAS Y HACIENDAS

Trenes directos y adicionados. Servicio especial para el transporte de haciendas, con destino a puerto LA PLATA. Frigoríficos y F. C. Midland, por Empalme Ingeniero de Madrid. Conexión en la Estación circunvalación del F. C. Sud, para los trenes generales de pasajeros y transbordo de cargas. Mercado para venta de haciendas, en Estación A. Etcheverry. Ventas semanales todos los jueves. Caminos de acceso desde este mercado hasta La Plata, Abasto, M. Romero, macadanzados.

TARIFAS reducidas para todo tráfico, y rebajadas desde el 1.º de Julio del año próximo pasado, para los transportes de haciendas, leche y crema.

ADMINISTRACION E INFORMES:

Calle 17 y 71

LA PLATA

U. T. 1217 - 1259

# CONTADURIA GENERAL DE LA PROVINCIA

## BALANCE AL 30 DE NOVIEMBRE DE 1925

INGRESADO AL 30 DE NOVIEMBRE DE 1925 — VALORES EFECTIVO

Recursos de presupuesto—			
Ordinarios . . . . .	16.275.633.91	—	—
Extraordinarios . . . . .	3.518.110.44	60.345.40	—
Especiales . . . . .	1.602.782.06	18.600.—	21.396.526.41

Cuentas generales—			
Entrada eventual . . . . .	89.176.76	—	—
Revisación de planos e inspección cloacas . . . . .	21.233.76	—	—
Anticipo de sueldos . . . . .	396.90	—	—
Recaudación . . . . .	71.988.165.56	—	—
Venta de reservas para cloacas . . . . .	1.445.—	1.560.—	—
Intereses y descuentos . . . . .	0.90	—	—
Venta de planos . . . . .	25.—	—	—
Cancelación Hipotecas Bco. Hipotecario . . . . .	10.435.39	—	—
Conexiones de Cloacas y Aguas Ctes. . . . .	28.84	—	72.110.908.11

Cuentas especiales—			
Depósitos en garantía . . . . .	479.485.75	2.924.953.09	—
Fianzas . . . . .	—	28.400.—	—
Caja Popular Ahorros. Anticipo sueldos Fondo Montepío: . . . . .	1.206.298.16	—	—
Descuentos . . . . . \$ 4.484.351.77	—	—	—
Ley 1º de Julio 1915 » 1.500.000.—	5.984.351.77	—	—
Embargos Judiciales . . . . .	125.106.87	—	—
Ley 30 Octubre 1911. Municipalidades, Impuesto de desagües. . . . .	944.072.18	—	—
Banco Prov. Fondo Municipalidades . . . . .	20.611.37	—	—
Porcentaje a Municipalidades . . . . .	761.766.99	—	—
Ley 30 oct. 1911. P. de Menores A. A. . . . .	105.050.26	—	—
Producido Vivero del Bosque . . . . .	2.089.20	—	—
Casa de Baños . . . . .	2.—	—	—
Producido Venta Títulos Obras Saneamiento Avellaneda . . . . .	3.144.10	—	—
Producido Negociación Blair y Cia. . . . .	150.450.—	—	—
Producido Escuela Avicultura . . . . .	4.426.910.17	—	—
Producido Títulos Ampliac. F. C. M. Vº . . . . .	569.35	—	—
Rentas Generales. Escuelas . . . . .	823.47	—	—
Producido Negoc. Blair y Cia. pago Letras . . . . .	318.98	—	—
Caja P de Ahorr. Préstamos Hipotec. Banc. de la Prov. Contabilizaciones . . . . .	350.20	—	—
	7.474.693.02	—	—
	11.825.32	—	—
	217.416.91	—	21.915.336.07

Presupuesto—			
Devoluciones . . . . .	298.135.11	—	—
Art. 2º del Prespto. Uso del Crédito . . . . .	4.947.118.06	5.000.000.—	—
Banco de la Provincia—Deuda Pública . . . . .	6.347.574.65	—	—
Artículo 32 Ley Anexa . . . . .	4.420.—	—	11.597.247.82

Obligaciones a pagar—			
Letras emitidas . . . . .	8.070.963.53	—	—
Id., id., por renovación . . . . .	34.734.593.46	42.805.556.99	—

Leyes especiales—			
Devuelto . . . . .	—	—	220.821.76
Renovación de letras . . . . .	34.074.742.81	—	—
Canceladas con títulos . . . . .	11.729.916.17	—	—
Letras canceladas . . . . .	9.247.909.50	55.052.568.48	—

Ejercicios anteriores—			
Ejercicio de 1922 . . . . .	1.223.40	—	—
Ejercicio de 1923 . . . . .	6.473.66	—	—
Ejercicio de 1924 . . . . .	165.491.41	14.906.739.88	173.188.47

Títulos deuda pública—			
Títulos Ampliación F. C. M. Vº . . . . .	—	35.809.090.91	—

Impuestos devueltos—			
Devolución de Impuestos. . . . .	—	—	89.—

Artículo 39 Ley de Contabilidad—			
Devuelto. . . . .	—	—	19.742.52

156.607.814.75    127.433.860.16

EGRESADO AL 30 DE NOVIEMBRE DE 1925 — VALORES EFECTIVO

Presupuesto—			
Sueldos y gastos. . . . .	37.728.483.62	—	—
Deuda Pública . . . . .	5.430.418.80	—	—
Banco de la Provincia. Deuda Pública . . . . .	20.448.056.27	—	—
Art. 2º del Prespto. Uso del Crédito . . . . .	5.000.000.—	5.000.000.—	—
Escuelas:			
Depositado en el Banco de la Provincia. Porcentajes . . . . .	\$ 10.806.376.14	—	—
Art. 14 del Presupuesto » . . . . .	1.541.368.78	—	—
A cuenta Porcentajes » . . . . .	4.608.526.67	—	—
Recaudado directamente » . . . . .	149.810.93	17.106.082.52	85.713.041.21

Cuentas generales—			
Venta de Tierras . . . . .	64.774.25	—	—
Entrada Eventual . . . . .	32.892.50	—	—
Obras Salubridad La Plata . . . . .	42.486.55	—	—
Ordenes Judiciales . . . . .	479.889.46	—	—
Arrendamiento de lagunas . . . . .	—	16.000.—	—
Arrendamientos . . . . .	318.62	—	620.361.38

Cuentas especiales—			
Depósitos en garantía . . . . .	329.739.71	2.581.629.68	—
Fondo Montepío . . . . .	5.526.176.54	—	—
Embargos judiciales . . . . .	129.930.41	—	—
Ley 30 octubre 1911. Municipalidades . . . . .	623.816.37	—	—
Caja Popular Ahorros. Anticipo sueldos Dirección de desagües. . . . .	1.088.138.82	—	—
Banco de la Pcia. Fondo Municipalidades Ley 30 octubre 1911. Patronato de Menores A. A. . . . .	20.611.37	—	—
Julio C. Chiappe . . . . .	105.050.26	—	—
Municipalidades. Banco de la Provincia Bco. Pvcia. Comisión Cobro Impuestos . . . . .	311.966.58	—	—
Producido Escuela de Avicultura . . . . .	7.345.40	—	—
Obras Catedral. Producido venta títulos . . . . .	761.766.99	—	—
Cancelación Emp. Rambla Mar del Plata . . . . .	76.492.54	—	—
Municipalidades—Impto. de Caminos. . . . .	180.—	—	—
Producido Venta Títulos—Ob. Saneamiento Avellaneda . . . . .	100.000.—	—	—
Producido Escuela Nicanor Ezeiza . . . . .	178.409.09	—	—
Id., id. Fruticultura de Dolores . . . . .	9.592.—	—	—
Producido Negociación Blair y Cia. . . . .	99.043.27	—	—
Cancelación Emprést. Empd. La Plata . . . . .	1.595.—	—	—
Prod. Negoc. Blair y Cia. Pag. Letras . . . . .	2.416.79	—	—
	4.422.942.46	—	—
	868.267.06	—	—
	7.474.693.02	—	22.138.173.68

Leyes especiales—			
Pagado . . . . .	4.093.814.18	—	701.518.17
Letras renovadas . . . . .	34.074.742.81	—	—
Títulos entregados por cancel. de Letras . . . . .	16.296.672.72	54.465.229.71	—

Art. 39 Ley de Contabilidad—			
Pagado . . . . .	—	—	2.290.087.93

Ejercicios anteriores—			
Ejercicio de 1921. . . . .	46.183.71	—	—
“ “ 1922. . . . .	1.232.073.62	—	—
“ “ 1923. . . . .	319.239.78	—	—
“ “ 1924. . . . .	13.615.730.80	—	15.213.227.91

Impuestos devueltos—			
Por c/. Ejercicio 1921 . . . . .	8.827.06	—	—
“ “ “ 1922 . . . . .	12.076.93	—	—
“ “ “ 1923 . . . . .	30.561.28	—	—
“ “ “ 1924 . . . . .	65.871.35	—	—
Devolución de Impuestos. . . . .	349.262.43	—	466.599.05

Obligaciones a pagar—			
Letras renovadas . . . . .	34.074.742.81	—	—
Id., canceladas con títulos . . . . .	11.729.916.17	—	—
Id., canceladas . . . . .	14.247.909.50	60.052.568.48	—

Títulos incinerados—			
Consolidados Amp. F. C. M. Vº . . . . .	1.718.181.82	—	—
Servicio Obras Domiciliarias 1924 . . . . .	8.050.—	—	—
Contribución de Afirmados 1924 . . . . .	37.400.—	—	—
Pavimentación de la Capital 1924 . . . . .	101.274.44	1.864.906.26	—

Obligaciones a cobrar—			
Letras por tierras canceladas . . . . .	836.01	—	—
Letras por tierras a protesto . . . . .	660.—	1.496.01	—

Existencia que pasa a Diciembre. . . . .    32.625.984.61    290.850.83

156.607.814.75    127.433.860.16

La Plata, Febrero 3 de 1926—Daniel E. de la Canal, Jefe Tenedor de Libros.  
S. Barberis, Subtesorero General—Vº Bº Horacio J. Araúz, Subcontador General.  
Departamento de Hacienda.—La Plata, Febrero 3 de 1926.—Publíquese y dese al Registro y «Boletín Oficial».

CANTILO. — Salvador M. Viale

## RENOVACIÓN

ORGANO DE LA UNION  
LATINO-AMERICANA

DIRECTOR:  
GABRIEL S. MOREAU

Casilla de Correo, 1625

B. AIRES

## NOSOTROS

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI  
ROBERTO F. GIUSTI

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
Libertad, 543 Buenos Aires

REVISTA DE  
FILOSOFIA

Director

ANIBAL PONCE

DIRECCIÓN Y  
ADMINISTRACIÓN

Salta, 286 - Buenos Aires

REVISTA DE  
ORIENTE

PUBLICACIÓN MENSUAL  
DE LA ASOCIA-  
CIÓN AMIGOS  
DE RUSIA.

SARMIENTO 2616  
BUENOS AIRES

ACCION  
UNIVERSITARIA

Publicación mensual  
de actualidad y po-  
lítica Universitaria.

Director

E. JASKEVICH

Avellaneda 58 - Buenos Aires

REPERTORIO  
AMERICANO

Semanario de Cultura Hispánica

DIRECTOR

J. GARCIA MONJE

Dirección: Apartado 533  
SAN JOSE - COSTA RICA  
Centro America

ALFAR

Revista de Arte y Letras

Director

JULIO J. CASAL

Administrador

ALFONSO MOSQUERA

Cantón pequeño 23  
La Caruña - España

CORDOBA

Director

JULIO ACOSTA OLMOS

Revista de Crí-  
tica Social y  
Universitaria

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
27 DE ABRIL 2501 - CORDOBA



Buenos Aires

## DATES Y HUNT

INGENIEROS-CONSTRUCTORES

SAN MARTIN 232 - U. T. 33 AVENIDA 3093  
BUENOS AIRES

Constructores de los ramales  
del Ferrocarril Provincial  
de Buenos Aires

OFICINAS EN LA PLATA:

Calle 53 N°. 712 U. T. 3057  
LA PLATA

CONSTRUCCIONES DE PUERTOS, FERROCARRILES,  
CAMINOS Y OBRAS EN GENERAL



Con esta entrega termina la suscripción de un año a SAGITARIO. Para continuar el envío de la Revista, deben los lectores, remitir a la administración, CINCO PESOS, precio de suscripción por el nuevo año, que comenzará con el próximo número.

★ ★

A los agentes se les efectuarán envíos si con el pedido adjuntan el importe correspondiente.

★ ★

Desde el número próximo el ejemplar de SAGITARIO, se venderá a \$ 1.30.